



# EL CÁLIZ Y LA ESPADA

De repente esa luz

BERNARDO DE WORMS

Bernardo de Worms

# EL CÁLIZ Y LA ESPADA

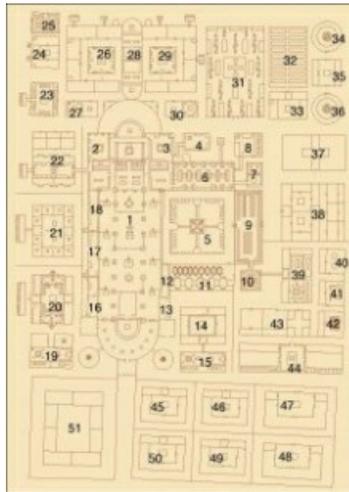
DE REPENTE ESA LUZ



BERNARDO DE WORMS

T.L,

# PLANO DE UNA ABADÍA BENEDICTINA



- |  |  |
|--|--|
| 1 Iglesia abacial                      | 27 Cocina, baño del hospital y de la sala de |
| 2 Sala de trabajo (sección biblioteca) | saegras                                      |
| 3 Sacristía (libro de horas)           | 28 Calle capilla hospital y novicio          |
| 4 Sala de paz y hostias                | 29 Fábrica                                   |
| 5 Capilla                              | 30 Cocina y sala recibes                     |
| 6 Calafateo (sección dormitor)         | 31 Corredor y jardín                         |
| 7 Baño                                 | 32 Huerta                                    |
| 8 Lavera                               | 33 Vivienda del jardiner                     |
| 9 Refectorio (sección sala)            | 34 Corral de las ocas                        |
| 10 Cocina                              | 35 Vivienda del guardia                      |
| 11 Botega (sección despensa)           | 36 Galeras                                   |
| 12 Lapidario                           | 37 Sáb                                       |
| 13 Administración                      | 38 Talleres                                  |
| 14 Residencia peregrinos               | 39 Carnicería y taberna de los monjes        |
| 15 Corredor y oficina peregrinos       | 40 Molino                                    |
| 16 Puerta                              | 41 Herrerías                                 |
| 17 Residencia del abad                 | 42 Horno                                     |
| 18 Residencia monjes de paz            | 43 Sala de grano y fundaría                  |
| 19 Residencia y taberna visitantes     | 44 Establo bueyes y caballos                 |
| 20 Residencia visitantes               | 45 Agrícola: ovejas                          |
| 21 Escuela exterior                    | 46 Agrícola: cabras                          |
| 22 Abadía                              | 47 Vivería                                   |
| 23 Sala de sangras                     | 48 Semerías                                  |
| 24 Consultorio médico                  | 49 Corderos                                  |
| 25 Jardín plantas medicinales          | 50 Aljambra cráter                           |
| 26 Hospital                            | 51 Aljambra compendio de vaj de los salones  |

DE REPENTE ESA LUZ

## PRIMERA PARTE

## CAPÍTULO I. LLEGADA A LAURESSAM

Mi padre cabalgaba delante, en uno de sus corceles de guerra, blanco como la flor de harina. Yo iba detrás, en una carreta, sentado sobre un fondo de paja, junto a otros criados de la mesnada. Cuando no lo veía, me costaba imaginar su rostro. A mis nueve años, mi padre era un perfecto desconocido. Tomado por las guerras del Rey, rara vez residía en el castillo. Mis hermanos y yo vagábamos como gatos por las diferentes dependencias de éste, sin que nadie se ocupara de nosotros más que para darnos la comida y poco más, ya que nuestra madre había fallecido como consecuencia de su último parto, es decir, en el mío. Así pues, sólo los de la casa podrían efectuar la diferencia entre nosotros y los hijos de la servidumbre, con quienes nos mezclábamos en un juego eterno que comenzaba al alba y concluía más allá del atardecer, cuando un preceptor perezoso y beodo nos llamaba para encerrarnos en un inmenso dormitorio común.

En esta ocasión, sin embargo, la ausencia del señor del castillo iba a ser más larga y, según se rumoreaba, más peligrosa, pues la campaña estaba dirigida contra las tropas de Córdoba. Más tarde supe que se trataba de una expedición, mandada por Luis, el hijo más joven del Rey, destinada a tomar la ciudadela de Huesca, que se hallaba a la sazón en manos musulmanas. Tal circunstancia exigía unas medidas de excepción, entre las cuales se encontraban los distintos aspectos legales de la sucesión y destino de los bienes y posesiones señoriales. Respecto a ello, se abrían pocas dudas. Sería mi hermano mayor, Esvenón, quien heredaría el título y la posesión del núcleo esencial de los bienes. Pero también había que colocar y encauzar al resto de la prole.

Por cuanto a mí se refiere, conocía mi destino. Se hallaba a pocas horas de viaje. En realidad, no tardaríamos en llegar, pues habíamos salido con las primeras luces y ahora el sol estaba a punto de alcanzar el cénit en este corto día de finales de noviembre.

El paisaje era un esmalte de oros y marrones con alguna pincelada de verde. La escarcha de la mañana no había desaparecido, ni lo haría ese día, preludio de que los fríos habían acudido a su cita anual y durante los días siguientes no harían sino intensificarse. Muchos piensan que los niños no son sensibles a la impresión del mundo que les rodea, pues el placer estético es cosa de madurez. Nada más lejos de la realidad. A esa edad, su sensibilidad hacia todo es la de un desollado vivo. Es más, a partir de entonces decrece. Si en ese período de la vida se tuviera tanto léxico como sentimiento, los poetas eclosionarían mucho antes y sus versos serían divinos.

El camino avanzaba por la linde misma de un bosque. A la izquierda se extendían las tierras de labor hasta el río, señal de que habíamos entrado ya en el dominio monástico. La otra margen era simétrica, sembrados y, al fondo, un bosque que descendía de una loma.

Por encima de nuestras cabezas, de las ramas más altas de un roble gigantesco, se desprendió, como una manta negra que se abre al henchirse de viento, un enorme cuervo, saludando a la comitiva con un graznido socarrón y dirigiendo su majestuoso vuelo hacia el río.

-Ahí está -profirió uno de los criados, señalando un lugar en el horizonte con su dedo roto. –

Miré en la dirección indicada para distinguir, por primera vez en mi vida, el perfil de esa abadía.

-Ahí está Lauessam -insistió. -

El abad en persona, rodeado de un nutrido séquito de monjes negros, salió a recibirnos a la puerta del recinto amurallado.

Mi padre desmontó y, tras entregar las riendas a uno de los sirvientes de la abadía, fue a hincar la rodilla ante el abad, quien, además, era arzobispo de Tréveris y poseía la calidad de mandatario real, pues el monasterio dependía directamente de la autoridad del Rey.

Yo tenía la orden de hacer otro tanto. Así que, en cuanto se detuvo la carreta, salté a tierra e imité la posición de mi progenitor, justo a unos pasos detrás de él.

El abad hizo un gesto para que nos levantáramos y echó a andar, apoyándose en un báculo pues era ya un anciano valetudinario, en dirección a la casa abacial. Los monjes lo siguieron formando dos columnas que parecían custodiarnos.

Justo al lado de ésta se hallaba la escuela, a la puerta de la cual vi una hilera bien ordenada y silenciosa de una docena de novicios custodiados por su maestro, cuyo nombre, Hakón, no tardaría a ser sobradamente familiar para mí.

Llegados ante la casa del abad, la procesión se detuvo y uno de los cenobitas nos hizo signo para que penetráramos en ella en seguimiento de su ilustre morador. También este monje, Adalung, estaba destinado a tener una notable influencia sobre mí en los años venideros.

Entramos en una sala espaciosa, aunque oscura, donde el abad se sentó trabajosamente en un sitial que semejaba trono. A nuestra intención se habían dejado enfrente dos sillas de tijera donde tomamos asiento.

Mi padre se volvió para hacer un gesto a alguien que se hallaba a nuestras espaldas. Sólo entonces vi que uno de nuestros criados nos había seguido hasta allí. En sus manos traía un cofre recamado del que las antorchas arrancaban, de cuando en cuando, destellos; el cual confió a Adalung, quien, tras el gesto de mi padre, había avanzado para tomarlo a su cargo.

Una vez en su posesión, se dirigió con él hacia el abad. Lo abrió en su presencia y le mostró el contenido. Éste echó un vistazo hacia su interior e hizo un gesto de asentimiento.

En ese mismo instante, un monje encapuchado, que resultó ser Hakón, el maestro, vino junto a mí y me susurró una orden al oído:

- ¡Sígueme!

Miré a mi padre, pero éste ni siquiera volvió la cabeza. Él conocería sus razones, lo bien cierto es que voluntariamente evitó dirigirme una última mirada. Tal vez había pensado venir a

recogerme a su regreso de España. Tal vez... Por mi parte, hice bien en detener largamente mis ojos sobre su perfil adusto, pues aquella iba a ser la última vez que lo vería. En efecto, halló la muerte en el sitio de Huesca, que por cierto fracasó en aquella ocasión, tras haberse distinguido por su valor en la batalla.

De todos modos, no iba a ser ése un siglo propicio para el amor filial.

Yo seguí en silencio al encapuchado y salimos de la casa del abad. No para dirigirnos hacia la escuela, como había supuesto tras ver a su puerta a los novicios, sino que, al abandonar el edificio, torcimos a nuestra derecha, luego otra vez a la derecha, bordeamos el ábside de la iglesia y entramos en la casa de los novicios que, a la sazón, estaba desierta.

Nos acogió una agradable sensación de calor, pues la casa disponía de un calefactor. Tras pasado el umbral, Hakón se había quitado el capuchón. Su tonsura era blanca como una oblea, pero debajo, su pelo, parecía pluma de cuervo, negro tapetado, así como su barba, sus cejas, pobladísimas, y hasta sus pupilas. Era un hombre achaparrado y fornido, de rostro cuadrado, anguloso, a lo que contribuía una barba bien tallada. Todo él denotaba una fuerza de voluntad ciclópea, resaltada por una mirada tan severa que, al destellar aleatoriamente, parecía disponerse a desencadenar truenos.

Me condujo directamente al refectorio de la casa de los novicios. Allí deambulaba un sirviente a quien hizo un gesto convenido. De inmediato trajo éste una bandeja de madera donde venía una hogaza de pan, un pasable pedazo de carne seca y una jarra de agua con un vaso, depositándola sobre la mesa ante la cual el maestro me había ordenado sentarme.

-¡Yanta, muchacho, que tripas llevan piernas y no piernas tripas! En esta abadía se reza y se trabaja, pero también se come y se bebe, porque lo primero no podría efectuarse sin lo segundo, ya que se hace empleando el instrumento del cuerpo. Y éste tiene sus exigencias, a las que no puede escapar ni siquiera el cuerpo del Papa. Eso puedo decirlo porque Su Santidad ha estado varias veces aquí y lo he visto yantar y beber vino y cerveza con estos ojos que se ha de comer la tierra.

No me hice de rogar, pues el fatigoso viaje y las inclemencias del tiempo me habían abierto considerablemente el apetito.

Hakón me miraba con recelo.

-Eres en verdad muy joven para entrar en la regla.

Movió la cabeza de arriba abajo, prolongando varios asentimientos a preguntas que se había hecho probablemente en su fuero interno, a las que sin duda respondía en silencio.

- ¿Sabes leer?

Sorprendido, dejé de mascar.

-¿Qué es leer?

Hakón alzó unos instantes los ojos, de blanquísima córnea, hacia la oscuridad que ocultaba el techo.

-Entiendo.... Vamos a tener que trabajar duro.

Volví a ocuparme del funcionamiento de mis mandíbulas, dejando que se sumergiera en sus cavilaciones. Cuando hube terminado el ágape, vacié varias veces el vaso de un agua fresca y pura. Las penas, con pan, son menos, había oído decir. Constaté que era verdad y que me hallaba en mejor disposición para afrontar mi sino, cualquiera que éste fuera.

Hakón pareció volver en sí e hizo un nuevo signo al criado para que se acercara.

-Acompaña al muchacho al dormitorio, indícale cuál es su camastro. Sobre él tiene un hábito nuevo. Que se lo ponga y lo traes de nuevo aquí.

El sirviente asintió con una reverente inclinación de su cuerpo, que dobló a partir de la cintura.

Lo seguí hasta la pieza indicada, una habitación similar, en forma y dimensiones, al refectorio. En todo su perímetro se alineaban unos camastros rudimentarios, cubiertos con una frazada. Sobre uno de ellos había, en efecto, un hábito.

-Éste es - dijo, de modo redundante, el criado. -

Me acerqué a él, puse la mano encima y sentí crujir la paja. No iba a dormir ni mejor ni peor que en mi jergón del castillo. Tal vez algo mejor por efecto del calefactor.

De un zarpazo extirpé mi ajado vestido y me embutí en el flamante hábito. La tela era tupida y uno se sentía arropado y holgado en su interior.

El sirviente recogió el vestido antiguo, hizo un rebujo con él y salió de la pieza. Probablemente iría a quemarlo en cualquier parte.

Salí tras él para dirigirme de nuevo hacia el refectorio, donde me aguardaba Hakón.

Lo hallé sentado junto al fuego de la formidable chimenea destinada, en proporción, a calentar esa amplia pieza, algo alejada del calefactor. Parecía absorto contemplando la danza de las espesas llamas que envolvían dos soberbios troncos de roble. Quizás mi llegada a la abadía le recordara la suya propia, sin duda durante los ya lejanos años de su infancia. Ése fue, durante siglos, el destino de la mayor parte de quienes no tuvieron el privilegio de abrir el seno materno. Para los demás, la milicia o la administración al servicio del primogénito era su lote. El único que no parecía dispuesto a cumplir con este requisito era precisamente quien más debía haberse plegado a él por razones de Estado, me refiero al Rey. Aunque las consecuencias funestas de esta práctica de la repartición no se hicieron sentir, quizá sólo debido a la casualidad, sino en la generación siguiente.

Como no se había percatado de mi presencia, carraspeé ligeramente. No surtió efecto, Hakón persistía en su ensimismamiento y en la contemplación del fuego oscilante.

-Observa esa lumbre, Bernardo de Worms -habló al cabo, - es un símbolo de tu espíritu. Si alguna vez llegara a apagarse dentro de ti, tu estancia en este sitio se convertiría en un infierno.

Diciendo esto, se levantó.

-Vamos.

Al salir de la casa de los novicios, se cubrió de nuevo la cabeza con la capucha y me intimó a que hiciera lo propio.

-Ahora introduce tus manos en la manga opuesta.

Lo hizo primero él. Yo lo imité y salimos. Empezaba a oscurecer y el frío a mordisquear la carne.

## CAPÍTULO II. LA ESCUELA

Antes de entrar en el edificio de la escuela, eché una mirada furtiva hacia la plaza del fondo por ver si todavía se hallaba en ella la carreta en que habíamos llegado y ya había desaparecido.

Desde la misma puerta se oía a alguien recitar en una lengua desconocida. Mi maestro enfiló una escalera pisa con paso vivo y yo me lancé tras él. Entró como una corriente de aire en una vasta pieza cuadrangular que servía de aula principal. Alrededor de ella se veían numerosas entradas a unas celdillas que se utilizaban para recogerse en ellas y hacer cada uno sus tareas personales. El novicio que recitaba, al ver entrar al maestro, detuvo su flujo de palabras extrañas. Todas las miradas se clavaron en mí. Se trataba de rostros adolescentes, pero casi ninguno infantil, de mi edad.

El maestro subió al estrado y se puso a hablar con una voz profunda y solemne que llenó la estancia. De su discurso sólo entendí dos palabras, mi propio nombre y el de la ciudad más próxima al castillo del que procedía, es decir, Worms. A partir de ese momento, todo el mundo comenzó a llamarme Bernardo de Worms.

Concluida la breve alocución, me mandó sentarme ante uno de los numerosos pupitres todavía vacíos.

Los pupilos habían sido emplazados en orden a su edad, de modo que mis vecinos inmediatos eran los más jóvenes. Aún así, debían tener dos o tres años más que yo.

Mientras me instalaba, Hakón estaba dando instrucciones a uno de los novicios más crecidos. Éste se dirigió a mí con una tablilla de pizarra y una suerte de barrita blanca. Luego se fue sin decir palabra.

Mi compañero más inmediato me sonrió y yo aproveché esta muestra de afecto para preguntarle:

-¿En qué lengua ha hablado el maestro?

Éste sonrió de nuevo y repuso:

-Es latín. Aquí no se habla otra cosa.

En eso volvió el ayudante del maestro con un pedazo de pergamino donde figuraban ciertos caracteres. Señaló el primero y lo pronunció:

-Aaaa.

Mi rostro debió manifestar el más absoluto desconcierto, por lo que se desató una discreta risa general, aunque bastó una fulgurante mirada del maestro para atajarla en ciernes.

El ayudante continuó con las siguientes letras hasta el final. Cuando hubo concluido la lista, regresó al primer carácter, lo pronunció de nuevo y entonces cogió la barrita como de piedra y lo dibujó en la tablilla de pizarra. Tomó un trapo y lo borró. Luego efectuó una vez más los trazos y borró de nuevo el signo.

-Ahora tú -me dijo en alemán y me entregó la barrita. –

Entonces lo entendí todo. Supe que había dos maneras de hablar. Una sonora y la otra silenciosa. La primera se pierde en el aire y se olvida. La segunda, si no se borra y se escribe en pergamino, permanece. A esto sin duda se refería el maestro cuando me preguntó si sabía leer.

Levanté la vista para mirarlo y me apercibí que había estado observando atentamente mis reacciones.

Entonces dibujé en la tablilla los dos trazos que conformaban la primera letra del alfabeto.

El ayudante observó el resultado. Tomó la tablilla y la giró para que el maestro pudiera observarlo también.

Hakón hizo un gesto afirmativo.

La tablilla volvió a posarse delante de mí. El ayudante pronunció la segunda letra y me hizo signo de escribirla. Lo hice y así procedimos hasta el final.

La tablilla fue a parar a las manos de Hakón. Éste contempló el trabajo y asintió de nuevo, devolviendo la tableta al ayudante, quien regresó a mi pupitre, borró todas las letras y me dijo:

-Empieza de nuevo.

Esta segunda vez empleé menos tiempo en realizar la labor pues ya me había familiarizado algo con los signos.

El ayudante mostró el resultado al maestro. Tras contemplarlo atentamente desde lejos, lo que demostraba una excelente visión, describió un círculo con su dedo índice. El novicio reaccionó borrando la tablilla y ausentándose después. Al rato regresó con otro pedazo de pergamino. En él figuraban otros signos parecidos, aunque no exactamente iguales. Pronunció el primero:

-Alfa.

Y me entregó la tiza para que lo escribiera. Así hasta el final, varias veces, como con el alfabeto latino.

Cada vez que efectuaba un trazo, sentía como un leve escalofrío. Intuía vagamente que esas líneas, en su conjunto, constituirían el verdadero rostro mío que quedaría impreso para siempre en tales pergaminos que duran una eternidad. Además, notaba que los trazos míos no eran exactamente igual que los del novicio, ni los del pergamino original, aunque, según la expresión de satisfacción que el maestro no acababa de conseguir ocultar, deduje que estaban bien hechos.

Era algo increíble, pero esas líneas que conformaban las letras reflejaban la manera especial y única en que uno es en lo más hondo de sí mismo. Claro que entonces eso no hubiera podido ponerlo en palabras. Pero sentirlo, intuirlo, ya lo creo que lo sentí.

Tras varias horas de trabajo, el maestro hizo un signo al ayudante para que se acercara. Le susurró unas palabras al oído. Éste regresó a mi lado, recogió los pergaminos que contenían los caracteres griegos y latinos, desapareciendo con ellos. A poco, volvió con las manos vacías. Cogió una silla de tijera y se sentó a mi lado. Me miró fijamente y dijo:

-Aaa.

Entendí lo que quería hacer y me asusté. Sin embargo, hice lo que me mandaban y dibujé la letra.

Luego vino la segunda y la tercera. Para mi gran sorpresa, las fui dibujando todas.

Terminado el trabajo, el novicio me arrebató la tableta y fue a mostrársela al maestro. Hakón palideció visiblemente al contemplarla. Ya era bastante blanco de por sí, estaba lívido.

-Ahora el griego -le susurró al novicio. –

Con el griego sucedió lo mismo. Ni un solo error.

En toda la sala no se oía más que el crepitar del fuego en la chimenea, mientras el maestro comprobaba la exactitud de la labor.

## CAPÍTULO III. EL CORO.

Era noche cerrada cuando salimos de la escuela en dirección a la casa de los novicios. El maestro Hakón nos guiaba con una antorcha encendida. Andábamos en dos columnas, capuchón calado y manos dentro de las mangas. El frío había crecido en intensidad, lo sentía como un trapo mojado sobre el rostro. La respiración se convertía en una densa columna de vapor que ascendía continuamente de nuestras bocas y narices un trecho hacia el cielo. Las calles por donde transitábamos se hallaban completamente desiertas. Nunca había estado fuera tan tarde. En el castillo, durante el invierno, hacía tiempo que nos habían encerrado en el dormitorio.

Una vez más, fue un alivio entrar en la casa. Hakón nos dirigió al refectorio, donde ya nos aguardaba la cena servida. Un plato de habas, un mendrugo y agua a pasto.

Quedamos bajo la vigilancia de dos monjes de turno, quienes se afanaban para que comiéramos en absoluto silencio, escuchando la lectura piadosa que otro hermano efectuaba desde el púlpito.

Hakón desapareció para tomar la cena en el refectorio de los monjes, según manda la regla.

Concluida la colación, se nos dirigió hacia el dormitorio, aunque no para dormir todavía, sino con objeto de rellenar un tiempo muerto hasta que se hiciera hora de completas. Durante este lapso, se nos permitía circular libremente dentro de la casa, e incluso salir de ella, si bien únicamente para ir a las letrinas.

Noté que mis compañeros de noviciado se hallaban un tanto incómodos conmigo. Probablemente no sabían a qué atenerse. Por una parte, mi corta edad debía incitarles a tratarme con suficiencia, desde la perspectiva descendente; por otra, las aptitudes innatas que había demostrado en la escuela, las cuales habían impactado visiblemente en el maestro, les frenaban. Sin duda, mis cualidades iban a interesar a los monjes y mejor sería estar a bien conmigo. Tampoco resultaba descabellado pensar que conocieran mi origen. Al fin y al cabo, mi padre era uno de los señores más poderosos de la región. Tan sólo los más jóvenes, los que, por su edad, habían estado sentados cerca de mí en la escuela, lograban comportarse con toda naturalidad conmigo. Uno de ellos no lo pudo resistir y me dijo:

-Anda, di la verdad ¿a que tenías un preceptor en el castillo, que te ha enseñado a leer?

-Todavía no sé leer -repuse. -

-¿De veras?

-¡Lo juro! ¿Cómo te llamas?

-Severino. Y nunca digas “lo juro” aquí. O lo pasarás mal.

En eso comenzaron a tañer las campanas llamando a completas.

Los monjes nos mandaron formar en dos filas, como antes, a la espera de que el maestro Hakón viniera a buscarnos. No tardó en presentarse éste y pudo comenzar la procesión hacia la iglesia.

Ingresamos a la nave cuando la comunidad en pleno, que venía directamente del refectorio, hacía su entrada, en fila, a través de una puerta lateral, y comenzaba a instalarse en el coro, aunque permaneciendo en pie. También nosotros quedamos en pie, pero en medio de la nave.

Hakón colocó a los más jóvenes de entre los novicios cabe sí, para mejor controlarnos. Y a mí justamente a su lado. Entonces me susurró al oído:

-Has de saber, Bernardo, que quien bien canta, ora dos veces.

Yo me hallaba demasiado ocupado prestando atención a las sensaciones que me venían desde aquel entorno, de todo punto impresionante, para parar mientes en que ignoraba por completo a qué se refería el maestro. Me sobrecogían las dimensiones, el misterio de cuanto podían ver mis ojos más aún que de las partes veladas por la oscuridad. Y particularmente me estremecían los sonidos que se producían en aquel vastísimo espacio cerrado. El roce de las sandalias, el chirrido de una cancela, resonaban en el hueco inmenso de la nave mediante un tono insólito, grave y amedrentador, como filtrados y devueltos por el arcano puro, por una suerte de absoluto que absorbía todo, imágenes y sonidos, y devolvía todo, transfigurado.

De nuevo pongo en palabras lo que entonces sólo viví en forma de sensaciones.

En aquella época, sesenta monjes cantaban en el coro de Laressam. De modo que, cuando se desencadenó el gregoriano, el efecto que se produjo en mí fue como el de una tormenta serena, un huracán blando, una guerra suave, un delirio de sosiego que no tenía fin, una primicia de vida eterna en cada instante. Esas palabras desconocidas, prolongándose hasta el infinito, detenían el tiempo, lo anulaban, mientras lo hacían estallar en miles de fragmentos. Esa música no evocaba ni la vida ni la muerte, era la música de la muerte viva.

Las campanas anunciando el fin del oficio me fueron devolviendo poco a poco a la realidad.

Salimos de la iglesia por la puerta lateral de la izquierda, mientras el resto de la comunidad lo hacía por la de la derecha, bordearía el claustro para penetrar enseguida en los dormitorios. Nosotros pasamos por detrás de la escuela y, a partir de allí, empleamos el trayecto habitual hasta nuestra casa.

Minutos después, las calles todas del recinto abacial quedarían desiertas bajo un sudario de hielo, pues los criados, tras haber recogido el ganado de los pastos, hacía tiempo que se habían retirado a su alojamiento, al fondo de la abadía.

El maestro Hakón nos condujo directamente al dormitorio, aguardando en la puerta hasta que cada uno de nosotros estuvo tendido en su respectivo camastro, tapado con la frazada. El hábito no nos lo quitábamos ni para dormir. Luego se retiró a su habitación, dejando la puerta abierta. El silencio en que quedó la sala era tal que podía percibirse, con toda nitidez, el chisporroteo de las llamas de dos grandes cirios, colocados en ambos extremos.

El maestro de escuela en funciones disponía de un alojamiento propio en el lateral de la iglesia, justo detrás de la escuela. Sin embargo, dormía en la casa de los novicios, en una habitación ex profeso, con objeto de vigilar a sus pupilos, de atenderlos en caso de producirse algún problema durante las horas nocturnas, o bien, simplemente, para aprovechar del calefactor que poseía la casa.

Me sentía agotado, pero aún así, a diferencia de mis nuevos compañeros que cayeron como sacos de trigo sobre sus jergones, no logré dormirme enseguida, pues aquel día había venido sobrecargado de acontecimientos decisivos y de novedades. Sabía que iba a ser un jalón en mi vida que marcaría un antes y un después. Me intrigaba la nueva perspectiva que se abría ante mí, el misterio del conocimiento, de la música, de esas lenguas extrañas que debía aprender a descifrar antes de beber la sabiduría que sin duda contenían. Pero, por otra parte, me entristecía pensar que probablemente no volvería a ver a ninguno de mis hermanos, ni a los demás compañeros de juego, ni deambularía jamás por las estancias y dependencias del castillo con una libertad casi absoluta. ¿Acaso regresaría algún día al castillo? Aún no me había ausentado de él unas horas, ya sentía por él una punzante nostalgia. Y los días de verano, en que se nos permitía dejar atrás sus bastiones y adentrarnos en la campiña, bañarnos en el río, subir a los árboles, imaginar corceles y batallas e incursiones y cabalgadas y correrías y algaradas y razias y saqueos y vivir como animales silvestres ¿volverían? Aquella noche descubrí que la vida puede ser intensa y fascinante, pero triste también.

## CAPÍTULO IV. MAITINES

-Benedicamus domino.

-Deo gratias.

Los guardianes de turno iban despertando a los novios con esta fórmula, acompañada de una leve sacudida en los pies para los recalcitrantes. El novicio, lo mismo que el monje, respondía y se levantaba.

Dado que no se había quitado el hábito para dormir, se hallaba dispuesto a integrar la procesión en dirección a la iglesia, con objeto de celebrar el oficio de maitines.

Yo, acostumbrado a ser despertado por el canto del gallo y a salir del dormitorio con los primeros rayos del sol, me encontraba un tanto aturdido, pues a esa hora de la noche los gallos del monasterio estarían aún soñando con succulentas lombrices, seguros de que todavía faltaba mucho para empezar a desempeñar su principal cometido. En la abadía, los gallos despertaban únicamente a los criados.

El hachón de Hakón nos mostraba un mundo blanco, enteramente recubierto de escarcha.

No tardó en hallarse la comunidad reunida al completo y dio comienzo el oficio. Excepto yo, hasta los más jóvenes novicios conocían sus pormenores y eran capaces de entonar los distintos salmos. Ya no tenía sueño, pero me encontraba un poco fuera de lugar. Un miedo insensato de que mi maestro, u otro monje cualquiera, me recriminara mi pasividad, se apoderó de mí. Pensé que nunca sería capaz de dominar aquella lengua tan enigmática y complicada, por completo diferente de mi nativo alemán. Una cosa era guardar en mi memoria aquellos trazos que componían sus letras, para lo cual era evidente que poseía una facilidad natural, y otra muy distinta agruparlas para formar esas palabras tan solemnes, que con tanta majestad resonaban en la nave. Y, por añadidura, entender el significado de dichas palabras, usarlas y combinarlas uno mismo.

Una circunstancia, sin embargo, me distrajo de estos temores. Y es que algunos monjes no podían contener los bostezos e incluso ciertos de entre ellos daban alguna que otra cabezada. Por otra parte, había otros que, sosteniendo una lamparita en las manos, vigilaban que ninguno se durmiera. Cuando esto sucedía, el vigilante, sin disimular su cara de satisfacción, corría a despertar al dormilón, contento porque éste iba a reemplazarle en su labor de vigilancia. A su vez, el infractor, tampoco se ocupaba demasiado en disimular su mal humor y, de no muy buena gana, tomaba la lamparilla, repentinamente espabilado para encontrar lo antes posible otro transgresor que, a su vez, lo sustituya en la ingrata y desaborida guardia, pudiendo así entregarse de nuevo al confortable sopor.

Estos manejos me hicieron sonreír y disminuyeron un tanto mi aprensión. Los hay que, con menor justificación que la mía, descuidan sus obligaciones. No era cuestión de tomarlos como

modelo, desde luego, pero su caso disipaba en parte mis temores y vagamente me confirmaba que seguía hallándome entre seres humanos, no tan infinitamente superiores a los que había conocido en el castillo.

Entre maitines y laudes, el grueso de la comunidad se encaminó al claustro para meditar y orar en él. A los novicios, Hakón nos condujo a la sala capitular, con objeto de revisar allí los salmos. Así fue como recibí mi primera lección de canto.

Finalizado laudes, nos fuimos directamente a la escuela para iniciar mi primera jornada entera de instrucción. Hakón se ocupó personalmente de mí. Como viera que la lección del día anterior no había caído en saco roto, comenzó a iniciarme en la lectura. Al poco rato, leía sin comprender. Entonces decidió abordar las declinaciones, utilizando ejemplos de los casos en alemán, con y sin preposiciones. Luego pasó a las del griego.

Así transcurrió la mañana, con una única interrupción en el estudio para la lectura de un fragmento de la regla de San Benito, del que, obviamente, no entendí nada pues se efectuó íntegramente en latín.

Hacia la hora sexta, Adalung se personó en la escuela. Todos los novicios, e incluso el propio Hakón, se pusieron de pie en señal de respeto. Adalung no era el abad, pero debía ser uno de los monjes principales, pues, a mi llegada al convento, había asistido en todo momento al abad.

Hakón y el recién llegado se pusieron a cuchichear en la voz más baja que podían emplear y seguir entendiéndose. Además, mediante mi excelente oído, pude identificar la lengua en que lo hacían, el griego. Por las miradas que me dirigían, supe que era yo su tema de conversación. Entonces Hakón dijo unas palabras que, por supuesto, entonces no entendí, pero sí quedaron grabadas en mi memoria, de modo que ahora puedo traducirlas:

-No parece que aprenda, sino que recuerde. Es un genio.

Adalung asintió gravemente y abandonó la escuela.

Poco tiempo después, también nosotros dejamos la escuela para irnos a comer a nuestro propio refectorio, donde nos esperaba la mesa puesta que habían aderezado unos sirvientes.

Como de costumbre, uno de los monjes recitaba pasajes de la Biblia u otros textos piadosos mientras comíamos y no se nos dejaba pronunciar ni una sola palabra.

Concluida la colación, se nos mandó al dormitorio, conminándonos a que reposáramos en absoluto silencio.

Dada la hora en que nos habíamos levantado, tal recomendación resultaba superflua, pues parecía que los párpados los teníamos de plomo, tan fuertemente caían y nos tapaban la visión. Así, en un santiamén, estábamos todos dormidos. A tal punto, que les costó más despertarnos de la siesta que del sueño nocturno.

Por la tarde regresamos a la escuela y Hakón volvió a concentrar toda su atención en mí, mientras que el estudio de los demás fue confiado a los alumnos más aventajados y avanzados en

edad.

Ahora bien, en un momento dado, se presentó en la escuela un monje llamado Ratoldo. Hakón, como quien se hallaba al corriente de la cosa, nos mandó que entráramos los dos en una de las numerosas celdillas que rodeaban la sala principal. Allí, Ratoldo me mostró unas figuras extrañas, compuestas de líneas y circunferencias. Acto seguido me enseñó a dibujarlas. También me introdujo en el conocimiento de los números y en algunas operaciones que se podían efectuar con ellos.

Esa noche, durante el oficio de completas, ya me atreví a entonar algunos pasajes de salmos.

Estaba muy lejos todavía de entender el sentido global de las frases, pero de vez en cuando aparecía una palabra conocida y ello me llenaba de satisfacción. En todo caso, una lengua no es únicamente significado de las cosas, sino también la respuesta emotiva que el hombre da a las cosas. El lenguaje se sitúa entre el hombre y el universo, condicionando la mirada que el primero lanza al segundo. Cada lengua no se limita a describir el mundo, sino que da una visión del mundo única, distinta a las demás lenguas. Por eso es tan difícil traducir de una lengua a otra, porque hay que incluir en la traducción no solamente la esencia constitutiva de la cosa, sino también la manera especial en que esa lengua y esa cultura incluyen esa cosa en el todo universal, en el mundo. Esa manera de ver el mundo del latín, esa respuesta emotiva que el latín da a las cosas, es la majestad. Eso podía percibirlo entonces de alguna manera y, aunque no entendía el significado global de las frases, sí podía distinguir esa elevación, esa tendencia hacia una gravedad sublime y trascendente, orientada a la transfiguración del mundo material en una entidad espiritual, alimento del espíritu ella misma.

De regreso a la casa, vi voltear en el aire gélido los primeros copos de nieve de aquel invierno que debía caracterizarse por un rigor tan extremo que ni los más viejos podían recordar otro similar.

## CAPÍTULO V. SENEX BIS PUER.

El siguiente día era sábado y puesto que los domingos nadie debe trabajar, en la medida de lo posible, el monasterio entero se afanaba para anticipar las tareas imprescindibles de la jornada próxima. Con tal fin, también a los novicios se nos puso a contribución mediante pequeñas labores que aliviaban la carga de la comunidad. Así pues, cuando comenzaba a declinar el sol, el maestro nos condujo a la despensa, donde Rurik, el cillero, nos tomó a su cargo antes de dispersarnos hacia las diferentes dependencias de la abadía. A unos envió a los establos, a otros a los talleres, a otros a la panadería y molinos, a otros a la granja, otros fueron a casa del jardinero para ultimar su trabajo. A mí me tocó la cocina junto con otros dos novicios.

Cuando llegamos allí, Roque, el cocinero, puso de inmediato a trabajar a mis dos acompañantes, más experimentados y que, sin duda, ya habían pasado en ocasiones anteriores por ese trance. A mí me encomendó que fuera al gallinero, donde el guarda me esperaba con una cesta de huevos ya repleta.

-Si no lo está, porque todas las gallinas no han acabado de poner, aguardas allí hasta que llene. Necesitamos el máximo de huevos posible, para hoy y para mañana.

En efecto, ante la primera nevada del año, el abad había decidido, con objeto de combatir el frío, reforzar la consistencia de la alimentación de la comunidad, mediante un incremento del consumo de huevos y de carne, elementos respecto a los cuales la dieta monacal solía mostrarse parca.

Los temores del cocinero se confirmaron, pues la cesta que Waldo, el guarda, sostenía en la mano, mientras iba de acá para allá, escudriñando todos los rincones del inmenso y alborotado gallinero, se hallaba todavía a medio llenar.

-Los fríos retrasan la puesta -sentenció al verme. -Habrá que esperar un poco hasta que todas se decidan. Yo tengo que irme a cerrar las puertas del monasterio. Tú, cuando veas que una se pone a cacarear, vas y recoges el huevo.

-Vale.

Me puse a observar ese espacio circular cuyas paredes se veían forradas, hasta cierta altura, de ponedores hechos de madera; el centro del cual se hallaba ocupado por varios pajares y diversos instrumentos, como carretillas, bioldos, cedazos, etc. La parte de arriba disponía de unas aberturas o troneras por las que, a esa hora, penetraba ya poca luz. De hecho, una buena parte de la construcción se encontraba ya sumida en la penumbra. Afortunadamente, mis ojos se estaban habituando a la oscuridad y cada vez percibía más detalles.

En eso, una de las gallinas se puso a cacarear, no lejos de mí. Me precipité hacia ella y descubrí dos grandes huevos colorados, calientes y agradables al tacto.

-¡Dame ése para mí, muchacho! -Resonó una voz ronca, justo a mis espaldas.

Me sobresalté tanto, que di un respingo y por poco se me caen los huevos de las manos, pues me creía solo.

Me volví y aún tardé algo en distinguir a mi imprevisto interlocutor. Se trataba de un monje increíblemente anciano. En función de lo que luego me diría y cuando más tarde aprendí a utilizar correctamente los números, estimé que no tendría menos de noventa y cinco años. Jamás había visto a un ser humano tan viejo. En el castillo no había nadie que superara los sesenta, que ya era una edad respetable.

-¡Venga ese huevo, muchacho!

Hablaba en un alemán tosco y extraño. Conservaba todo el cabello, que se mantenía bastante recio. Me sorprendió no haberlo visto refulgir antes, tan blanco como era. Por el contrario, no debía tener ni un solo diente.

Tras dudarle un instante, me acerqué a él para darle el huevo.

El viejo debió percibir un bulto, o bien detectó mis pasos, pues alargó una mano temblorosa, aunque no acertadamente dirigida al presente que le ofrecía, por lo que deduje que, o estaba ciego, o era muy poco ya lo que debía ver. Esa última hipótesis se reveló verdadera. Le puse el huevo sobre la palma.

Entonces sacó del bolsillo una piedrecita puntiaguda e hizo un agujero con ella en un extremo de la cáscara. Acto seguido chupó el contenido con extraordinaria avidez.

-¡Otro!

Inmediatamente puse el segundo huevo entre sus manos. En un santiamén repitió la operación.

Cuando hubo terminado, se relamió concienzudamente las encías y todos los rincones de la boca.

-El instrumento más útil que le ha sido dado al hombre, después del cerebro y las manos, es la dentadura. Desde ahora, procura conservar bien tus dientes, muchacho. Que, sin ellos, la dieta se reduce a bien pocas cosas. Pídele a Olaf, el herbolario, que te cueza tres onzas de tormentila en un litro de agua y por la noche, antes de acostarte, haz gárgaras con eso.

Dicho lo cual, recogió las cáscaras y las echó al montón de estiércol.

-Tú debes ser el muchacho nuevo que acaba de llegar. El hijo del conde.

-Así es.

Chascó una vez más la lengua.

-Demasiado joven para entrar en la regla.

Asintió gravemente para sí mismo, como escuchando un pensamiento que no estaba dispuesto a exteriorizar.

Alzó sin embargo la vista hacia mí y sus ojos brillaron durante un instante. Me pregunté si me veía en realidad o no.

-Ahora, que yo también empecé más o menos a tu edad.

-Sería lejos de aquí -me atreví a decir. –

-¿Y cómo sabes tú eso, muchacho?

-Por tu forma de hablar. No es el alemán de la comarca.

El viejo dejó escapar una risita de niño.

-¡Maldito alemán de todos los demonios! Nunca he llegado a dominarlo bien.

Y siguió riendo muy a su sabor.

-¡Menos mal que existe el latín, que es conocido en todo el mundo!

Volvió a ponerse serio y dejó de hablar durante al menos un padrenuestro.

-Ya me habían dicho que eres muy listo. Pero ten cuidado, todos los partidos que se enfrentan en esta abadía querrán aprovecharse de tu inteligencia para sus propios fines. ¡No te fies de nadie! Al menos por el momento. Excepto de tu propio maestro.

-¿Partidos? ¿Qué son partidos?

-Bandos enfrentados. Has de saber que se libra una guerra sorda en este monasterio. Hay mucho en juego...

Hizo una pausa.

-Un tesoro, muchacho. El más valioso de los tesoros que te puedas imaginar...

Luego calló, cayendo sin duda en la cuenta de que había hablado demasiado. El silencio se prolongó esta vez un buen rato.

-En efecto. Era muy lejos... En España. ¿Sabes dónde se encuentra España?

Ya lo creo que lo sabía.

-Sí lo sé. Allí es donde se va mi padre a hacer la guerra. A un sitio que se llama Huesca. ¿Eres tú de allí?

-No. De más al sur. De Toledo. Era la capital del reino. Ahora todo está en poder de los moros.

-¿Tan malos son los moros, que hasta mi padre tiene que ir desde aquí a luchar contra ellos?

El viejo suspiró.

-Pues no te lo puedo decir, la verdad. Jamás he visto a ninguno. Sólo sé que son infieles. No creen en Cristo, sino que veneran a otro que se llama Mahoma. Aunque detrás de Mahoma hay lo mismo que detrás de Cristo, un Dios único.

Nuevo silencio.

-La verdad es que la cosa no es tan sencilla. Nosotros, los cristianos, defendemos la idea de que Dios es en realidad tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

-¿Tres personas? ¿En una sola?

-Ahí está la madre del cordero, muchacho. Ahí está. Y esa concepción es la que nos separa, no sólo de los musulmanes, sino también de los judíos.

-¿Y es eso tan importante?

-Mi maestro, que en paz descansa, aseguraba que sí. Pero yo pienso que el universo es una guerra continua de todos contra todos. Y lo más importante es que el poder, hablo del verdadero Poder, muchacho, lo tengan los pocos justos que aún quedan en este mundo.

-¿Y a qué partido pertenecen los justos?

-A ninguno. Un justo no pertenecerá nunca a ningún partido. Pero obrará por la justicia. Mientras que los partidos, unas veces obran por la justicia y otras no. De modo que, quienes los integran, se verán obligados a hacer lo propio. So pena de ser declarados traidores por sus correligionarios.

Calló de nuevo. Pero creo que esta vez fue para dejarme el tiempo necesario para asimilar sus palabras.

-¿Fue porque tu maestro no estaba conforme con los moros, por lo que abandonasteis España?

-Sí. Por eso fue...

Calló de nuevo. Y al callar los dos, me di cuenta de que el gallinero era un auténtico concierto de cacareos. Habría por lo menos varias docenas de huevos que estarían aguardando a que yo los recogiera. Pero no me atreví a moverme.

-Y también -prosiguió el anciano, - porque teníamos una misión encomendada...

-¿Qué misión?

-Impedir que un gran tesoro cayera entre las manos de los moros.

-¿El tesoro por el que se enfrentan tantos partidos en esta abadía?

-Justamente.

-¿Y cómo se llaman esos partidos para evitarlos todos?

-Has de saber, mi joven Bernardo, que dentro de los muros de esta abadía se hallan las cuatro ciudades más poderosas del mundo: Roma, Constantinopla, Jerusalén, Córdoba y Toledo. Y además está también nuestro amo, el Rey. Por eso, recuerda esto bien, muchacho, no te fies de nadie. Muchas de las cogullas que nos rodean ocultan espíritus de alacrán.

En eso regresó Waldo. Era casi noche cerrada.

-Ah. Aquí estás Ramiro. Deja que te acompañe al dormitorio.

-¡Quita, quita! ¡Ni que fuera yo un viejo valetudinario! -Protestó el anciano.

Waldo sonrió.

-Pero es ya de noche. Y está todo nevado.

-Antes estaba ya nevado. Y para mí siempre es de noche, o casi...

-No es eso... Lo que ocurre es que tengo que tratar un asunto con el cocinero. Así es que había pensado que podríamos hacer el camino juntos. ¿No te parece?

-Ah. Bueno. Si es así...

Waldo lo agarró de un brazo y el anciano se ayudó con la otra mano del bastón. Así, trabajosamente, logró levantarse.

-Y tú, muchacho, -me conminó el guarda, - date aire en recoger los huevos, que Roque los necesita para la cena de hoy, no de mañana.

Aquella noche la dormí muy mal. Centenares de alacranes surgían de numerosas cogullas, que se hallaban en la oscuridad de diversos lugares del monasterio, y se dirigían hacia la casa de los novicios, entraban en el dormitorio y subían a los jergones.

## CAPITULO VI. EL DÍA DEL SEÑOR.

Durante la noche nevó tan copiosamente que, cuando salimos de casa para ir a maitines, las piernas se hundían en la capa de nieve hasta el corvejón. Seguían cayendo copos del tamaño de un puño y el viento que los traía, agitándolos y haciéndolos voltear por momentos, era glacial. Tan reciamente caían tales copos, que la antorcha que el maestro sostenía en la mano, a duras penas se mantenía encendida, amenazando a cada paso con dejarnos sumidos en una repentina oscuridad.

Afortunadamente, con el despertar, los temores infundidos por las pesadillas nocturnas desaparecen como por ensalmo y se recupera una parte del perdido optimismo. No obstante, al entrar en la iglesia, mal iluminada por tan sólo unas cuantas velas y antorchas, viendo cómo la comunidad de monjes negros, todavía con la capucha calada, se instalaba en el coro, no pude sino sentir que el corazón se me encogía dolorosamente, pesando en el pecho como si fuera piedra. Recordé las palabras de Ramiro: “muchos de ellos, bajo la cogulla, esconden un espíritu de alacrán.” Y no pude evitar preguntarme cuántos de ellos y sobre todo quiénes... Otras cosas que dijo giraban en mi mente, cual si ésta fuera una rueda, pero no todas las comprendía, aunque estaban allí y allí se quedarían hasta que, al cabo, las comprendí en su totalidad, pero eso fue mucho más tarde. Lo único que me quedó bastante claro fue que Ramiro y su maestro, hacía mucho tiempo, habían traído a esta abadía un fabuloso tesoro, para evitar que éste cayera en manos de los moros. Y hoy en día hay gentes muy poderosas, de todo el mundo, que ambicionan apoderarse de él y que para ello no dudan en introducirse en la abadía, haciéndose pasar por monjes, o más bien haciéndose monjes, aunque sólo para obtener ese tesoro, que debe ser sin duda formidable, algo único, grandioso.

Muchas veces me pregunto si Ramiro me dijo todo aquello sólo porque chocheaba y se le escapaba, por momentos, a su viejo cerebro el alcance de sus terribles y misteriosas palabras, o si, por el contrario, me estaba revelando cosas progresivamente, como en efecto hizo en los días que siguieron, de manera consciente, meditada, con objeto de ganarme para su causa, asegurándole a ésta un porvenir.

Cuando los monjes fueron descubriendo uno tras otro sus rostros, la tensión que me atenazaba por dentro no se alivió, antes bien se volvió más intensa, pues me pregunté cuáles de aquellas caras eran, en realidad, máscaras que ocultaban propósitos perversos y que, para alcanzarlos, no dudarían en llegar a cometer las mayores infamias, entre las que cabría incluir, quizás, hasta el asesinato.

Concluido el oficio de maitines y mientras el resto de la comunidad meditaba en el claustro, nosotros, tal como habíamos hecho el día anterior, fuimos conducidos a la sala capitular con objeto de revisar los salmos.

Sólo entonces cedió un tanto mi angustia y pude consagrar mi espíritu entero al canto, con el cual acabó apaciguándose por completo mi inquietud. Hasta el punto de que, cuando tañeron las campanas en la vecina iglesia anunciando laudes, me pareció imposible que el tiempo hubiera

pasado tan raudo. Ésa era otra de las cosas que empezaba a descubrir en la vida reglada al extremo de la abadía, a saber, que uno era el tiempo de las clepsidras, los relojes de arena, de sol, el empleado en consumirse una vela de determinado tamaño, por el cual se regían y regulaban la práctica totalidad de las actividades del monasterio y otro el tiempo interior, que transcurría de modo por completo distinto cuando escuchaba cantar los salmos, por ejemplo, y más aún cuando los cantaba yo mismo. Eso que todavía no había llegado a mis oídos la leyenda de aquel monje que, habiendo dejado de trabajar un instante en el huerto del monasterio para escuchar el canto de un ruiseñor, cuando regresó al mismo habían pasado trescientos años y ya nadie lo conocía.

Salimos pues en procesión hacia la puerta lateral de la iglesia. Hakón ya no necesitó encender la antorcha, pues la débil claridad del amanecer bastaba para vislumbrar, no sin dificultad, el entorno inmediato. El cielo, sin embargo, semejava un manto negrísimo cubriendo el mundo, tan oscuras eran las nubes que lo ceñían por los cuatro costados. Y seguía nevando con la misma intensidad, si no mayor.

Como era domingo, laudes comenzó con el salmo 66, que ya me conocía bastante bien. De modo que, por efecto de la concentración y la armonía del canto, no me asaltó de nuevo el temor. Antes al contrario, como había oído decir a los novicios que los domingos y días de fiesta, entre los oficios mayores, es decir, maitines, laudes y vísperas, se nos dejaba deambular libremente por la abadía, cuyo recinto se hallaba obviamente cerrado, y si alguna puerta estaba abierta, ésta era cuidadosamente vigilada, tal perspectiva, de un largo momento de asueto, en una libertad relativa, me ilusionó.

No sería ciertamente como en el castillo, donde no había, al menos para mí, puertas cerradas, excepto la del dormitorio por la noche; pero, a falta de pan, buenas son tortas.

Además, estaba la nieve.

Cuando hubimos traspuesto el umbral de la iglesia, como viéramos que no se hallaba el maestro con nosotros, tras dudarle un instante, salimos todos de estampida, precedidos, claro está, por los más mayores, hacia el fondo de la abadía, hacia el alojamiento de los criados, donde se encontraban también los establos y los apriscos de ovejas y cabras, lejos de la vigilancia de los monjes, quienes habían vuelto al claustro. Corríamos con dificultad, pues en diversos lugares el manto blanco casi nos cubría a los más párvulos; de cuando en cuando nos caíamos dentro de él, pero ello era sin experimentar daño alguno y nos levantábamos como podíamos para no perder de vista al grueso de la tropa.

Ya en la explanada que se abría entre los establos y las murallas, dio comienzo de inmediato la batalla de bolas de nieve, la cual fue, tal como había dicho Ramiro, de todos contra todos. También entonces el tiempo pasó raudo, no como vuela el cuervo o el águila, sino como las golondrinas en verano.

Tal fue el fragor de la contienda, que ninguno de nosotros oyó las campanas convocando al rezo del Ángelus. Así que alguien, con toda probabilidad Hakón, envió al guarda para que nos recriminara y nos trajera de inmediato a la iglesia. De camino, Waldo se acercó a mí y me dijo:

-El cocinero me ha encargado te diga que también hoy vengas a ayudarme a recoger los huevos, para luego llevárselos a él.

Con el primer pronto, me dio un vuelco el corazón ante la perspectiva de volver a encontrarme con Ramiro, quien había conseguido amedrentarme. Sin embargo, pasado ese primer impulso, no me disgustó la idea, pues sentí que también me había caído simpático el viejo. Y, a pesar del temor que había infundido en mí, involuntariamente, supuse, por otro lado, debía reconocer también que había conseguido intrigarme.

-¿Cuándo?

-Como ayer. A la caída de la tarde.

No lo eché en olvido, a pesar de que el juego y las correrías por todo el recinto abacial, sin trabas de ninguna clase, continuaron después de la comida de mediodía.

Así que, aproximadamente hacia la misma hora que el día anterior, disimuladamente abandoné a mis compañeros de juego y me encaminé hacia el gallinero.

Waldo, nada más verme, me dijo:

-Continúa tú, que yo tengo unas cuantas cosas que hacer.

Tomé la cesta de su mano y comencé a recorrer el gallinero, recogiendo los huevos que ya estaban dispuestos en la paja. Terminada la labor, debía esperar hasta que las otras gallinas se decidieran a poner.

Mientras aguardaba, registré bien el gallinero por ver si me encontraba, en cualquier rincón, con el taimado Ramiro, que tan bien sabía esconderse. No hallé rastro de él esta vez. Vendrá más tarde, dije entre mí, pues como él mismo aseguró, bien pocas cosas podía comer, desprovisto como estaba de dientes y muelas. Los huevos, no solamente los tomaba sin dificultad, sino que constituían, además, un alimento provisto de notables capacidades nutritivas. Con el tiempo sabría también que el huevo es el símbolo de la resurrección.

En fin, no estaba Ramiro y yo tenía una tarea. Me dediqué a observar las gallinas, tratando de adivinar cuándo una de ellas se disponía a poner, intentando también conocerlas para diferenciar las que habían puesto de las que no. Pero ello era tarea ardua a causa del número de inquilinas que poblaba el gallinero monástico.

Ya era casi noche cerrada y Waldo no parecía. De repente escuché un murmullo que me puso sobre aviso. Me quedé en el sitio, lo más quieto que pude.

Vi que por una de las puertas entraban sigilosamente tres encapuchados, musitando en voz baja. Instintivamente me escondí en un hueco donde ninguno de los cenobitas de esa abadía habría cabido.

-¡Silencio, -advirtió uno de ellos! Ramiro suele venir por aquí a estas horas, a comerse algún que otro huevo. Vamos a registrar primero el gallinero.

El corazón empezó a batir tan fuerte dentro de mi pecho que llegué a pensar si no me iban a

delatar sus latidos.

La inspección que llevaron a cabo fue en verdad minuciosa y en varias ocasiones el hábito de alguno de ellos llegó a rozarme las manos con que me agarraba las rodillas. Tampoco descubrieron la cesta que estaba justo a mi lado.

-¡Está bien, no hay nadie!

Entonces se reunieron los tres, a poca distancia de donde yo me hallaba, de modo que podía distinguir hasta su respiración.

-Te vamos a poner al corriente de lo que sabemos. Eberardo cierra el scriptorium desde dentro, con una pesada barra de hierro. Luego entra en la biblioteca y coloca una segunda barra de hierro. Doble protección. No hay otra salida aparente en el edificio. Ninguno de nosotros lo ha visto abandonar el edificio por ninguna abertura secreta. Se le ve después en la iglesia para el oficio de completas, sin que haya entrado por ninguna de sus puertas. Hasta cerciorarnos de ello, pusimos vigilantes, que fingieron rezagarse con cualquier pretexto, en ellas. La conclusión obvia es que utiliza un pasadizo subterráneo que le conduce hasta el interior de la iglesia. No se excluye que haya otros corredores subterráneos que comuniquen la biblioteca con otras dependencias. A partir de ahí, nuestros esfuerzos se concentraron en descubrir la abertura secreta que le da acceso a la iglesia. Jamás lo hemos conseguido. En mi opinión, ello es debido a que, desde alguna mirilla u orificio, controla el área inmediata a ella. Y no sale hasta no verla despejada. Cosa que no tarda en producirse, ya que las ausencias en el coro se notan enseguida, teniendo cada uno su lugar asignado.

-Entiendo -concedió una voz de aspecto más joven. – Ahora bien, he sabido que el viejo Ramiro fue en su día bibliotecario. Por lo tanto, conoce también él el secreto del pasadizo.

-Sin duda. Desde el origen, la abadía sólo ha tenido tres bibliotecarios, el maestro de Ramiro, el propio Ramiro y el bibliotecario actual. A los tres les caracteriza, o caracterizó en el caso del fallecido, una extraordinaria longevidad.

-El maestro de Ramiro fue Leovigildo, el monje encargado de supervisar el transporte hacia el norte de todo cuanto el Rey don Rodrigo no pudo llevar en aquel fatídico día, ¿no es así?

-Así es, en efecto. La primera escala fue los montes de Asturias, pues aún confiaban en expulsar, en breve, al infiel, mediante la ayuda de poderosos aliados cristianos. Sin embargo, como esa ayuda se demoraba, probablemente porque don Rodrigo, con la urgencia del momento, no alcanzó a sacar de la cueva todo cuanto podía haber sacado pues, aunque lo hubiera hecho de prisa y corriendo habría bastado para pagar a un Emperador; de este modo, para no correr más riesgos, se tomó la decisión de trasladarlo todo a la Septimania, el último pedazo de tierra, de cierta extensión, que les quedaba a los visigodos. Más tarde, incluso la Septimania llegó a estar amenazada y finalmente conquistada por los árabes. Así que acordaron, por último, traerlo al norte. Tras haber permanecido oculto en Reims, en espera de construir, exprefeso, un lugar más seguro y discreto para albergarlo.

-Y ese lugar era esta abadía. Sí, todo esto lo sé. Tito la tomó de Jerusalén, en el año 70, y la llevó a Roma. El visigodo Alarico I, en el año 410, saqueó Roma y cargó con ella. Alarico II,

huyendo de los francos, la trasladó a Toledo, donde fundó la monarquía española y la puso a buen recaudo, hasta que Rodrigo perdió los nervios y lo echó todo a perder. Después ocurrió como tú has dicho. Y ahora resulta que nuestros pies se hallan justamente encima de la mesa.

-Quien consiga apoderarse de semejante tesoro, tanto material como espiritual, se convertirá en el amo del mundo.

-De hecho, quien lo posee actualmente, está en vías de serlo.

-Como fácilmente se infiere de lo dicho, un tal poseedor no escatima medios para conservar, con toda seguridad, lo que hoy en día considera suyo, máxime cuando de ello depende su supremacía, tanto la personal como la de su reino. La empresa de arrebatarlo resulta, en verdad, arriesgada. Como bien has dicho, es el hombre más poderoso del mundo.

-No lo pongo en duda. Pero también es verdad que toda obra humana contiene puntos débiles. El viejo Ramiro... Mediante ciertos argumentos... Se le podría convencer...

Entonces intervino una tercera voz que hasta ese momento no había tomado parte en la conversación. Era de nuevo la voz de un hombre proveyecto.

-¡Dios no quiera que a alguien se le ocurra hacer tal cosa! Ramiro es un brujo poderosísimo. En el pasado, otros lo intentaron y tuvieron ocasión de arrepentirse amargamente de su osadía. Conoce todas las conspiraciones y, en el momento en que comienzan a revelarse peligrosas, él mismo las ataja mediante procedimientos no habituales, a veces terribles. Por su edad, está exento de todo, aunque se le ve en todas partes; cuando uno menos se lo espera, allí está, y casi nunca se lo encuentra transitando por las calles.

Un prolongado silencio siguió a estas espantosas palabras. Entonces el más joven, aunque indudablemente dotado de mayor autoridad, concluyó:

-De acuerdo. No queda sino esperar el momento más propicio. De todos modos, Ramiro podrá ser más viejo que la invención de las golondrinas, pero no será eterno. No debe andar ya lejos de los cien años, si mis cálculos son ciertos. Pronto deberá abandonar este valle de lágrimas...

-¡Ya está bien por hoy! – Clamó la voz que más parca se había mostrado en la plática. – Volvamos al claustro.

Un leve roce de sandalias con la tierra se fue alejando, después escuché cómo las suelas hacían crujir la nieve compacta. El gallinero quedó sumido en una calma siniestra. Afortunadamente, un incipiente cuarto creciente de luna, junto con el hecho de que mis ojos se habían habituado largamente a la oscuridad, permitieron que rápidamente, aunque también con mucho sigilo, pudiera recoger un número suficiente de huevos hasta casi llenar la cesta y salir subrepticamente con ella en dirección a la cocina, temiendo que fuera demasiado tarde, atrayéndome con ello la furia del cocinero, del que desconocía, por el momento, si era de buena o mala composición.

Había dejado de nevar. El cielo estaba incluso despejado. Pero ello no había hecho sino incrementar el frío. La nieve se hallaba ahora dura como la piedra y resbalaba peligrosamente. En varias ocasiones, la cesta, con su valiosa carga, se salvó de puro milagro.

Cuando ya me hallaba cerca de la cocina, me asaltó el repentino temor de que alguien me viera con la cesta de huevos, y llegara a oídos de los tres encapuchados la noticia de que había estado a esa hora en el gallinero. Lo que allí se había dicho era demasiado fuerte. Ello hasta un novicio de nueve años lo podía comprender.

Afortunadamente, con el frío, nadie transitaba por esa calle. La comunidad entera se encontraría en la sala capitular, en el locutorio, a lo sumo en el claustro, o... en la cocina. Algún curioso, o picado del pecado de la gula, podría rondar por ella. De modo que entré con precaución, no sin echar previamente un cauteloso vistazo.

Como no viera en ella sino a Roque, el cocinero, y a sus pinches seglares, entré francamente.

-A buenas horas llegas, con tus huevos. Ya empezaba a temer por las tortillas de esta noche.

-Es que, con el frío, se muestran remilgadas -me excusé. –

-Ya. Ya me hicisteis, Waldo y tú, esa lección ayer. Anda, trae acá esa cesta. A ver... Parca cosecha. Pero será suficiente. ¡Eh, vosotros! ¡Preparad la sartén de las tortillas! ¡Y tú, regresa a la casa de los novicios, que estarán echando en falta tu presencia!

No me hice de rogar. Por fortuna, allí nadie se había percatado de mi ausencia. Los domingos, reinaba una cierta permisividad. Menos mal...

No tardaron en llegar a nuestro refectorio los pedazos de tortilla, a los que tan aventuradamente había contribuido, junto con el resto de la pitanza, de nuevo un puñado de habas por comensal y un mendrugo.

Para alcanzar el colofón del día, todavía faltaba asistir a completas. Todo mi esfuerzo estaba consagrado a tratar de disimular mi zozobra. Lo que conseguí, creo, no sin dificultad.

Salimos hacia la iglesia como siempre, en silencio, en procesión y precedidos por el maestro. El cielo se hallaba tan despejado y puro, que parecía un gran pedazo de tela azulada, claveteada con innumerables agujas de plata. Pero el frío se mostró violento. Cada vez apretaba las carnes con más intensidad. Era como dar nuestros huesos a roer a un perro hambriento, de dientes afilados. El corto trayecto hasta la iglesia nos dejó ateridos, temblorosos. De modo que nuestros cuerpos agradecieron la entrada en la nave, habitualmente poco acogedora en invierno.

El coro resonó, como de costumbre, con esa cadencia lenta, prolongada, infinita. Tan majestuosa, que ni Dios mismo, donde quiera que estuviera, podría dejar de escucharla. Sin embargo, algunas de sus modulaciones estaban siendo proferidas, no por arcángeles, sino por gente ruin, pérfida, capaz de cometer, con toda frialdad, los crímenes más horribles.

Si ayer dudaba en atribuir credibilidad a las palabras de Ramiro, sospechando que podrían ser achacadas a su senectud, hoy tenía una prueba evidente de la exactitud de sus aseveraciones. Lo había escuchado con mis propios oídos, de la boca de gente que no tenía en absoluto el aspecto de ser proclive a la broma.

Lo peor es que podrían acercarse a mí hasta tocarme y no sería capaz de identificarlos. A menos que... escuchara su voz... Sí, su voz resonaba aún con toda nitidez en el interior de mi caja craneana. Mezcladas en el canto general, era imposible aislar sus timbres. Sin embargo, en el momento en que hablaran distintamente, sobre todo si se dirigieran a mí, quizá pudiera distinguirlos, me dije.

Tres días de permanencia en el monasterio habían bastado para sacarme, de golpe, de ese candor en que, como niño, dormía.

## CAPÍTULO VII. LA CUEVA DE HÉRCULES.

A pesar de que el día había sido particularmente agotador, no solamente por las batallas de nieve y las correrías a todo lo largo y ancho de la abadía, también fue fatigoso desde el punto de vista emocional. No podía conciliar el sueño. El descubrimiento de la conspiración de los tres encapuchados, el peligro que corrí escuchándolos, impedían que me sosegara y abandonara al necesario descanso reparador.

Éstos sí hablaban un alemán perfecto. ¿Sería capaz de reconocer su voz cuando cambiaran al acento del latín que se usa generalmente en la abadía? Es cierto que, por el momento, cuando los monjes se dirigen a mí y comprueban que no comprendo, condescienden en hablar alemán. Pero ello no durará. En cuanto se corra la voz de que hablo latín, cesará la excepción.

Ahora bien, ¿qué haría yo si los identificara? ¿Los desenmascararía ante Ramiro? ¿Ante el maestro? Ramiro insinuó que podía fiarme de mi maestro. Pero ¿y del mismo Ramiro, puedo fiarme? Uno de los encapuchados aseguó que era un brujo poderosísimo. Da miedo, eso.

Por otra parte, mi instinto parecía disponerme en su favor. ¿Debería avisarle de la amenaza que llegó a proférirse contra su persona? O bien admitir el argumento del más anciano de los tres, a saber, que su propia reputación de mago lo protegía. No era fácil tomar una decisión.

Tras mucho pensarlo, convine en avisarlo. Ahora bien, sin revelarle necesariamente todo cuanto sabía. Podría prevenirle de una manera vaga. Hablando con él se me ocurriría la fórmula más adecuada, en el momento propicio. Pero ¿cómo hacerlo? Era cierto que Ramiro se hallaba dispensado de todo oficio y de toda obligación en el monasterio. Hacía, en verdad, lo que le daba la gana e iba donde buenamente quería. El único sitio que sabía seguro afeccionaba era el gallinero, por los huevos. Sin embargo, hoy no ha ido, concedí. Roque ha debido prepararle alguna sopa caliente, especial para él. Por mi parte, la jornada en la escuela era intensa. No dispondría de un rato libre hasta, por lo menos, el sábado. Por otra parte, había descubierto que, tras la comida de mediodía, no era obligatorio hacer siesta, o sexta. Uno podía ir a pasear por el claustro. Bastaba con decir que deseaba meditar allí. Acordé aprovechar esa circunstancia.

El solo hecho de haber tomado la decisión logró calmarme, de modo que enseguida conseguí conciliar un sueño profundo, sin pesadillas esta vez. El cuerpo se hallaba demasiado molido como para andarse con dibujos.

Sin duda, el lector se preguntará cómo es posible, en un niño de nueve años, tanta precaución y tanto razonamiento. Eso es porque ya no se acuerda de su propia infancia y de todo lo que se puede llegar a cogitar y trasegar en ella, los cálculos que se hacen y los temores que es fuerza apaciguar con argumentos, la lacerante sensibilidad con que se perciben los más nimios acontecimientos y las heridas de inquietud que abre el futuro. La infancia se la suele contemplar a través de una corteza, como la del huevo. Lo único que falta en esa época de la vida es léxico, la palabra escogida con la mayor adecuación al fenómeno que se intenta describir, la rosa precisa, en la rama apropiada. Esto solo otorga la madurez, aunque la percepción es menor, hasta el día en

que sea nula. Las palabras que ahora lees, por supuesto, las pongo yo, no el Bernardo de Worms del año 797, sino un anciano de los días que busca ya en vano el camino de la muerte. Unas palabras que ansían transmitir la frescura prístina de las sensaciones de entonces, sin conseguirlo.

Al salir esa mañana para maitines, Hakón se quedó un tanto pasmado en el umbral y con él todos los demás. Aunque en ese preciso instante había dejado de nevar, durante la noche lo había estado haciendo con una intensidad inusitada, hasta el punto de que el maestro dudó en aventurarse con todos los novicios hasta la puerta de la iglesia. Tras alguna vacilación, probó él mismo a desplazarse sobre la impresionante capa blanca y, como viera que una buena parte de ella había endurecido, pudiendo avanzar sin que los pies se hundieran demasiado, nos animó a imitarle. Lo que ni siquiera intentó fue ponernos en fila, así que la procesión resultó un tanto caótica. Algunos novicios se complacían en tocar los pies de ciertas estatuas que, sin la ayuda del blanco meteoro, se hubieran hallado por completo fuera de su alcance.

Tratando de mantener el equilibrio sobre un firme sumamente irregular, conseguimos alcanzar la puerta de la iglesia. La nave y el coro se hallaban poco poblados, pues sólo los monjes más jóvenes habían conseguido llegar. Los de edad mediana penaban en el intento y los más viejos habían recibido dispensa del abad, de modo que permanecieron en el dormitorio, o en la enfermería, hasta que los siervos abrieron, con azadones y palas, unas zanjas que hacían practicables los recorridos esenciales de la abadía. Pero ello no se consiguió hasta bien entrada la hora tercia.

Maitines y laudes se hizo sin ellos.

Después se reanudó la batalla de la escuela. Hakón parecía decidido a que colmatara mi retraso en el menor tiempo posible. Supuse que lo hacía porque un monje que no supiera latín se hallaba bastante disminuido en el convento. Aunque lo mismo me acuciaba con el griego. Y otro tanto hacía Ratoldo con la geometría y las matemáticas.

Yo, por mi parte, ponía todo mi empeño, pues deseaba borrar lo antes posible de la memoria, de mis compañeros en particular, el hecho de haber sido el último en llegar al monasterio. La posición de último, de todos modos, jamás ha sido confortable en cualquier circunstancia.

Ya ese día, cuando tocó la lectura del fragmento de la regla de San Benito, compuesto con frases cortas y simples, me di cuenta de que era capaz de comprender la mayoría de ellas.

# Intrumentos de las buenas obras.

## **Amar a Dios y al prójimo.**

<sup>1</sup> Ante todo, *amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas* <sup>2</sup> y al prójimo como a ti mismo. <sup>3</sup> Y luego *no matarás*, <sup>4</sup> *no cometerás adulterio*, <sup>5</sup> *no robarás*, <sup>6</sup> *no codiciarás*, <sup>7</sup> *no darás falso testimonio*. <sup>8</sup> Honra a todos los hombres <sup>9</sup> y *no hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti*.

## **Castigar el cuerpo.**

<sup>10</sup> Negarse a sí mismo para seguir a Cristo. <sup>11</sup> Castigar el cuerpo, <sup>12</sup> no darse a los placeres, <sup>13</sup> amar el ayuno.

## **Practicar la misericordia.**

<sup>14</sup> Socorrer a los pobres, <sup>15</sup> vestir al desnudo, <sup>16</sup> visitar al enfermo, <sup>17</sup> enterrar a los muertos. <sup>18</sup> Ayudar al atribulado, <sup>19</sup> consolar al afligido. <sup>20</sup> Hacerse ajeno a la conducta del mundo, <sup>21</sup> no anteponer nada al amor de Cristo.

## **Amar a los enemigos.**

<sup>22</sup> No dejarse llevar de la ira, <sup>23</sup> ni guardar resentimiento. <sup>24</sup> No ser falso por dentro, <sup>25</sup> ni dar la paz fingida. <sup>26</sup> No echarse atrás en la caridad. <sup>27</sup> No jurar para no hacerlo en falso, <sup>28</sup> decir la verdad con el corazón y con los labios. <sup>29</sup> No devolver mal por mal. <sup>30</sup> No hacer daño a otro, sino llevar con paciencia el que le hagan. <sup>31</sup> Amar a los enemigos. <sup>32</sup> No maldecir a los que le maldicen, sino bendecirles. <sup>33</sup> Sufrir la persecución por la justicia.

No darse al regalo.

<sup>34</sup> No ser orgulloso, <sup>35</sup> ni bebedor, <sup>36</sup> ni comilón, <sup>37</sup> ni dormilón, <sup>38</sup> ni perezoso, <sup>39</sup> ni murmurador, <sup>40</sup> ni calumniador.

## **Poner su esperanza en Dios.**

<sup>41</sup> Poner su esperanza en Dios. <sup>42</sup> Cuando vea en sí algo bueno, atribúyase a Dios y no a sí. <sup>43</sup> En cambio, reconozca siempre el mal que ha hecho y téngase por responsable.

## **Tener presente la muerte.**

<sup>44</sup> Temer el día del juicio. <sup>45</sup> Sentir terror del infierno. <sup>46</sup> Desear la vida eterna con anhelo espiritual. <sup>47</sup> Tener cada día presente ante los ojos la muerte. <sup>48</sup> Vigilar constantemente la propia conducta. <sup>49</sup> Estar seguro que en todo lugar Dios le está mirando. <sup>50</sup> Los malos pensamientos que nos vengan al corazón estrellarlos inmediatamente contra Cristo y manifestarlos al anciano espiritual. <sup>51</sup> Guardar la boca de conversación mala o deshonesta. <sup>52</sup> No ser amigo de hablar mucho. <sup>53</sup> No hablar a lo tonto o por hacer reír. <sup>54</sup> No gustar de reír mucho o estrepitosamente.

## **Darse a la oración.**

<sup>55</sup> Oír con gusto lecturas santas. <sup>56</sup> Darse con frecuencia a la oración. <sup>57</sup> Reconocer a diario en la oración ante Dios los pecados pasados con lágrimas y gemidos. <sup>58</sup> Enmendarse en adelante

de esos mismos pecados.

### **Aborrecer la propia voluntad.**

<sup>59</sup> No realizar los deseos de la carne. <sup>60</sup> Aborrecer la propia voluntad. <sup>61</sup> Obedecer en todo los mandatos del abad, aun cuando él -¡jamás suceda!- obre de otra manera, acordándose de aquel precepto del Señor: *Haced y cumplid lo que os digan, pero no hagáis lo que ellos hacen.* <sup>62</sup> No querer ser tenido por santo antes de serlo, sino serlo primero para que lo digan con razón.

### **Jamás desesperar de la misericordia de Dios.**

<sup>63</sup> Poner por obra a diario los preceptos de Dios. <sup>64</sup> Amar la castidad. <sup>65</sup> No odiar a nadie. <sup>66</sup> No tener celos. <sup>67</sup> No obrar por envidia. <sup>68</sup> No ser amigo de discordias. <sup>69</sup> Huir de la arrogancia. <sup>70</sup> Venerar a los ancianos. <sup>71</sup> Amar a los jóvenes. <sup>72</sup> Orar por los enemigos en el amor de Cristo. <sup>73</sup> Antes de acabar el día hacer las paces con quien se haya reñido. <sup>74</sup> Y jamás desesperar de la misericordia de Dios.

<sup>75</sup> Estos son los instrumentos del arte espiritual. <sup>76</sup> Si perseverantemente los usamos día y noche y en el día del juicio los devolvemos, el Señor nos recompensará con el premio que nos prometió: *77 Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que le aman.* <sup>78</sup> Pero el taller donde incansablemente debemos practicar estas cosas es el recinto del monasterio permaneciendo estables en la comunidad.

Cierto es que algunos términos y expresiones se me aparecían todavía un tanto oscuros, sólo que, la mayoría de ellos, no lo eran tanto por su sentido primario, sino por otros grados segundos y terceros que aún no dominaba.

Tras la lectura de la regla, que debía hacerse de manera cotidiana en la escuela, y aún a menudo en el refectorio, no sólo en el de los novicios sino, como más tarde tuve la ocasión de comprobar, también en el de los monjes confirmados, mi maestro pasó a la lengua griega con el mismo ahínco y consagración. No parecía, sino que había abandonado al resto de la escuela; la cual, durante aquellos días, encomendó al cuidado de los más mayores, para dedicarse exclusivamente a mí.

Después de la comida, a punto estuve de abandonar el proyecto de ir hasta el gallinero, a causa, por supuesto, del estado en que la nieve había dejado la abadía. Si los criados no habían abierto el camino hasta allí, resultaba impensable que Ramiro se encontrara en ese lugar. Decidí comprobar ese detalle. No me costaba nada intentarlo. En caso de que no fuera así, podría regresar a poco de haber salido, pretextando que el frío era demasiado intenso para permanecer en el claustro.

Salí pues y no tardé en comprobar que, en efecto, los siervos habían cortado a pico una senda, apenas lo suficientemente ancha como para que una persona pudiera avanzar entre dos paredes albas que, en muchos tramos, no dejaban ver nada más a su alrededor; sobre todo a mí, que levantaba pocos palmos del suelo. Lo habían hecho sin duda, no tanto por el gallinero, como por la puerta que se hallaba frente a la casa del guarda; la cual, aunque en invierno no solía abrirse, nunca se sabe.

Alcancé mi objetivo sin demasiadas esperanzas de encontrarme allí con el anciano monje.

Me equivoqué. Allí estaba, medio tumbado sobre la paja. Me recibió con una risita.

-Has venido a visitar a tus nuevas amigas...

-No.

-Ah, entonces es que te intrigaron mis palabras...

-Y también me dieron algo de miedo.

Se incorporó hasta quedar sentado.

-Lo siento muchacho. Anda, mira a ver si me encuentras algún huevo por ahí.

Por más que busqué y rebusqué no encontré más que uno en un rincón, que debió quedarse olvidado, o más bien no hallado, el día anterior. Se lo entregué.

-Es el único que queda.

-Ve detrás de la casa del guarda, al corral de las ocas, a lo mejor hay alguno allí.

Hice lo que me pedía. Bordeé la casa de Waldo y vi una construcción circular, idéntica a la del gallinero. Afortunadamente las ocas no se hallaban en su interior, porque son animales bastante agresivos, que no hubieran dudado en atacar, sobre todo a un niño, pero se encontraban en ese momento lejos, en bandada, algo descuidadas, escarbando entre la nieve, junto a la puerta de la abadía.

Nada más entrar, vi un gran huevo blanco. Lo cogí y salí corriendo, cuando ya las ocas acudían a toda prisa con objeto de pararle los pies al intruso. Les llevaba mucha ventaja, por lo que gané el gallinero sin más contratiempo.

Ramiro se alegró sobremanera.

-¡Oh! ¡Qué bonito es! Blanco, puro. Como una vida que empieza y que promete. Frágil, también...

Ramiro me lanzó una mirada cargada de alusiones. Sentí que con ella me decía "ten cuidado, muchacho, ya vas sabiendo demasiado. Y los alacranes que pululan por este monasterio podrían interesarse por ti." El momento había llegado de darle el recado por el que había venido. Dudé antes de hablar, pero lo hice.

-La vida es frágil cuando empieza... Y también cuando...

No me atreví a proseguir. Me pareció demasiado brutal. Estaba seguro de que Ramiro había comprendido. Tanto es así que él mismo completó la frase.

-Cuando está a punto de acabar.

Permanecí en silencio.

-No te preocupes por mí, muchacho. Sabe más el diablo por viejo, que por diablo.

Y diciendo eso, metió la mano en el bolsillo para extraer la piedra y practicar el consabido agujero en la cáscara del huevo. Sin perder tiempo, aspiró ávidamente su contenido.

Con objeto de dejarle consumirlo a sus anchas, fui a asomarme a la puerta por ver si las ocas me habían seguido hasta allí. No había ni el menor rastro de ellas. Regresé junto al anciano.

-Tú has oído algo y has venido a prevenirme ¿no es así?

Asentí.

-¿Quién?

-No lo sé. Estaba ya muy oscuro y llevaban la capucha calada. Fue aquí mismo.

El viejo meneó la cabeza, de arriba abajo, como amonestando, en ausencia, a los malos monjes que conspiraban.

-Además de haber proferido las amenazas contra mí, que tanto te inquietan, ¿dijeron algo más?

Permanecí un rato en silencio, sopesando lo que podía y quería decirle.

-Eso que tú y tu maestro trajisteis de Toledo ¿era una mesa, o algo así?

-Una mesa de oro y plata, con grandes esmeraldas incrustadas y muchísimas perlas. Entre otras cosas.

Luego cerró los ojos y se puso a recitar de memoria:

-“Hizo fundir asimismo un mar de diez codos de un lado al otro, perfectamente redondo; su altura era de cinco codos, y lo ceñía alrededor un cordón de treinta codos. Y rodeaban aquel mar por debajo de su borde, alrededor, unas bolas como calabazas, diez en cada codo, que ceñían el mar en torno, en dos filas, las cuales habían sido fundidas cuando el mar fue fundido. Y descansaba sobre doce bueyes; tres miraban al norte, tres miraban al occidente, tres miraban al sur, y tres miraban al oriente; sobre éstos se apoyaba el mar, y las ancas de ellos estaban hacia la parte de adentro. El grueso del mar era de un palmo menor, y el borde era labrado como el borde de un cáliz o de flor de lis; y cabían en él dos mil batos.” Esto está escrito en el Libro de los Reyes, capítulo siete, versículos del veintitrés al veintiséis. En ese mar, o mesa, mandó grabar las instrucciones para la correcta pronunciación del Nombre inefable de Dios, el que nadie debe pronunciar, excepto los elegidos, y de una determinada manera. A ese Nombre hace referencia el salmo 91: “...porque ha conocido mi Nombre, me invocará y yo le responderé, con él estaré yo en la angustia, lo libraré y le glorificaré, lo saciaré de larga vida y le mostraré mi salvación.”

-¿Quién la hizo fundir?

-¿Quién? Salomón, el Rey que no sólo mandaba a los hombres, sino también a los espíritus.

Había dado igualmente indicaciones a sus orfebres para que fabricaran un anillo, con el cual sometía a todos los espíritus y los obligaba a ejecutar cuanto él deseaba. Dios permitió eso porque cuando Salomón, hijo de David, era joven, el Ángel de Jehová se le apareció y le dijo: “Pídeme cuanto quieras y te será concedido.” Entonces Salomón pidió únicamente sabiduría. ¿Comprendes, muchacho? Sólo sabiduría. Y Dios le acordó todo lo demás, por añadidura. También ese anillo está aquí. Pero el Altísimo ha decretado que el anillo, la mesa y lo demás, será acordado exclusivamente a aquél que haya perseguido, con dolor, con afán, con todas las penalidades que comporta el camino de perfección, la sabiduría y nada más. Aquél que haya tropezado con todas las piedras que la vía de la verdad y la justicia, que es una senda oculta, por invisible y por falta de visibilidad, contiene y se haya levantado cada vez, animado por una fe inquebrantable.

-Los hay aquí, en esta abadía, que pretenden obtenerlo por otros procedimientos -repliqué. –

Ramiro abrió unos ojos redondos, grandes y blanquísimos en la penumbra.

-¡Dios frustrará cada uno de sus intentos! Dios siempre provee. *Deus providebit*. De hecho, ya ha empezado a hacerlo. Con tu venida a esta abadía...

-¿Mi venida?

-Sí, hijo. Tu venida. Dios está empezando a mover fichas. Fichas nuevas, porque las viejas están por caducar...

Entendí lo que quería decir con ello y callé.

-Aún recuerdo -prosiguió, - como si lo estuviera viendo, aquel aciago día en que el infortunio se abatió sobre Toledo. Las trompetas anunciaron que la cólera del Rey se acercaba, cabalgando con furia entre sus mesnadas. Una nube de hombres de guerra irrumpió en la plaza, ante la puerta de lo que el pueblo llamaba “Cuevas de Hércules”, en referencia a una leyenda según la cual, el hijo de Zeus y una mortal, había hecho construir en Toledo un palacio de jade y mármol, donde ocultó una profecía conteniendo el sino de España. Con el tiempo, el palacio y el laberinto de pasadizos y bóvedas subterráneas que recorren el subsuelo de la capital del reino, se convirtió en cátedra de ciencias ocultas y magia. Cuando Alarico II estableció el reino visigodo de España, dándole por capital Toledo, en el centro mismo de la península, decidió ocultar en esa red de cuevas el producto del saqueo de Roma, efectuado por su antepasado Alarico I. Entonces puso un candado a la puerta, decretando que cada uno de sus sucesores en el trono hiciera otro tanto. Y advirtiendo que, si alguno violaba esa entrada, una desgracia grande se abatiría sobre España. Pero aquel día la plaza se llenó de relinchos, de caballos encabritándose, estrellando sus herraduras contra el suelo, piafando; de voces de oficiales dando órdenes perentorias, del tañido producido al entrechocar espadas y espuelas de los caballeros desmontando. Momentánea confusión y embarazo de lanzas y adargas y yelmos descubriendo caras feroces, bañadas en sudor. De ese pandemónium surgió, con la furia de la desesperación, arrollador, obstinado, el Rey don Rodrigo. Necesitaba el caudal que no poseía para atajar la conspiración, yaalzada y declarada contra él. Mi maestro se le interpuso en la puerta.

-¡Teme a Dios, Rey! Pues el temor del Señor es corrección y sabiduría. La humildad precede la honra. Escucha la voz de tus antepasados: quien abra esta puerta, causará la pérdida de España.

Sin embargo, Dios había cegado sus ojos y ofuscado su corazón. Con sus manos, el fiero Rey, arrancó al venerable monje de la puerta y lo precipitó al suelo. Mandó luego que rompieran todos los sellos y que echaran la puerta abajo, si fuera menester. Hecho lo cual, se abalanzó hacia su interior, seguido de sus leales. Mi maestro me conminó a que me quedara allí y también él siguió los pasos del rey. Tras atravesar cuatro salas de distintos colores: negra, blanca, verde y roja, llegó a la estancia en que se encontraba la Mesa de Salomón y, al fondo, una portezuela en cuyo dintel podía leerse una inscripción que declaraba la fecha en que fue realizada la obra de la construcción en que se encontraban: el año cuatro mil seis de la era de Adán. Como tal portezuela se hallaba igualmente protegida por un candado, mandó echarla abajo. Dentro descubrió un gran arcón de madera, levantó él mismo la tapa, contemplando, decepcionado, su interior, que sólo contenía unos lienzos representando unos guerreros con turbantes y cimitarras, montando ágiles corceles, y una inscripción que rezaba: "Cuando ojos humanos vean este lienzo, estas criaturas dominarán la [tierra santa](#)". Sólo entonces, el último rey goda tomó conciencia del verdadero alcance del acto que había cometido y salió tan precipitadamente como había entrado. El santuario había sido violado y era preciso salvar su contenido, máxime cuando el propio reino ya no podía ser salvado.

## CAPÍTULO VIII. LLEGADA DE LOS MISSI DOMINICI

Los días siguientes fueron de una luminosidad cegadora durante el día, magnificente durante la noche. El viento soplaba del noreste, con poca intensidad, aunque trayendo consigo una crudeza que ni los más viejos podían encontrarle parangón. Cada día que pasaba era más desabrido y nadie podía imaginar que el consecutivo podía ser peor. Sin embargo, así era.

El abad decidió tomar, con varias semanas de antelación, ciertas medidas. Incrementó la participación de la carne en la dieta de todos. Así, no tan sólo el gallinero, sino también el palomar y la blanca hueste de ocas, fueron puestos a contribución. La matanza del cerdo ya se había efectuado durante los días que siguieron a la festividad de San Martín, el once de noviembre. No obstante, el abad ordenó que se sacrificaran dos animales más. También dispuso que se le doblara la asignación de vino a cada uno, así como la de cerveza. Incluso a los novicios se nos recetó un vaso de vino en la comida y otro de cerveza durante la cena. Además, cada pitanza debía comenzar con un cuenco de sopa, de gallina, casi hirviendo. Medidas que, según parece, solían entrar en vigor únicamente durante el mes de enero, al que los campesinos llamaban “mes de la muerte”.

Otra de las novedades impuestas por el frío fue que, entre maitines y laudes, oficios a los que, por cierto, los monjes de más edad quedaron dispensados, pocos eran los que se atrevían, por no decir ninguno, a seguir la costumbre de ir al claustro para meditar peripatéticamente. En lugar de ello, venían al locutorio con objeto de asistir a nuestros ensayos, e incluso participar en ellos, ya fuera cantando con nosotros, o bien interviniendo en nuestra instrucción musical.

Severino, el novicio que menos se alejaba de mí en edad, me los iba presentando a medida que entraban.

-Ése que tiene orejas de soplillo es Arnaldo de Milán, especialista en filosofía. Y este otro que tiene cara de venir de matar a un perro es Reynaldo de Spoleto, el hombre que más griego sabe de toda la abadía. Éste que entra ahora es Conrado de Toledo...

-¿De Toledo, dices?

-Sí. No me preguntes dónde está Toledo, que no tengo la menor idea, de lo que estoy seguro es que se llama así. Y es especialista en hebreo y también en otra lengua rara, que no me viene a la memoria. Ahora meo, o algo así...

-Nunca he oído hablar de una lengua que se parezca a eso. Pero hace una semana tampoco sabía que existía el griego...

-Y hoy ya casi lo hablas... Todos se hacen cruces cuando se enteran de lo rápido que aprendes.

Según lo que ya conocía respecto al ambiente que reinaba en la abadía, pensé que quizá me

hubiera convenido pasar más desapercibido, pero ya era tarde para poner remedio. En eso entraron dos a la vez.

-Estos dos que tienen los ojos como platos, de grandes y de blancos, son los mejores copistas y miniaturistas que tiene el monasterio. En fin, en ese último aspecto, de ilustrador y miniaturista, Ratoldo de Ratisbona, que ya conoces, es tan bueno o más que ellos y además es matemático. Cuando se trata de representar figuras geométricas, según determinadas proporciones, no tiene rival. Estos dos se llaman Arnolfo de Tolosa y Sigeberto de París. Ah, y aquí tenemos a Ricardo de Salzburgo, nuestro maestro orfebre. Y este otro es Alair de Nice.

Otros fueron entrando, pero Severino ya no me los pudo presentar, pues daba comienzo el ensayo.

-Ad te levavi -anunció Hakón. –

-Aad tee levavi aanimaam meam... -comenzamos nosotros. –

-¡No, no!

Los monjes, que no esperaban sino el primer error, corrigieron:

-Aad tee levavi aaanimaam meaam.

-Vosotros ahora.

-Aad tee levavi aanimaam meaam, Deus meeus iin tee confiido, non eerubeescam, nequeee...

-Nequeeee...

-Nequeeee iriideeaant miiii inimiciii mei et eenim univeeersi qui te eeexspeectant, non confuundeentur. Viaas tuas, Dominee, demooonstra mihiii eet seemitas tuas eedooce mee.

-Repetimos todos juntos -determinó Hakón. –

Los cantores confirmados dieron el tono y, si alguno de los novicios se equivocó, pasó desapercibido.

Así, ensayamos varios salmos y progresamos mucho más durante aquellos días gélidos.

En la escuela, Hakón vio que, aunque todavía precariamente, ya podía andar solo. Entonces comenzó a ponerme a trabajar en autonomía, dándome esencialmente vastas traducciones, del griego al latín y viceversa. Para ayudarme, me entregó un libro en el cual figuraba únicamente una larga lista de palabras, en griego, en latín y en otras dos lenguas que, de momento, desconocía. A este libro llamábamos vocabulario. También me entregó otro en el que figuraban tan sólo palabras en latín y al lado su explicación en términos más sencillos, también en latín. A este otro llamábamos glosario. Hakón me advirtió que los términos de estos volúmenes estaban puestos en orden alfabético y me enseñó cómo buscarlos. Las letras mayúsculas que encabezaban la relación

de palabras constituían una verdadera obra de arte, ejecutada con tinta de varios colores.

Los novicios de más edad necesitaban consultarlos en contadas ocasiones, lo que daba una idea sobre la eficacia de la enseñanza en dicha escuela. Los más párvulos no podíamos separarnos de ellos. Contábamos con tres ejemplares de cada uno, lo que nos daba la ocasión de levantarnos de nuestro banco e intercambiar alguna frase entre nosotros en voz baja, porque Hakón exigía el silencio absoluto durante las horas de trabajo.

La mayor parte de los novicios que estudiaban allí eran hijos de grandes señores, sólo que, al no haber abierto el seno materno, fueron destinados al estado eclesiástico. Aunque se hallaban también entre nosotros algunos de origen más humilde, incluso hijos de campesinos, como era el caso de Bertín, que nació en uno de los pueblos que rodean al monasterio. Quedó huérfano de padre y madre, entonces unos vecinos lo trajeron aquí. Era tan joven, que apenas recuerda nada de su vida anterior. Ahora no tardará en ser monje confirmado.

No todos estaban destinados a pasar toda su vida entre los muros de la abadía. Algunos llegarían a ser obispos e incluso arzobispos y llevarían una vida de potentados, no muy distinta a la de sus hermanos mayores. Aunque, eso sí, en general, no manifestarían un comportamiento tan bárbaro como el de ellos. Más aún, el refinamiento cultural, la humanidad adquirida en los conventos, contribuyó a suavizar, no solamente su conducta personal, sino también la de sus congéneres, los otros príncipes mundanos.

Wilhelm de Erfurt, Teodomiro de Aquisgrán y Ubaldo de Pavía eran, los tres, hijos de grandes señores en sus respectivas tierras. Los padres de otros ocupaban altos cargos en la administración del reino. El padre, por ejemplo, de Sigrido de Lyon fue canciller y el de Sisenando de Tours chambelán. También figuraban entre los alumnos de la escuela los vencidos, los hijos de los grandes propietarios romanos que habían conservado sus tierras y que comenzaban a incorporarse a la administración, tanto laica como eclesiástica, de los nuevos reinos, ése era el caso, por ejemplo, de Aureliano de Maguncia.

El sábado siguiente, de nuevo me enviaron con Waldo, pues el trabajo que podía mandarme no requería ni grandes capacidades físicas, ni una particular especialización. Como el tiempo no mejoraba, las gallinas no salían del gallinero, así que les pusimos comida en el interior. Lo mismo hicimos con las ocas. Mientras permanecí, junto con Waldo, dentro del alojamiento de estas peligrosas amazonas blancas, pensé si acaso se acordarían del huevo robado y no estarían pensando en aprovechar el menor descuido para hacérmelo pagar amargamente. Al parecer habían olvidado el incidente, o fingían haberlo olvidado.

Luego pasamos al palomar.

-Has de saber, Bernardo, que sólo los nobles y los monasterios tenemos derecho a poseer un palomar. Es un privilegio raro y exclusivo.

-¿Y eso por qué?

-Pues no lo sé. Se trata seguramente de una marca de distinción...

También con los palomos hicimos lo mismo que con las otras aves, les pusimos comida en el

interior. Junto al gran palomar había otro, de dimensiones más reducidas, con divisiones internas, de modo que se podía atrapar fácilmente a sus inquilinos cuando se hallaban en el interior.

-Éstas son palomas mensajeras – aclaró Waldo. –

Se trataba, en efecto de una raza de mayor tamaño, mayor musculatura, con un plumaje más rico y brillante, la cabeza y pico más grandes.

En el castillo teníamos palomar. Pero no le había prestado nunca demasiada atención. Y no sabía si poseíamos este tipo de paloma mensajera.

-Mira esto -me indicó Waldo. –

Se trataba de un mecanismo bastante ingenioso que permitía la entrada de los palomos, pero, si estaba accionado, les impedía la salida.

-No tienen que salir hasta que no hayamos leído los mensajes que traen atados a las patas.

-¿Cómo es posible que les digan a estos animales ve a tal sitio y vayan?

-La cosa no funciona así, muchacho. Se les suelta y ellos vuelven *a su casa*. Regularmente intercambiamos palomas con las abadías más cercanas y, aunque no haya nada que transmitir, de vez en cuando, para entrenarlas, las soltamos y ellas regresan a su hogar, con su familia. Ahora bien, son capaces de volver desde distancias enormes. Si un obispo, por ejemplo, va a Roma. Se lleva con él algunas de ellas y, desde allí, da las noticias más relevantes. ¿Cómo consiguen regresar desde tan lejos? Eso es un gran misterio. Y además lo hacen rápido. Desde Roma aquí no tardan más de tres días. Está comprobado. Mira ésta. Lleva un mensaje atado a la pata, ¿ves?

-Sí.

Waldo la atrapó y extrajo el mensaje. Lo leyó.

-¡Vaya por Dios! -exclamó. – Tienes que ir enseguida a casa del abad. Dile al monje de turno que ha llegado esta mañana.

Me entregó el mensaje en cuestión.

-Date prisa, anda. Que es urgente.

Por el camino no pude resistir la curiosidad y leí su contenido. «Mañana llegan los missi dominici,“ ponía.

## CAPÍTULO IX. HACIENDA, TU AMO TE VEA.

Aunque, por no confesar que había leído el mensaje, no revelé a nadie su contenido, lo cierto es que la noticia corrió como la pólvora y alcanzó de inmediato todas las dependencias de la abadía.

El prior había dado órdenes perentorias para que todo monje abandonara la tarea que estuviera realizando en ese momento y contribuyera a adecentar y poner en orden desde los establos hasta la propia casa del abad. Todo debía estar como los chorros del oro el día siguiente.

Adalung de Dijon, secundado por el intendente, Óscar de Ulm, y el cillero, Rurik de Erfurt, se pusieron a coordinar las operaciones.

A cada uno de los sirvientes se le entregó un vestido a estrenar, con la instrucción de no ponérselo hasta el momento mismo en que se anunciara la llegada de los enviados del rey. También a los monjes se les ordenó que se pusieran el hábito nuevo para tal ocasión.

El scriptorium particularmente, así como la iglesia y la sala capitular, debían quedar limpios como una patena. A la mayor parte de los novicios se le entregó un balde y unos trapos y se la afectó a dicha tarea. Yo permanecí, en cambio, todo el día junto a Waldo.

Tanto el intendente como el cillero debían tener, por otra parte, sus libros de contabilidad al día y pasados a limpio. Y Ricardo de Salzburgo, el orfebre, se aplicó concienzudamente a frotar las joyas y reliquias que poseía la abadía. Los copistas, por su parte, dejaron su mesa perfecta, con todos sus utensilios ordenados y su trabajo actual convenientemente expuesto.

Al cocinero se le encargó que aderezara una comida especial, así como la elección del mejor vino que contenía la bodega. Y, por supuesto, el alojamiento de los huéspedes de marca debía hallarse en un estado impecable.

Por otra parte, se entregaron caballos a unos cuantos servidores con objeto de prevenir a todos los arrendatarios, instándoles a que se presentaran en la abadía a primera hora del día siguiente.

Así pues, en un espacio muy breve de tiempo, el monasterio entero comenzó a bullir y a revelar por todas partes muestras de una actividad frenética, semejante a la de un hormiguero en pleno verano.

Fue entonces cuando quedó manifiesta la utilidad de las zanjas abiertas a pico y pala a través del hielo y la nieve. Aunque tuvieron que ser ampliadas a lo largo de todo ese día, por lo pronto permitieron de inmediato una rápida circulación de hombres, bestias y material por todo el recinto abacial.

Desde lo alto del palomar contemplábamos Waldo y yo el Cafarnaúm en que se había convertido el monasterio.

-¿Quiénes son esos “missi dominici” que tanto revuelo han armado, con sólo anunciar su llegada?

Waldo sonrió con cierta picardía.

-Ellos no la han anunciado. Ha sido el abad del monasterio en que se disponen a pernoctar esta noche. Quien a su vez ha debido ser prevenido según el mismo procedimiento. La Iglesia no debe dormir. Ya lo dijo Jesucristo en el Evangelio de Mateo: “Por tanto, velad, porque no sabéis en qué día vuestro Señor viene.”

-¿Qué Señor los envía, el rey?

-Claro. Ellos son los ojos, los oídos y hasta las manos del soberano. Tienen poderes inmensos para corregir lo que está mal hecho y castigar a los culpables. Todo debe efectuarse según las reglas establecidas y al que are torcido, se le enmienda. A veces duramente. Sea quien sea, siervo, abad, obispo o conde.

-Supongo que también nosotros tendremos que advertir al monasterio hacia el cual se dirijan cuando abandonen el nuestro.

Waldo, con las palmas de las manos abiertas hacia arriba mostró las palomas que zureaban sin cesar a nuestro alrededor.

-¡Por supuesto! Para algo tenemos a nuestros campeones.

-¿Y ellos saben eso? Me refiero a los missi dominici.

-¡Pues claro que lo sabrán! Y sin duda alguna hallarán plenamente satisfactorio el procedimiento. Cuanto mejor vayan las cosas, menos trabajo tendrán a su llegada y más contentos estarán ellos y su Señor. Además, así están completamente seguros de encontrar a su llegada unos aposentos perfectamente aderezados y pertrechados con toda suerte de comodidades. Amén de una comida muy superior a la ración cotidiana de un monje. Ya verás, muchacho, qué bien se come en una abadía cuando los missi dominici se alojan en ella.

Aquello fue mi primera lección de un comportamiento y de una actitud ante la vida a la que más adelante pondría el nombre adecuado, pragmatismo, la cual estaba destinada a probar su utilidad en innumerables ocasiones.

-Como te lo digo, Bernardo, en cuanto el abad tenga conocimiento de cual va a ser la próxima etapa de los enviados, alguien nos vendrá con el papelito que ataremos a la pata del bicho adecuado y, en el tiempo de tres padrenuestros y media docena de avemarías, el abad en cuestión estará al corriente y dará comienzo el baldeo en dicha abadía.

Las palomas todas parecían danzar, dando vueltas sobre su propio eje, al son de un arrullo generalizado como para corroborar la exactitud de las palabras de Waldo, quien contemplaba ahora el horizonte con una sonrisa dibujada en los labios. Luego miró hacia el cénit, cerúleo y resplandeciente en ese instante.

-El sol ya casi está en lo más alto. Ve ahora con tu maestro para el Ángelus y la refacción de mediodía. Esta tarde vuelve, si quieres.

En efecto, el sol caía perpendicularmente sobre un mundo que parecía recubierto de una espesa y endurecida capa de sal congelada y, al reverberar violentamente sobre ella, producía un deslumbrante fulgor que, en ocasiones, cegaba obligando a desviar la mirada.

Como ya había dicho anteriormente, en ciertos pasajes, las paredes de hielo superaban, a una y otra parte, mi exigua altura.

Nada más torcer a la izquierda, en la esquina de la casa del jardinero, oí unas voces, o más bien susurros. Semejante tono de voz bastó para alarmarme y, como ya estaba sobre aviso, me detuve al instante.

-¿Una rata? Tú estás loco.

Se oyeron varias risitas.

-¿Te imaginas el alboroto en el scriptorium?

-Sí, lo que es imaginármelo, me lo imagino.

-Y ya conoces el proverbio -terció una tercera voz.- A río revuelto, ganancia de pescadores...

-Además -prosiguió el primero -, un roedor así, si no se le atrapa de inmediato, puede destrozar un número considerable de manuscritos.

-Y si no se le atrapa, o se tarda en atraparlo, con la rapidez a la que se reproduce...

-Ello podría constituir una catástrofe para la abadía. Para el trabajo de todos nosotros...

-No te preocupes. Cuando la soltemos estará ya muy débil. La atraparemos pronto. Aunque, claro, no demasiado pronto...

La persona que recibía la noticia tardó algo en responder. Al cabo lo hizo:

-Está bien. Pero no ahora. Cuando los missi dominici se hayan ido.

Aquello me pareció algo así como una broma infantil y no le atribuí demasiada importancia. Aún así, decidí no mostrarme. Intuí que no era conveniente que supieran que estaba al tanto de su travesura.

Una travesura de adultos raramente hace sonreír a los niños, más bien los amedrenta. Así que volví sobre mis pasos y, aunque Waldo no estaba en absoluto en las inmediaciones, me despedí a voz en cuello de él:

-Hasta luego, Waldo. Esta tarde vuelvo, sí.

Tras ello, reemprendí mi camino hacia la casa de los novicios. Me pregunté si todavía estarían

allí los tres monjes inmaduros e infantiles. Sobrepasada la casa del jardinero, miré a derecha e izquierda, pero ya no había nadie en aquel paraje, sólo la zanja abierta en la nieve a uno y otro lado. Pasé pues adelante, olvidando el incidente.

A la caída de la tarde, como ya era una costumbre, Waldo y yo efectuamos la colecta de huevos y luego me correspondía a mí llevarlos a la cocina. Esa noche, al entrar en dicha dependencia, sorprendí sin querer lo que semejaba bastante a un conciliábulo. En efecto, junto con Roque de Valencia, se hallaban otros dos monjes, Valeriano de Ancona y Reynaldo de Spoleto, los tres cuchicheando animadamente. A pesar de que el murmullo era prácticamente inaudible desde mi posición en la entrada, una porción de discurso emergió repentinamente pues Reynaldo profirió, con marcada exasperación, una frase en un volumen lo suficientemente elevado como para que llegara con toda nitidez a mis oídos.

-¡El Emperador comienza a impacientarse! -dijo. –

En eso, los tres se volvieron, sincrónicamente, hacia donde yo me hallaba con la cesta de los huevos y fruncieron el ceño. Roque suspiró hondo, tratando de afectar un aire natural.

-Acércate muchacho. Dame la cesta. Cada vez os demoráis más. Muy bien, ahora ve a la casa de los novicios. Ya te estarán esperando para la cena.

Agaché la cabeza y salí corriendo. No obstante, pasado el umbral de la puerta y cuando me sabía fuera del alcance de sus miradas, me detuve para intentar captar el efecto que había causado en ellos mi inoportuna interrupción.

-No os preocupéis por el chaval – sugirió Roque, - hace un par de semanas no hablaba ni una palabra de latín. Aún ahora, no estoy seguro de que haya comprendido todo lo que le acabo de decir. Si ha entendido algo, habrá sido sin duda por los signos y la situación.

Reynaldo de Spoleto replicó, desconfiado:

-Se rumorea que aprende rápido. Muy rápido.

-Cierto. Pero, en fin, que yo sepa todavía no se le ha aparecido el Espíritu Santo para darle el don de lenguas. Además, ¿qué Emperador? Aquí no hay Emperador. ¿Cómo quieres que esté al tanto de que hay un Emperador en Bizancio?

Ya apareció otra de las ciudades, me dije. Y eché a correr raudo.

Tras la cena, Hakón nos condujo como siempre hasta la iglesia. No obstante, una vez allí, vino Adalung, le dijo algo en aparte y se fueron los dos.

Dado que la mayoría de los monjes todavía no había llegado, pues aquel día había sido realmente especial y la comunidad entera se había visto dispersada a lo largo y ancho de la abadía, razón por la cual cada uno acudía desde una dirección distinta y sin ninguna puntualidad, los novicios sintieron que la vigilancia sobre ellos se había relajado un tanto, de modo que, como niños que eran la mayoría, comenzaron a jugar y a corretear por toda la iglesia.

Yo todavía no poseía la misma confianza que ellos en relación con lo que podía permitirse hasta cierto punto o de ninguna manera. Así que, al principio, permanecí inmóvil en mi asiento. Sin embargo, una idea me asaltó como una de esas serpientes que permanecen ocultas en un lugar oscuro hasta que se presenta a su alcance una víctima, para lanzarse entonces, cual si fuera un dardo, contra ella. La picadura fue tan fuerte, que no lo pude resistir y, haciendo como que participaba en los juegos de mis compañeros, disimuladamente me deslicé hacia la nave lateral y subí al triforio.

El conspirador alemán dijo que Eberardo disponía sin duda de una mirilla secreta, a través de la cual podía controlar las inmediaciones del lugar donde se encuentra esa puerta oculta, disimulada de algún modo, que le permite salir del pasadizo y acceder a la iglesia. Pero quizá haya un rincón oscuro en el que no quepa ninguno de los monjes del convento, pero sí un niño, el más joven de todos. Quizá demasiado joven como para encontrarse en un sitio como ése.

Un tal rincón existía realmente y me metí como un relámpago en él.

Envuelto en tinieblas y en un silencio amedrentador aguardé.

A decir verdad, se trataba de un silencio local, que concernía esa zona de la iglesia; aunque, a lo lejos, percibía algunos sonidos, el roce de las sandalias de los otros novicios con el suelo de piedra, entregados sin la menor retención a sus correrías, el crujir de algún banco, cierto objeto que se cae al suelo y retumba bajo la bóveda. Luego, un murmullo, no de voces, sino de pasos maduros, por el que deduje que la mayor parte de los monjes ya se hallaba en el coro y se estaba instalando. Sabía por experiencia que, hasta que cada uno de ellos no estuviera en su sitio, Eberardo no haría su aparición. Así que, a pesar de que me tableteaban los dientes, no sé si de miedo o de frío, decidí esperar.

El oficio dio comienzo y el bibliotecario no se había decidido a salir en esa ocasión. Me pregunté si habría detectado mi presencia. Si ello fuera así, el castigo que me aguardaba sería sin duda ejemplar.

Ya me disponía a salir corriendo en busca de mi maestro, cuando se oyó un leve crujido de piedra. No solamente los músculos, sino hasta el corazón se me paralizó.

Justo delante de mí, la lápida de una tumba comenzó a correrse, casi sin hacer ruido, a un lado. Hay que decir que la iglesia estaba plagada de tumbas por todas partes. Era costumbre entre los nobles venir literalmente a morir al monasterio con el único objeto de ser enterrados en él. Cuando sentían que la muerte les andaba rondando de cerca, tomaban los hábitos y, ya sin gran cosa que perder de su vida mundana, venían a acabar sus últimos días, ciertamente contados, allí. De una de esas sepulturas emergió Eberardo con una candela en la mano.

Entonces vi lo que hizo para que la losa volviera a su posición habitual, dejando de nuevo la tumba sellada.

Sin perder un segundo, volé hacia donde se hallaba mi maestro.

-¿Dónde has estado? -me recriminó con dureza. -

-Tenía... Una necesidad... Que...

-Que no admitía dilación -concluyó él la frase por mí. –

Asentí con toda la compunción que fui capaz de manifestar.

Esa noche me resultó difícil conciliar el sueño. Conocía el emplazamiento de la entrada al pasadizo secreto y sabía lo que tenía que hacer para abrirla. Supuse que, una vez dentro, se me haría patente el modo de cerrarla. Para quien se hallaba en el interior, ya no hacían falta disimulos.

Ahora bien, una enorme responsabilidad había caído sobre mis espaldas. Bajo ningún concepto debía alguien, quien quiera que fuera, enterarse de mi descubrimiento. Los más poderosos Estados del mundo habían enviado espías para tratar de hacerse con el conocimiento que yo poseía. La necesidad de andarme con los pies de plomo se me reveló como una evidencia.

Me pregunté si valía la pena correr el riesgo de entrar enseguida. Era tan poca cosa aún, que no veía el papel que podía desempeñar en un asunto tan importante. Antes al contrario, podía echarlo todo a perder por mi inexperiencia y crear con ello un escenario cuya extraordinaria complicación no se me escapaba en absoluto. Por otra parte, el Emperador se impacienta. Y puede que los demás interesados también, razoné. *Deus providebit*, había dicho Ramiro y con ello había insinuado que, con mi llegada al monasterio, Dios había empezado a mover fichas nuevas. Quizá por eso me había resultado tan sencillo encontrar lo que otros han pasado años, tal vez una vida entera, buscando en balde. ¿No conllevaría esa circunstancia insólita una clara señal cuyo objeto era advertirme que debía tomar cartas en el asunto? En el Libro Sagrado está escrito que “la piedra que los constructores desecharon se ha convertido en piedra angular del edificio.” Si tal razonamiento era correcto, mi deber era asumir el mandato divino. Ahora bien, con una inmensa dosis de prudencia.

Decidí que el día siguiente, domingo, con mucho tiempo libre por delante, entraría. Aunque sólo si se presentaba la oportunidad de hacerlo con toda discreción.

La llegada de los missi dominici, prevista hacia mediodía, hizo que, de nuevo, la comunidad se dispersara con objeto de ultimar las tareas pendientes y que todo se encontrara en un estado impecable antes de sufrir la inspección, al parecer terrible, de estos altos personajes, representantes directos del Rey. Así, quedó la iglesia desierta.

Me escabullí hábilmente de mis compañeros, quienes salieron de estampida, como siempre, para ponerse a jugar con la nieve en cualquier parte. Adquirí la seguridad de que nadie me seguía y subí al triforio. Lo inspeccioné a fondo, hasta comprobar con toda certeza que me encontraba totalmente solo.

Entonces me fui hasta la sepultura en cuestión. En ella figuraba una inscripción, sin duda alguna falsa, mediante la cual se declaraba que un obispo se hallaba enterrado en ese lugar. En cada uno de los cuatro ángulos figuraba un león esculpido en piedra. Los cuatro miraban hacia el centro de la lápida.

Tras cerciorarme de que traía todavía conmigo el cabo de vela, el eslabón, el pedernal y la

yesca, por si debía hacer fuego, y echar un último vistazo a mi alrededor, agarré la cabeza del león, que se hallaba en la parte inferior izquierda, y le imprimí un ligero movimiento de rotación. Se produjo un leve chasquido, de algún tipo de mecanismo oculto, y la lápida comenzó a desplazarse hacia un lado. A medida que lo hacía, fueron apareciendo los primeros peldaños de una escalera de piedra.

Sin pensarlo dos veces, bajé por ella. La escasísima luz que venía de fuera bastó para que percibiera una palanca de hierro cuyo cometido era evidente. La accioné hacia abajo y la lápida inició el movimiento de cierre lentamente.

Mientras la oscuridad iba rellenando el espacio que me rodeaba, mi mano quedó agarrada a la palanca como un náufrago a la tabla más cercana. A punto estuve de empujarla hacia arriba y salir corriendo de aquella tumba. Logré contenerme, sin embargo, pensando en la incalculable cadena de consecuencias que desataría la divulgación del arcano que ocultan las entrañas de la abadía, si no lograba hacer las cosas correctamente. Alguien podía haberme seguido, por casualidad o a propósito, y entonces yo le descubriría el pastel delante de sus mismas narices, por no haber sabido dominar la ola de pánico que me había asaltado momentáneamente. La lápida sólo debía correrse tras haber adquirido la absoluta certeza de que nadie se encuentra en los alrededores.

Sin soltar la palanca, me senté en el escalón. Estaba pensando que, cuando el corazón dejara de latirme con tanta fuerza, me pondría a hacer fuego para encender la vela. Ahora bien, noté que, a medida que iba pasando el tiempo, las tinieblas se iban disipando y comenzaba a ver cuanto tenía alrededor. La oscuridad no era tanta como había imaginado. Al parecer, los constructores se las habían arreglado para que, de algún modo, un poco de claridad penetrara hasta allí; no era mucha, pero sí lo suficiente para que un par de ojos frescos y sanos pudiera ver lo bastante como para que su propietario fuera capaz de moverse en ese medio.

Lo primero que debía encontrar era esa mirilla disimulada que supuestamente debía permitir controlar esa parte del triforio. No podía estar lejos de donde me encontraba, pues, para que el método fuera eficaz, precisaba que el observador accionara la palanca sin dilación y saliera lo antes posible. Me volví y, en efecto, vi enseguida una rendija que dejaba pasar algo de claridad. Fuera, ese resquicio quedaba en parte cubierto al correrse la lápida. Hubiera sido preciso agacharse y examinar con mucha atención ese detalle de la tumba para percibirlo y aun así su real utilidad no resultaría evidente. Apliqué los ojos a ella para comprobar que la atalaya era idónea.

Inicié pues el descenso de la escalera de caracol y, a la primera vuelta, aunque se podía continuar el descenso, percibí a mi izquierda una abertura, penetré en un corredor estrecho, por el que apenas podía pasar una persona y donde habría sido difícil cruzarse con otra. De nuevo a mi izquierda, subía otra escalera, esta vez recta. Arriba de ella no había nada, en principio. Pero aquello no podía ser. Esa escalera debía tener alguna utilidad. Observando con detenimiento el muro que tenía delante, noté que en su superficie sobresalía algo que en la penumbra no acababa de distinguir. Lo palpé y vi que era algo así como el asa de una diminuta jarra. Tiré levemente de ella y cedió, desgajándose como una corteza cuadrada del sillar de piedra. Se trataba de una nueva mirilla secreta, una sutil ranura que permitía contemplar, desde arriba, la totalidad del coro, así como, al fondo, la de la nave.

Entonces comprendí mejor. Eberardo de Basel venía primero a ese puesto de observación,

aguardaba a que cada uno de los monjes ocupara su lugar en el coro y sólo cuando la entera comunidad se hallaba instalada y dispuesta para el oficio, se decidía a salir. No sin antes echar un último vistazo de seguridad al triforio.

Dejé la tapa en su lugar, desandando después el trayecto hasta la primera escalera. Continué el descenso hasta que me vi ante un nuevo pasillo tan estrecho como el anterior. Unos diez metros más adelante desembocaba en un corredor mucho más holgado y completamente recto.

De cuando en cuando, unas veces a derecha y otras a izquierda, alternativamente, había unas escotaduras o entrantes con un banco de piedra para reposar o meditar. Me quedé mirando uno de esos bancos, considerando que, en caso de necesidad, podía esconderme debajo de cualquiera de ellos donde, a menos que alguien se pusiera a inspeccionar exhaustivamente la escotadura en cuestión, podría pasar desapercibido.

A mi izquierda arrancaba un nuevo pasillo. Decidí no emplearlo por el momento y continuar recto. Unos cincuenta pasos más adelante, a mano derecha esta vez, descubrí otro corredor. Pero yo había decidido no abordar ningún otro hasta terminar de explorar el mediano.

De este modo, llegué hasta el final, donde me encontré con otra escalera, al cabo de la cual de nuevo me topé con el muro de berroqueña pelado. Sin embargo, sabía que debía palparlo meticulosamente hasta encontrar cierta asa como de jarrilla de barro cocido. Sólo que esta vez no parecía ningún saliente ni anfractuosidad. No era posible, aquella escalera servía para algo y no para darse de bruces con la pared. Reflexioné. La escalera desembocaba en un minúsculo rellano. La mirilla no estaba a mi altura, sino a la altura de un hombre hecho. Me puse de puntillas y alargué el brazo lo más que pude. A poco de palpar, encontré lo que buscaba. Tiré del agarradero y al extirpar la tapa brotó un poco de claridad, pero no alcanzaba a ver nada.

De repente surgió un cuchicheo como si la fuente de éste se hallara a mis propios pies. Las palabras eran increíblemente nítidas. Parecía que me hallaba entre los propios hablantes.

-No me parece que sea conveniente cambiarlo todo de sitio. Aquí ya está suficientemente escondido. Bastará con que, una vez repuesto el Emperador legítimo, y con él el culto tradicional, tras abolir el del usurpador hebreo, venga el ejército romano e invada de nuevo los territorios que antaño poseyó. La abadía caerá entonces bajo nuestro control y por lo tanto también la Mesa.

Éste debe ser otro Emperador, pensé. El Emperador legítimo. Con la expresión “el usurpador hebreo” deduje que se refería a Jesucristo. Y restablecer el culto tradicional no podía ser sino volver al paganismo, según las lecciones que ya había recibido de mi maestro Hakón.

Entonces intervino otra voz.

-Por el momento no es razonable pensar que pueda producirse una convulsión tan radical en el estado de cosas. Entre los muchos partidos que urden sus tramas en Roma, somos minoritarios, o al menos no podemos incluirnos, en el momento presente, entre los más fuertes. Sobre todo ahora, que el Papa y el Rey han decidido unir sus fuerzas. Nuestros partidarios se hallan dispersos a lo largo de todo el antiguo Imperio. Pero si la Mesa cayera en nuestro poder y pudiéramos utilizarla para nuestros propios fines, la cosa cambiaría. Roma recuperaría su antiguo esplendor, junto con este objeto que le perteneció.

Una tercera voz dio su parecer.

-Lo que procede, antes que nada, es verificar que la Mesa se encuentra realmente aquí, tal como se sospecha. Porque la verdad es que ninguno de nosotros la ha visto y bien podría tratarse de un bulo puesto en circulación para desviar la atención del verdadero lugar en que se encuentra. Si, por el contrario, la información se revelara cierta, antes que emprender una acción espectacular, costosa y arriesgada, cabría intentar primero hacer uso de ella desde donde está, pues la Mesa actúa a través de quien la utiliza, otorgándole un poder inmenso, que se puede emplear para cualquier causa. Ramiro es ya muy anciano, pronto dejará de estar con nosotros. Hay que ir pensando en un plan que nos permita acceder al subterráneo sin levantar sospechas. Así, en cuanto el viejo esté muerto y enterrado, entramos.

Decididamente, todo el mundo teme al valetudinario Ramiro, con casi cien años de edad. Era una lástima que no pudiera ver las caras de quienes habían tenido un tal conciliábulo. Me agarré fuerte con ambas manos del hueco que se había abierto al quitar la tapa y conseguí izarme hasta el nivel de la mirilla, aunque no logré ver a nadie, paradójicamente porque estaban demasiado cerca y tendría que haber subido más, pero no pude. Lo que sí alcancé a ver es que me encontraba en el scriptorium, del que distinguí aproximadamente la mitad de la sala.

Puse de nuevo los pies sobre el suelo para reponer fuerzas. La conversación parecía haber concluido. Volví a auparme para ver cómo los tres monjes, de espaldas y con la capucha calada para salir, abandonaban la estancia bajo la vigilante mirada de Eberardo.

Coloqué de nuevo la tapa en su sitio y abandoné aquel puesto de observación.

Acto seguido decidí adentrarme por el pasillo que se ofrecía a mi izquierda, el cual presentaba el mismo tipo de factura que el anterior. Otra vez dejé a mano izquierda una abertura, con la intención de llegar, como había hecho con el anterior, hasta el fondo. Pero apenas la había rebasado de unos cuantos pasos, se produjo como el fogonazo de un rayo a mis espaldas. Me revolví aterrorizado. En verdad, si un médico hubiera pinchado mi cuerpo en ese instante, no habría sacado ni gota de sangre. El pasillo se hallaba totalmente iluminado a mi espalda por una luz azulada. Aunque el resplandor disminuía progresivamente. Eché de ver que la claridad surgía, no de un nuevo corredor, como había supuesto, sino de una sala.

Por fin, quedó como una leve fosforescencia que emanaba de la puerta de dicha sala. Yo seguía paralizado, sin conseguir determinarme entre acercarme al umbral y echar un vistazo en el interior o colgarme las piernas al cuello y salir a todo correr de allí.

En eso comenzó a oírse primero como un murmullo de muchas aguas, una suerte de rumor sordo como el que suelen hacer las olas del mar al extenderse sobre la playa, al explayarse sobre una orilla de cantos rodados y huir luego en una fragorosa resaca. Luego, ese ruido pareció decantarse hacia otra cosa, que quería aproximarse a un lenguaje humano, aunque proferido por millones de voces susurrantes. Finalmente, algunas de esas voces empezaron a destacarse del océano lingüístico de fondo:

-Aux armes, citoyens, formez vos bataillons, marchons, marchons... I have a dream... Heil Hitler. Más vale morir de pie que vivir de rodillas. Yes, we can. Españoles. I have a dream.

Españoles. Marchons, marchons. Qu'ils viennent me chercher. Mort à la tyrannie. Eleviamo, dunque, con animo puro e sgombro da rancori, il nostro pensiero a Roma.

La tela de fondo sonora estaba tejida por la voz colectiva de una amalgama de multitudes profiriendo gritos y proclamas, estruendo de espadas y estrépito como de truenos, consignas y alaridos de guerra. La quintaesencia de la supuración del odio y el sufrimiento humanos borbollaba de esa sala.

De repente se hizo un silencio estremecedor. El fragoroso mar desapareció como por ensalmo. Y una voz femenina, insufrible por su dulzura, teñida por un encanto incógnito, por una seducción arrolladora, se elevó con suavidad en el interior. Se me antojó la voz de mi madre. Pero nunca había escuchado la voz de mi madre. O tal vez sí. Al principio. En la auténtica raíz del principio.

-Ven, Bernardo. Acércate a mí. Entra. No temas, soy tu vida entera...

Una ola de calor envolvió todo mi cuerpo. Sentí que una fuerza extraña pretendía levantarme del suelo y hacerme pasar por el umbral de esa entrada.

Ya iba a dar el primer paso, cuando otro resplandor más mundano, logró arrancarme del hechizo. Se trataba de la irradiación trémula de un cirio. Intuí de inmediato cuál podía ser su origen y logré introducirme en uno de los entrantes justo a tiempo. Me acurruqué enseguida debajo del banco y aguardé. La luz amarillenta se iba haciendo cada vez más intensa. Hasta que cruzó por mi campo visual la figura hética de Eberardo, con una palmatoria en la mano. Cuando la claridad que lo acompañaba se extinguió, salí de mi escondite, comprobé que ya no estaba, y eché a correr sin mirar siquiera hacia el interior de la inquietante sala.

A pesar del miedo, que no remitía en intensidad, logré recuperar cierto dominio de mi persona y fui capaz de respetar la precaución de mirar a través de la rendija, comprobando que nadie se hallaba en esa parte del triforio, antes de accionar la palanca.

Salí como una exhalación a través de esa boca de la muerte. Le torcí el cuello al león y contemplé cómo se cerraba la sepultura. Sólo cuando el mecanismo se detuvo, comencé a calmarme un tanto. Pero debía alejarme de allí.

Bajé a la nave de la iglesia, poniéndome de rodillas ante el respaldo de un banco, apoyando los codos en él y fingiendo que rezaba. Furtivamente miré a un lado y otro, comprobando que me hallaba realmente solo. Respiré hondo y todavía permanecí en esa posición bastante rato. Hasta que, más sereno, juzgué que ya podía levantarme y salir de la iglesia sin parecer demasiado azorado.

El sol estaba en lo alto. Corrí hacia la casa de los novicios.

Dentro todo parecía normal, la mayoría de mis compañeros jugaba en el patio. Los más crecidos conversaban en un ángulo. Los criados se afanaban disponiéndolo todo para la comida.

En eso nos llamó Hakón. Nos hizo formar, como siempre, en doble fila. Y, de esta guisa, salimos en dirección a una de las puertas del recinto abacial. La misma por la que, unas semanas atrás, había entrado por primera vez junto a mi padre.

La entera comunidad de monjes negros se hallaba ya allí, incluido el abad, y aguardaba en silencio.

A poco comenzamos a percibir un rumor de cascos de caballo, aunque algo extraño.

-Herraduras.

Le oí susurrar al monje que tenía más cerca. En efecto, en aquellos días, la herradura constituía una invención reciente.

Entonces pasaron por debajo del arco dos espléndidos corceles, montados por dos soberbios jinetes. Uno estaba vestido de civil y el otro llevaba ropajes eclesiásticos. El rostro de ambos era altivo y severo. Parecían hermanos gemelos. Los dos llevaban una barba cuidadosamente recortada, del color del carbón.

Desmontaron majestuosamente. Un monje se apresuró a tomar las riendas.

El abad, trabajosamente, se acercó a darles el ósculo de bienvenida. Primero al hombre de Iglesia y luego al militar.

## SEGUNDA PARTE

## CAPÍTULO I. UN ROEDOR SE INVITA EN UNA BIBLIOTECA.

Waldo tenía razón, se come mucho mejor en una abadía cuando los missi dominici se alojan en ella. Había estofado de carne y pastel. La sopa y el pan eran de calidad superior. Lo mismo ocurría con la cerveza y el vino, bebidas a las que seguíamos teniendo derecho los novicios pues el frío no había remitido en todos aquellos días. La verdad es que los cuerpos, incluso los de los más jóvenes, se resentían a la larga con unas temperaturas tan bajas. Parecía que, hasta para existir, hacía falta un esfuerzo suplementario. Los más viejos se quejaban, asegurando que nunca habían conocido algo semejante. A Ramiro no se le veía por ninguna parte.

Lo cierto es que, en tales circunstancias, ese refuerzo de la dieta no era un lujo. Y todavía se la iba a mejorar durante los días siguientes. No solamente debido a que se acercaba la Navidad, sino porque, para esas fechas, el Rey había anunciado su llegada. En realidad, ésa era la verdadera razón de la venida de los missi dominici, advertir al abad respecto a la decisión real de pasar esas fiestas en el monasterio. Ello significaba que su familia y una parte de la Corte debían alojarse en la abadía, amén de una breve escolta que acamparía en las inmediaciones, pero que habría que alimentar igualmente.

Por si ello fuera poco, el Rey vendría acompañado del Papa y de dos delegaciones opuestas que debían debatir, en el terreno supuestamente neutral del monasterio, sobre la polémica del momento, el Filioque.

La noticia había corrido como una centella y, a la hora de la comida, hasta los novicios estábamos al corriente de ella.

Por cuanto a mí se refiere, ese día comprobé que hay un umbral para todo, incluso para la sorpresa, superado el cual, dejamos de conmovernos. Demasiadas novedades, demasiados prodigios, se habían abatido sobre mí durante el lapso de pocas horas. No podía asimilarlo todo a la vez, de modo que, por el momento, mientras comía junto a los demás novicios, no asimilé nada, quiero decir nada inmaterial, mi mente se encontraba vacía y mi cuerpo cansado y hambriento. Procuré tomar el alimento que se me había presentado con la circunspección que exige la regla, tratando de concentrarme en la lectura colectiva que también era de rigor. Casi conseguí ambas cosas, lo cual no fue poco prodigio, dadas las circunstancias. Ahora bien, no veía el momento en que se nos autorizara a efectuar la siesta, un tanto prolongada, del domingo. Necesitaba pensar, integrar y sopesar cuanto había sucedido esa mañana, lo cual no era, en su conjunto, moco de pavo.

Tumbado en el catre, con los ojos cerrados, fingiendo dormir, volví a lo esencial. La Mesa existe, está ahí abajo mismo. La Mesa constituye un prodigio increíble, es un objeto realmente fabuloso. Es... Es como... El universo entero concentrado en un punto. Dentro de ella bramaba la humanidad entera, con toda su diversidad de lenguas. De ella parecían surgir todas las vivencias

de todos los pueblos del mundo. De ella emergían sonidos extraños, que no se correspondían a ningún fenómeno natural. Mucho más tarde aprendí que aquello tiene un nombre, se llama un Aleph. Entonces, razoné, todo cuanto he oído decir de ella corre el riesgo de ser cierto. Contiene las instrucciones para pronunciar correctamente el Nombre secreto de Dios, la Palabra con la que se puede crear cualquier cosa. Posiblemente la Palabra que Dios mismo utilizó para crear el universo. Un poder mayor que éste no se puede concebir. Y esa Mesa... Me estremecí. Conoce mi nombre. Claro, conoce todas las cosas y todos los nombres de todas las cosas, en todas las lenguas. Pero da escalofríos entender que una entidad de esa índole puede pensar en ti. Es susceptible de concentrarse en los hechos de tu pequeña persona. Ahora mismo sabe que estoy aquí, tumbado en este catre, reflexionando sobre nuestro encuentro de esta mañana.

Y evidentemente, un objeto dotado de tales características es codiciado por cualquiera que conozca su existencia. Pero claro, semejante conocimiento sólo pueden obtenerlo los potentados de la Tierra, quienes parecen dispuestos a hacer cuanto sea necesario para mantener la parcela de poder que ya poseen e incrementarla. Porque, en verdad, quien posea la Mesa, poseerá el Mundo.

Concluida la siesta, encontré que no me hallaba con ánimos de seguir a mis compañeros en sus correrías y juegos. Me hubiera gustado más ir a pasar la tarde con Waldo, ayudándole a recoger los huevos, por ejemplo, o a cuidar de las palomas, para quienes no había domingos ni fiestas de guardar y todos los días eran lo mismo. Waldo solía soltar por turnos a las palomas mensajeras para entrenarlas y que estuvieran en forma. Las prisioneras, las que aguardaban la ocasión de ser enviadas a sus respectivos hogares con un mensaje atado a la pata, también requerían atención, quizá más que las otras y había que controlar que no pasara demasiado tiempo sin que se les diera la oportunidad de volver a sus casas. Todo eso me gustaba. Me sentía bien en esa parte de la abadía.

Sin embargo, ese día no quise ir, pues en el fondo temía encontrarme cara a cara con Ramiro y que, de alguna manera, notara que había accedido al lugar prohibido. No sé si eso le hubiera gustado. Después de todo era demasiado joven, quizá no tanto como para no saber guardar un secreto, sino más bien para ser lo suficientemente precavido, porque la precaución es la cualidad del viejo. Podía cometer un fallo por inadvertencia y desvelar el formidable secreto que ocultaba la abadía. Debía reflexionar en eso, esa es la verdad. Aunque, por otra parte, no estaba seguro de querer volver a entrar ahí dentro. La impresión que había recibido estaba demasiado cerca del miedo. En todo caso, la aprensión de que Ramiro, mediante los poderes que los demás monjes le atribuían, llegara a saber lo que había hecho, me disuadió aquel día de aceptar correr el riesgo de ir a encontrarme con él.

Decidí que la mejor manera de pasar esa tarde sería estando solo. En la iglesia, por ejemplo. Pero sin llamar la atención tampoco, porque un niño que pase la tarde rezando en la iglesia, no es un niño normal y hasta los monjes, sobre todo los de aquel tiempo, habían sido niños normales.

Me encaminé pues hacia el mencionado edificio y en la puerta me encontré con Ratoldo de Ratisbona, mi maestro de geometría y caligrafía.

-Ah, Bernardo, me alegro de verte. Justamente acabo de hablarle de ti a Hakón. ¿Ibas a la iglesia?

-Sí.

-¿Para rezar?

No supe qué contestar. Así que lo hice con la verdad.

-No sé...

Me pareció que Ratoldo sonreía con sus ojos azules y maliciosos.

-O sea, que no sabes a dónde ir ¿verdad?

-Es cierto.

-¿Te encuentras enfermo?

-No.

-¿Me acompañas al scriptorium y te explico lo que hemos hablado Hakón y yo respecto a ti?

-Vale.

-Así verás dónde trabajamos la mayor parte de los monjes de este monasterio y con qué material.

Al entrar en la vasta y luminosa sala, Eberardo nos recibió con una mirada hosca.

-No se trabaja en el día del Señor -advirtió. –

Ratoldo esbozó una sonrisa angélica.

-¿Quién ignora eso, respetable Eberardo? No hemos venido a trabajar, sino a mostrarle al muchacho cómo se trabaja aquí... Los otros días...

-Bueno, vosotros veréis -repuso, intentando parecer conciliador, pero se notaba que no le hacía ninguna gracia que estuviéramos allí un domingo por la tarde. –

De hecho, no había nadie más. Hice un esfuerzo por no mirar hacia el lugar donde debía hallarse la mirilla secreta, pero disimuladamente cedí a la tentación y eché algún vistazo furtivo. No debí haberlo hecho porque, aunque de las dos únicas personas que se hallaban conmigo en la estancia, una iba delante y la otra quedaba muy atrás, a mis espaldas, ello no hubiera impedido que, si alguien más nos estuviera vigilando desde ella, quizá hubiera podido captar la dirección de mi mirada.

Ratoldo se detuvo de repente y, con la palma de la mano derecha extendida, me indicó una mesa.

-Éste es mi pupitre. Uno de los mejores. Cerca del calentador y cerca de una ventana.

También era de los mejor equipados, con multitud de pequeñas redomas, seguramente para las distintas pinturas, tinteros, plumas, pinceles, pergaminos a medio escribir, otros vírgenes. Manuscritos originales que, imaginé, estaban sirviendo de modelos. Reglas, compases, cuerdas, tablillas de pizarra y trapos para borrar o limpiar.

-Verás, Bernardo, estas navidades la abadía tendrá como huéspedes al Rey y al Papa. No es la primera vez que esto sucede, pero ello no quita que sea un acontecimiento realmente extraordinario. Entre los numerosos regalos que el abad ha proyectado hacer, tanto a uno como a otro, figuran varios manuscritos que se están actualmente copiando en este scriptorium, dos de ellos se encuentran a mi cargo. De modo que me veo obligado a acelerar el trabajo. Por esta razón he ido a pedirle un favor a Hakón. Y es algo que te concierne. Espero que no te moleste, Bernardo. Se trata de que, por las tardes, en lugar de dejarlo todo e irme a la escuela para darte clases, seas tú quien venga aquí. Así puedo mandarte tareas y dirigir tu trabajo, sin por ello tener que abandonar el mío. Por otra parte, si necesito alguna cosa, podría enviarte a ti a que la trajeras. Estoy seguro de que, sólo con eso, ganaré un tiempo considerable. Además, Bernardo, hay que reconocer que tienes una sensibilidad especial para la caligrafía y el dibujo. Has aprendido rápido a utilizar los números para plasmar figuras geométricas y luego tienes la habilidad manual para hacerlo. Estoy seguro de que podrías ayudarme copiando ciertas páginas, las más sencillas. Tu educación no sufriría menoscabo porque, como aprendes tan rápido, bastaría con las mañanas para progresar a un ritmo más que adecuado.

-¿Está de acuerdo Hakón?

-Sí lo está. ¿Y a ti, te gusta la idea?

Rastoldo sonreía de una manera tan beatífica que no se le podía contrariar. Además, la perspectiva de trabajar en el scriptorium y de entrar en contacto con esos manuscritos tan agradables a la vista y tan llenos de colores, me atraía. Desde que empecé a escribir, notaba un particular bienestar, una satisfacción indescriptible al ejecutar cada letra, al ver la palabra y más tarde el texto, completos. Imaginaba que, cada letra, era, a un tiempo, la representante de una categoría, pero también un ejemplar único y diferente, irrepetible, con alma propia, distinta a las de su misma clase y aún más a las de las otras clases. Había un abismo entre la a y la b.

-Me encanta.

-Estupendo. Pues ya lo sabes, a partir de mañana, en cuanto acabes de comer, te vienes aquí y estarás hasta el toque de vísperas, en que iremos juntos a la iglesia.

Salí del scriptorium algo más animado y distendido. En realidad, me gustaba realmente la idea de cambiar de escenario por las tardes. Además, aquello representaba un puente entre el aprendizaje y el comienzo de una labor técnica que no carecía ya de cierta responsabilidad. Por otra parte, me intimidaba la perspectiva de tener que ponerme a trabajar, codo con codo, con los monjes provecos y confirmados, muchos de ellos, según tenía entendido, auténticos especialistas, de reconocida fama, en sus respectivas materias. Aquello significaba una extraordinaria manifestación de confianza, a un recién llegado. A pesar de todo, intuía que lo haría bien. No sé, era como si sintiera que mi vista fuera un instrumento tan potente que me permitiera observar mejor que los otros las palabras, detenerme en cada uno de los detalles de su construcción y

comprender por ello más intensamente su significado. Me pregunté si el aprendizaje no era, en el fondo, más que una cuestión de vista.

En el exterior me envolvió, de nuevo, una atmósfera glacial, pero ya estaba acostumbrado. Desde la puerta percibí, a lo lejos, una pequeña comitiva formada por Adalung, Óscar de Ulm y Rurik de Erfurt, acompañando a los dos missi dominici en su rutinaria inspección de la abadía. Me quedé parado, sin saber a dónde dirigirme. Podía ir hacia la izquierda, hacia el fondo del monasterio, donde se hallaban sin duda los otros novicios, pero me encontraba demasiado aturdido como para ponerme a jugar con ellos. No ese día.

Si tomaba hacia la derecha, me encaminaba hacia nuestra casa, que se encontraría desierta en ese momento, o a lo sumo hallaría algún criado trajinando por ella. No sabría realmente qué hacer allí.

Me detuve ante el umbral y, tras pensarlo un poco, decidí no entrar. Casi sin clara conciencia de haber tomado una determinación, me encontré caminando hacia el gallinero. Hacia los dominios de Waldo.

Sin embargo, al pasar por delante de la puerta del cementerio, vi el contraste inmenso de uno de esos hábitos negros sobre el fondo blanquísimo, purísimo, de la nieve. La figura de ese monje parecía endeble y estaba encorvada. Me detuve para observar mejor. Unas manos sarmentosas, morenas, se apoyaban sobre un cayado y la cabeza sobre ellas. El pelo era tan cano que no se podía distinguir el contorno de la cabeza. Se trataba, claro está, de Ramiro y parecía estar rezando ante una tumba.

Por una parte, intuí que no debía interrumpir aquel momento íntimo. Con toda probabilidad se hallaba recogido ante la sepultura de su maestro, aquél con quien, siendo tan niño, había hecho el largo viaje desde España, para no volver a ella nunca más. Ambos estaban destinados a terminar sus vidas aquí, en un país desconocido. Los dos vivieron juntos ese exilio interminable, en unos parajes tan distintos a los suyos. Y ahora estaba Ramiro solo. El hombre que yacía enterrado ahí debió ser más que un maestro. Debió ser un padre. Uno de esos padres que permanecen siempre al lado del hijo, sin abandonarlo jamás.

Por otra parte, aquel anciano, me pareció tan frágil en medio de ese glaciario, que no entendía cómo el frío demoledor que caía del cielo no lo aplastaba, hundiéndolo en la nieve y el hielo.

Indeciso, permanecí un largo momento contemplándolo, sin saber qué hacer. Consideré que aquella soledad poseía un lado injusto. Unos, porque lo temían, no a su cuerpo desahuciado, sino a su espíritu, que consideraban todavía poderoso; otros, porque parecían haberlo abandonado a su senectud, en aras de una dudosa libertad tal vez merecida. El caso es que el viejo circulaba como un espectro ocioso por la abadía, sin que nadie se ocupara realmente de él. Podría morir en cualquier rincón escondido del monasterio, sin que se le echara en falta durante muchos días. Lo cierto es que no era razonable que permaneciera, a su edad, tanto rato a la intemperie en un ambiente tan frío.

Decidí acercarme para tratar de disuadirle de quedarse allí por más tiempo.

Debió oír mis pisadas sobre el hielo por lo que, sin volverse a mirarme, me habló:

-Acércate, Bernardo. Ven aquí, no temas. Lo que tienes delante es una escena de muerte, lo sé. Pero no hay que tenerle miedo a la muerte, porque ella no significa el término de nada. Es lo primero que hay que comprender. Quien entiende eso, será grande, intuirá su destino y lo abrazará sin reservas, lo asumirá hasta las últimas consecuencias sin que el temor lo turbe un solo instante. La muerte es un privilegio que Dios no ha otorgado ni siquiera a los ángeles, sólo al hombre. Hay un gran misterio en esto, Bernardo. Reflexiona a menudo sobre ello. Y escucha siempre a tu corazón, porque lo que él te diga es la voluntad del Altísimo.

Las pisadas sobre el hielo, de acuerdo. Pero ¿cómo sabía que era yo?

-Mira, antes de que la tierra se pusiera dura como la roca a causa del frío, mandé que cavaran esa fosa al lado de la de mi maestro. En ella reposará pronto este cuerpo mío, ya demasiado ajado para continuar la dura labor de la vida. Nuestra misión está ya cumplida. Ahora les tocará a otros proseguirla. Y Dios ha querido que algún día seas tú el custodio de la obra, de esa fabulosa encomienda confiada únicamente a los santos, a los puros de intención. Ningún hombre con la semilla de la corrupción o la duda debe tener jamás acceso a ella. Recuerda bien esto, Bernardo, el equilibrio del mundo reposa en un punto, en un objeto que sostiene la balanza. Y ese objeto se halla ahora en las entrañas de esta abadía. La salud del universo depende de que tal secreto no sea desvelado, bajo ningún concepto, a nadie que no reúna las necesarias cualidades.

-Hace demasiado frío aquí -repuse. – Ni los muy jóvenes ni los muy viejos deberían permanecer mucho tiempo a la intemperie.

Sólo entonces Ramiro se volvió para mirarme. Sus ojos le brillaban con una alegría infantil.

-Dices bien, Bernardo. A estas horas, quizá las gallinas hayan puesto ya algún huevo. Vamos a comprobarlo.

Se acercó a mí, puso su mano nudosa sobre mi hombro y apoyándose con la otra en la gayata iniciamos la marcha en esa dirección.

Al día siguiente, en la escuela, recibimos la visita de los missi dominici, quienes se pusieron a observar el trabajo de cada uno de los pupilos. Hakón me mandó que leyera el fragmento de la regla que tocaba ese día.

Cuando hube concluido, hizo un aparte con ellos en voz muy baja. Ambos alzaron a la vez unos ojos como platos para contemplarme, lo que me azoró un poco. Fui raudo a sentarme en mi pupitre.

El que llevaba los hábitos de militar se acercó a mí.

-Conozco bien a tu padre, Bernardo. Hemos hecho muchas campañas juntos. La última contra los ávaros. Es un hombre de valor y de honor. Todo el ejército lo conoce y lo respeta.

-Gracias, señor.

-Puedes sentirte orgulloso de él. Ahora está en España, ¿no es así?

-Sí. En una ciudad llamada Huesca.

-No es la primera vez que está allí. Conoce bien la región. En realidad, es casi un feudo de tu familia. ¿Lo sabías?

Aquello me sorprendió. La verdad es que, hasta hace unas pocas semanas, nunca había oído hablar de España.

-No lo sabía, señor.

-Tu abuelo, Oger de Golant, dirigió la conquista de la Marca Hispánica y murió allí. Algunos de tus tíos se implantaron en la región y siguen batallando de continuo contra los moros. Tu padre, en cierto modo, va a ayudarlos. Hay mucho trabajo allí para los caballeros cristianos hasta recuperar toda la península.

Bajé los ojos con objeto de concentrarme asimilando esa nueva información. El militar depositó una mano de hierro sobre mi hombro.

-También serán necesarios muchos monjes para convertir de nuevo aquellas tierras a la verdadera religión.

Tras decir esto, dio media vuelta y salieron ambos missi dominici de la escuela.

Algo más tarde, la comunidad entera se reunió a la puerta de la abadía para despedirles. Pensé que, a esas horas, Waldo ya habría soltado una paloma mensajera con un trocito de pergamino atado a la pata.

Por la tarde, hice mi entrada oficial en el scriptorium. A medida que avanzaba por la sala inmensa, los monjes alzaban la vista preguntándose sin duda qué hacía un novicio en la sagrada fábrica de manuscritos del monasterio.

Cuando llegué a la altura de Ratoldo, observé que había mandado disponer otro pupitre pegado al suyo. En ese momento estaba concentrado en una soberbia inicial de página, así que me detuve a tres pasos de él y me puse a observar su labor. Me dio la impresión de que ni siquiera respiraba pergeñando esos trazos tan armoniosos. Debió sentir mi presencia, porque devolvió la pluma al tintero antes de girarse hacia mí con una inequívoca sonrisa cuyo significado era palmario. He aquí la felicidad que otorga el trabajo bien hecho.

-Acércate, Bernardo. Vamos a empezar por nuestra lección de geometría.

Como si hubiera estado esperando a que pronunciáramos la primera palabra, un monje de mediana edad, de pelo rubio y encrespado, algo orondo, tronó:

-¡Esto no es una escuela, Ratoldo! Si no tenemos más remedio que soportar tus aterradoras clases aquí, al menos habla bajo.

Ratoldo no perdió la sonrisa por ello, antes bien, dirigiéndose a mí, pero en voz lo

suficientemente alta como para que el increpador lo oyera, replicó:

-Es Adalberto de Bremen. No se lo tomes a mal. La comida del monasterio le produce un estreñimiento tan recio que ha acabado por agriarle el carácter. Si no fuera por ello, hasta se le podría considerar una buena persona.

El aludido se revolvió en su banco.

-Ya puestos a hablar de problemas de digestión -replicó, airado – confíesale tú también al muchacho las flatulencias que te provocan las habas de todos los días, como consecuencia de las cuales sueles dejar el scriptorium cual la tienda de un guantero.

-No me negarás, Adalberto, que un poco de olor de santidad, de vez en cuando, no le viene mal a este monasterio. Imagínate que no lo pusiera yo, ¿quién sería capaz de ponerlo?

Adalberto refunfuñó algo ininteligible, pero reanudó su trabajo. Ratoldo, por su parte, como si acabara de intercambiar una serie de elegantes cumplidos con su eminente colega y sin dejar de lucir su beatífica sonrisa, inició la lección.

-Hoy vamos a hablar del número  $\Phi$  ejemplificado en la figura llamada pentáculo.

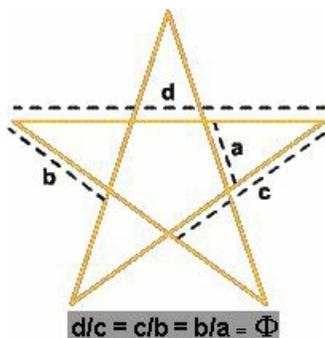
Dibujó en la pizarra una especie de estrella de cinco puntas.

-También se la conoce como pentalfa.

Con el dedo índice me señaló las cinco alfas.

-Su valor numérico es 1.618. La divina proporción o proporción áurea. El número de oro. Es la que hace que dos partes de un segmento mantengan entre ellas la misma proporción que la parte grande y el segmento total. Cada cruce de líneas del pentáculo define un segmento que es la sección áurea del inmediatamente mayor. Siguiendo la notación del diagrama:  $\square \square d/c = c/b = b/a = 1.618\dots$

Entonces sobre la figura que ya había dibujado inscribió las mencionadas letras del modo siguiente:



-Es muy importante saber dibujarla correctamente, respetando las proporciones indicadas. Tomó una regla milimetrada y me enseñó a hacerlo.

- Asimismo, se verifica en el ser humano: la relación entre la altura total y hasta el ombligo,

hasta la cadera y hasta la rodilla, la relación entre la longitud del brazo y hasta el codo, etc. En todo ello se constata el número áureo.

Cuando terminó la explicación, me di cuenta de que nuestros vecinos más cercanos, tanto de derecha como de izquierda y detrás, habían interrumpido sus tareas para escuchar con la boca abierta.

Ratoldo fingió no haberse percatado de ello y me mandó sentarme en mi pupitre.

-Ahora vas a ejecutar el mismo trabajo que hacemos todos aquí.

Puso delante de mí la hoja de pergamino donde había elaborado la primera letra, una auténtica y complicada obra de arte.

-Las demás letras de la página son simples. Aplícate como sabes hacerlo y verás cómo te salen bien.

Seguidamente, sobre un atril que se hallaba allí ya dispuesto, colocó cuidadosamente un manuscrito.

-Ahí lo tienes. Trabaja despacio, tratando de imitar el espíritu y la letra.

Fue a sentarse a su banco sin siquiera volverse una sola vez a mirarme.

Examiné atentamente el modelo. Procuré imaginarme cómo sería la mano que lo pergeñó. Cómo debía ser su propietario. En qué estaría pensando cuando lo hizo y con qué propósito. Qué clase de motivo o ilusión la movería.

Cuando hube reflexionado sobre ello, respiré hondo, mojé la pluma en el tintero y abordé la primera letra. A partir de ese instante, el tiempo pasó como si lo hubieran puesto en una honda y lo hubieran lanzado al abismo con una fuerza ciclópea. Cuando quise darme cuenta, había anochecido y fue preciso darse prisa en ordenar los utensilios para llegar a vísperas.

Una noche más, todos mis compañeros dormían con los puños cerrados en el cuarto de los novicios y yo permanecía en vela, con los ojos entornados para no levantar las sospechas de Hakón, que solía quedarse un buen rato sentado junto a la mesa donde ardía un cirio y no se iba a su dormitorio hasta que no tenía la seguridad completa de que habíamos caído todos como piedras en las aguas profundas del sueño.

Alternativamente resonaban en mi caja craneana las roncas palabras de Ramiro, las más austeras del militar y los brillantes razonamientos de Ratoldo. El número áureo, la divina proporción, uno, coma seiscientos dieciocho, mi familia de España, la reconquista y la reconversión de ese país, donde antaño estuvo la Mesa y donde quizá quiera volver, porque tiene voluntad propia, o acaso desee regresar a su lugar de origen, al primitivo reino de David y Salomón. Las Cuevas de Hércules, ese laberinto subterráneo quizás lleno de brujos todavía y quién sabe si también de tesoros. Lo que Ramiro y su maestro no pudieron llevar consigo, a pesar de que los ayudaría en el traslado el ejército visigodo en retirada. Se trataba, después de todo, de los despojos del pillaje del antiguo Imperio Romano sobre el mundo. Escucha siempre a tu corazón, porque lo que él te diga es la voluntad del Altísimo. Y la voluntad del Altísimo, sin duda, fue que penetrara en el pasadizo secreto y entrara en contacto con la Mesa. ¿Qué es en realidad la Mesa? ¿La boca de Dios? ¿La boca de Dios que nos hace creer que nos habla a través de nosotros? ¿Acaso no es Dios quien decide todo?

La rueda giraba y giraba y en alguna de sus vueltas me dormí.

Recuerdo que esa mañana de martes, mi maestro me había mandado traducir un fragmento de “La guerra de las Galias”, de Julio César, en el cual se desataba un pandemónium bélico. En lo más crudo de la tensión, cuando el mismo general romano, pese a sus formidables dotes como estratega y militar, estaba en gran peligro, entró Raimundo de Turín y fue directamente a susurrar algo en la oreja de Hakón. Éste se puso rígido en su silla, abrió desmesuradamente los ojos y

palideció. Y cuando mi maestro palidecía, eso quiere decir que su tez se acercaba mucho al blanco absoluto.

Raimundo abandonó la escuela, presuroso, mientras que Hakón permaneció un buen rato pensativo, con los codos apoyados en el tablero de la mesa y formando con ambas manos una especie de pantalla que le tapaba la cara. Al cabo, se puso en pie, como disponiéndose a dirigirnos la palabra a todos. Nosotros le mirábamos ya con cierta expectación.

-Hijos míos, el venerable Ramiro acaba de fallecer. Después de prima, un hermano se lo ha encontrado muerto en su catre. La comunidad entera se prepara para organizar los funerales.

Aunque el propio Ramiro me había advertido que ello iba a suceder en breve, no dejé de sentir pena por aquel viejo niño, sobre cuyas espaldas había caído, durante toda una larga vida, una responsabilidad abrumadora. Me pregunté hasta dónde tuvo que llegar, en el pasado, para preservar el terrible secreto que custodiaba. Que Dios me perdone, pero lo cierto es que en el rostro de Hakón percibí más miedo que pena. Recordé las palabras que le escuché al monje encapuchado, en el gallinero. Estaban aguardando a que Ramiro muriera para entrar en acción. Y ello porque, según decían, era un “brujo poderosísimo”. Sin embargo, ahora, desaparecido el temido obstáculo, deben considerar que tienen la vía libre. De ahí el temor de Hakón. Muchas de las cogullas que nos rodean ocultan espíritus de alacrán, había dicho Ramiro.

Entonces comenzaron a tañer las campanas de la iglesia. Sonarían, como manda la tradición, cuatro veces, cada una durante el espacio de un miserere.

Cuando se hizo de nuevo el silencio, Hakón nos ordenó que dejáramos cuanto estábamos haciendo y que nos dispusiéramos a seguirle. Salimos en procesión hacia el dormitorio de los monjes, en el interior del cual se había congregado ya toda la comunidad. Pasamos por delante del cadáver de Ramiro, iluminado por dos cirios, y nos situamos hacia el fondo de la sala. En eso llegó el abad, báculo en mano, revestido con estola y capa pluvial. Su entrada fue la señal para que se iniciara el canto de las antífonas. Tomó el hisopo que un monje auxiliar le ofrecía y asperjó el cadáver, luego lo incensó.

Concluida la ceremonia de purificación, se entonó un padrenuestro, seguido del salmo 113. Tras ello, salimos al claustro, mientras los monjes encargados de amortajar el cuerpo cumplían su función.

Poco tiempo después, entramos de nuevo en el dormitorio. El cuerpo de Ramiro estaba dispuesto ya con calzas, escarpines, cogulla y tenía las manos cruzadas sobre el pecho.

Se reanudó la recitación del salterio hasta cerca de la hora sexta, momento en que el abad determinó que el cuerpo fuera trasladado a la iglesia. Se le puso sobre una tabla y dio comienzo la procesión, entonando de nuevo el miserere.

Llegados al templo, el cadáver fue depositado en medio del coro y salimos todos de allí en dirección al refectorio.

A la hora nona, hora de la misericordia, regresamos a la iglesia para una misa de funeral. Terminada la cual, la comunidad entonó el *Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum malitiæ*, se levantó el cadáver del anciano monje y dio comienzo la procesión hacia el cementerio.

La ceremonia del sepelio se realizó con cierta celeridad, ya que, a los monjes de mayor edad, particularmente al abad, no les convenía permanecer mucho rato a la intemperie, pues el frío, no solamente no había disminuido, sino que incluso se había hecho más intenso, o lo parecía al haberse levantado algo de viento del este.

Mientras los hermanos rezaban, unos criados bajaron el cuerpo al fondo de la fosa que Ramiro mismo había mandado cavar junto a la de su maestro Leovigildo, la rellenaron apresuradamente

de tierra y pusieron sobre ella una cruz de madera.

El acto estaba concluido y los asistentes se dieron media vuelta para regresar en orden, pero en silencio, cada uno a sus ocupaciones. Tras de sí, dejaban un silencio mucho mayor. El silencio de los muertos.

Yo pude ir todavía un rato al scriptorium, donde, como todos los demás, sin decir palabra, reanudamos el trabajo. Sin embargo, en mi cabeza resonaban todavía las palabras del último salmo: “Las almas de los justos están en la mano de Dios y no son nunca alcanzadas por los tormentos del mal. A los ojos de los insensatos, parecen haber muerto, pero ellos están en la paz. Aleluya.”

Al día siguiente cambió el viento de repente, empezando a soplar desde el oeste, trayendo consigo unos nubarrones grises, tirando a negro. Hacia la hora tercia comenzó a llover a cántaros y con la lluvia comenzó el deshielo.

Acostumbrados al áspero frío de las semanas precedentes, casi parecía que teníamos calor. La nieve comenzó a fundir rápidamente, los tejados de los edificios empezaron a gotear y los caminos o bien se habían convertido en barrizales o bien se hallaban cubiertos de hielo a medio derretir, lo que los hacía desagradables a transitar.

Por la tarde, cuando me dirigí al scriptorium, seguía lloviendo intensamente, por lo que llegué con el hábito empapado. Ratoldo me obligó a permanecer junto a la chimenea hasta hallarme completamente seco.

Apenas habíamos dado comienzo a la nueva lección de geometría, cuando sobrevino el incidente. Alair de Nice dio un grito estridente.

-¡Una rata!

Dios mío, dije para mí, lo han hecho. ¿Cómo puede ser que unos hombres adultos, monjes por añadidura, se complazcan en este tipo de travesuras infantiles? Y sobre todo después de una jornada tan adusta como la de ayer. Tendrían que estar todos con el ánimo comprimido en la rebotica del cuerpo. Y en lugar de eso, se ponen a jugar, a llevar a cabo esa broma de mal gusto. Me puse a mirar hacia donde venían los gritos y, en efecto, una rata corría por el lateral del scriptorium.

-¡Atrápala! -le gritó Benicio de Módena a Renato de Ferrara, hacia quien el animal se dirigía.

-¿Estás loco? ¡Con los dientes que tiene el bicho ése!

Y en lugar de hacer lo que le pedían, salió corriendo en otra dirección. Otros corrían también con tanta prisa que derribaron varias pilas de libros, cayeron al suelo numerosos tinteros y redomas de pinturas, lo que hizo que algunos se resbalaran y al tratar de agarrarse a los pupitres provocaban que éstos se vinieran abajo.

Benicio de Módena comenzó a increparlos en un tono que hubiera jurado era festivo.

-¡No huyáis, cobardes, que no hay más de un palmo de bestia!

-¡Sí, pero salta más que un caballo! -replicó Valeriano de Ancona. –

En eso llegó Eberardo con varias escobas, que se puso a distribuir entre sus más bien poco aguerridas tropas.

-¡Matadla! Que si pasa aquí la noche y se pone a cenar manuscritos estamos perdidos.

Nemesio de Pavía remachó el clavo.

-Y si tiene aquí a una compañera, con lo rápido que se reproducen estos bichos...

-¡Matadla os digo, antes de que logre esconderse en alguna parte! -gritaba Eberardo, furioso.

El animal, de un salto, se subió al banco de Ticiano de Ivrea y de allí dio otro para pasar a la mesa. Su propietario profirió un grito histérico e instintivamente le lanzó el volumen que tenía en la mano, acabando con la vida de la pobre bestia.

Benicio de Módena se acercó para contemplar de cerca el trágico desenlace y, con el mismo tono zumbón que había usado antes, recriminó a Ticiano:

-¿Serás bruto? ¡Mira que utilizar “La ciudad de Dios” de San Agustín para matar una rata!

- *De civitate Dei contra paganos* es su título original -se justificó éste. –

## CAPÍTULO II. LA CAJA DE PANDORA, EL ODRE DE VIENTOS Y TODO LO DEMÁS.

La noche del miércoles, el sueño pudo más que la zozobra y caí enseguida en un abismo negro y profundo, poblado de pesadillas incongruentes. Sin embargo, en mitad de él, se produjo en mi ser una sensación sumamente extraña, algo que hoy calificaría como una suerte de implosión; una explosión, pero hacia dentro. Era como si el universo entero quisiera replegarse en un punto que era yo. O mas bien ese punto se hallaba en lo más hondo de la sima en que se había convertido mi yo. Todo mi sentir se despeñaba en esa dirección. Me dio la impresión de que me había quedado sin respiración y que mi única posibilidad de sobrevivir se reducía a conseguir despertarme, cosa que logré tan sólo tras un esfuerzo desesperado.

Abrí los ojos y todo parecía normal, únicamente se oía el chisporroteo del pábilo de la vela. Hakón no estaba allí y los demás novicios dormían.

Fue entonces cuando se produjo un relámpago impresionante, cegador, que pareció transformar la noche en día y que duró bastante más de lo habitual.

Me quedé aguardando el trueno que había imaginado formidable, fragoroso y, sobre todo, inmediato. Pero nada de ello se produjo. Afuera llovía con cierta intensidad, pero no tronaba. Aguardé un buen rato y la situación no cambió. La serenidad del dormitorio volvió a ser absoluta.

Finalmente decidí no pensar más en ello y me dormí de nuevo, no despertándome esta vez hasta que llamaron para maitines.

Como siempre, formamos en dos columnas para salir hacia la iglesia. Sin embargo, me bastó con ver la cara de Hakón para comprender que algo muy grave había sucedido durante la noche.

Mi aprensión quedó confirmada al ver los semblantes de los demás monjes a medida que iban llegando al coro. El miedo, por no decir el terror, se veía reflejado en todos aquellos rostros.

Sorprendí un constante intercambio de miradas, a la vez interrogantes y amedrentadas.

Los salmos arrancaban de modo titubeante e inseguro, aunque pronto alcanzaron un patetismo superior al habitual.

Al final del oficio, el abad se dirigió al púlpito con la evidente intención de tomar la palabra. La atmósfera de la nave parecía tan densa que se la hubiera podido cortar con un cuchillo.

Richbod de Cork lanzó una prolongada y severa mirada a derecha e izquierda, como si con ella quisiera enviar un reproche generalizado. Los monjes estaban erguidos, pálidos y dando la impresión de haber sido tallados en madera, pues parecía que no respiraban. La situación se prolongó hasta hacerse la tensión casi insoportable. Hasta los novicios la habían percibido y participaban plenamente de ella.

Al cabo resonó la voz cavernosa y ronca del viejo abad:

-El hermano Ezio de Milán ha fallecido esta noche. Su cadáver ha sido encontrado en la bodega.

Esto último había sido dicho con un tono de reproche que no dejaba lugar a dudas. Prosiguió:

-Ha sido trasladado a su camastro del dormitorio, donde se encuentra en este momento. Vayamos allí para rezar por su alma y tratar de obtener el perdón de Dios.

Aún no había terminado de bajar del púlpito, cuando la comunidad ya se hallaba entonando el miserere y descendiendo pausadamente del coro, para ir agrupándose en el crucero. Allí se formó la comitiva, como era de rigor, y salimos en la dirección indicada.

A partir de ese momento, lo que se vivió fue la réplica de los funerales de Ramiro. Aunque había una diferencia fundamental, alrededor de esa muerte flotaba el reproche de las palabras del abad y un murmullo de sospecha, de infracción.

De camino, varias veces oí cuchichear a algunos monjes.

-Se le ha encontrado dentro. No en la bodega, sino dentro.

¿Dentro de qué? Me pregunté al principio. Pero no tardé en caer en la cuenta. ¡Dios mío, estaba muerto dentro del pasadizo secreto! Había averiguado cómo entrar. Y algo ocurrió que le impidió sobrevivir a la aventura.

El rostro del cadáver, más que pálido, poseía una lividez casi iluminadora, fosforescente, brutal sobre la negra cogulla de que emergía. Los cirios que le iluminaban no podían explicar por sí solos tanta albura.

La visión que se ofrecía a mis ojos oprimía más el corazón, porque esta vez no se trataba de un anciano que había vivido casi cien años, como Ramiro, el cual, por consiguiente, había llegado a las puertas de la muerte mediante la obra prolongada, pausada, de la naturaleza, según los preceptos sobradamente conocidos y asimilados por el ser humano, sino que se trataba de un hombre en la flor de la vida. Ni siquiera un hombre proveyo, antes bien joven.

Adalung se acercó a mi maestro para susurrarle al oído:

-Suenón ha insistido en lavar él mismo el cuerpo. No ha logrado encontrar una causa aparente para su fallecimiento. En lo que sí parece formal es en el hecho de que ha sido una muerte repentina, fulgurante.

Hakón bajó la mirada hacia el suelo como para mejor concentrarse en las ideas que se le venían a posar encima cual pájaros agoreros. Luego la levantó hacia Adalung.

-¿Tú crees que ha sido lo que los dos estamos pensando?

Adalung de Dijon clavó sus dos ojos como dos dardos sobre los de mi maestro.

-¡Sí! -repuso.

Esa tarde se produjo un incidente durante el entierro, en el cementerio. Al pasar la comitiva fúnebre por delante de la tumba de Ramiro, con la tierra todavía no bien asentada, alguien gritó:

-¡He aquí al asesino!

Se produjo una conmoción general, se desataron los murmullos, unos de asentimiento y otros de reprobación. El abad y todos los que iban a la cabeza de la procesión se detuvieron para volverse. Sin embargo, todos los monjes llevaban la capucha calada y era difícil saber quién había proferido tal acusación. Hubo unos momentos de tensa espera ante una posible intervención del abad, pero éste, tras reflexionar un instante, decidió reanudar la marcha.

No bien hubo dado unos pasos cuando se oyó otra voz:

-Destelló el rayo mudo, anunciador de la muerte. Como otras veces...

Y luego una tercera:

-Yo mismo me crucé con Ramiro, poco antes del amanecer.

Otra voz distinta añadió:

-Yo también lo vi. Venía envuelto en una luz azul.

Por último, alguien gritó:

-Regresaba aquí. A proseguir su sueño eterno.

El abad, rojo de ira, apostrofó a voz en cuello:

-¡Esto es una herejía! Los muertos retornan al polvo hasta el día en que seremos llamados todos a rendir cuentas en el Juicio Final. ¡Ése es el dogma!

Durante un largo espacio de tiempo nadie se movió, el abad seguía mirando con tenacidad y encono a sus encapuchados, el cadáver continuaba en alto, sobre los hombros inmóviles de

quienes lo transportaban. Únicamente se oía al viento, silbando sobre las tapias y agarrándose a los aleros de los edificios vecinos.

Al cabo, el abad masculló unas palabras ininteligibles y reanudó la marcha hasta la fosa abierta que aguardaba a Ezio de Milán, para conservarlo en su seno durante un lapso que no parecía ser el mismo para todos.

Sea como fuere, ese rayo mudo, bien que lo vi y lo sentí yo mismo. No había sido ningún sueño. Y en eso al menos no mentían.

Anocheecía cuando regresábamos a las dependencias del convento. Hakón condujo a su asustada tropa de novicios hasta sus privativos aposentos. Allí nos encareció que permaneciéramos sin movernos, excepto para una necesidad que no admitiera demora, hasta que la cena estuviera dispuesta.

En cuanto la puerta estuvo cerrada, Severino no pudo contenerse por más tiempo y exclamó:

-Así que esta noche el fantasma de Ramiro se paseaba por la abadía.

-Y fulminó con un rayo a Ezio de Milán – completó Sigrido de Lyon. –

-Ya habéis oído al abad – les recriminó Bertín, - los muertos no se levantarán de sus tumbas hasta el día del Juicio Final.

Aureliano de Maguncia se adelantó unos pasos.

-Vamos a ver. Sabemos que el hombre está hecho de cuerpo y alma, ¿no? Y que con la muerte se separan ambas cosas.

-Sí -repusieron varios a la vez. –

-Entonces -prosiguió - ¿por qué no podemos admitir que el cuerpo se queda bajo la tierra, esperando la resurrección de la carne, y que el alma va a donde le place?

Por el momento, nadie supo qué responder a esto. Pero un poco más tarde Teodomiro de Aquisgrán lanzó una objeción:

-Yo ahora te estoy mirando. Y no veo tu alma, sólo tu cuerpo. El alma no se ve. Así que nadie pudo ver el alma de Ramiro, aunque ésta se pasara realmente por la abadía. Quizá los muertos estén todos a nuestro alrededor, escuchando lo que decimos, pero no los vemos.

Severino ahogó un grito de estupor.

Bertín se apresuró a replicar.

-Tú no ves su alma, porque está dentro de su cuerpo. Por eso no la ves.

-Sí, pero ¿y cuando se separa del cuerpo? Sale de él, ¿por qué no la vemos entonces? El cuerpo es corrupto, aunque por milagro divino se recompondrá al final de los tiempos, pero ahora se pudre, es una evidencia. Sin embargo, el alma es incorrupta e inmortal.

Sisenando de Tours intervino:

-¿Y a dónde va entonces, si se ha separado del cuerpo? No va a quedarse lo puro, lo inmarcesible, lo todavía vivo, mezclado con la horrible corrupción, en el fondo de la sepultura...

A lo que Wilhelm de Erfurt replicó:

-¡Claro que no! Se separan y no volverán a unirse hasta que llegue el momento de comparecer ante la justicia divina. Ahora bien, puesto que el alma es invisible, nadie ha podido seguirle la pista para ver a dónde va. La muerte debe tener su misterio. Eso es lo que ocurre con las almas normales. Pero claro, Ramiro era un mago, su alma no debía ser como las otras. Cuando se tienen esos poderes en vida, no se pierden durante la muerte. Lo digo porque ellos no vienen del cuerpo, que es lo único que perece con la muerte, sino del espíritu, que permanece vivo.

Un criado abrió la puerta y gritó:

-¡A cenar!

Unos instantes más tarde probamos que la impresión de la muerte ajena, por fuerte y dramática

que sea, no posee tanto poder como para quitar el apetito a la juventud. Nuestro activo yantar verificaba una vez más el conocido proverbio: “El muerto al hoyo y el vivo al bollo.”

La noche, en cambio, se reveló difícil de pasar para todos nosotros. Hasta muy tarde crujió la paja de los colchones, de tanto que se removían los cuerpos insomnes. Y cuando conseguimos conciliar el sueño, éste fue numerosas veces interrumpido por nuestras propias pesadillas y los gritos que proferían los demás en las suyas.

Al día siguiente estábamos todos soñolientos en la escuela y tardamos bastante en salir de nuestro letargo. Durante los oficios, se notó, por el nerviosismo de los monjes, que la comunidad no había recuperado la serenidad.

La lección de esa tarde en el scriptorium abordó una nueva figura geométrica.

-Si a la figura del otro día se la denomina “Pentáculo de Salomón”, la de hoy recibe el nombre de “Sello de David”, padre de aquél y autor de los Salmos. Fíjate bien. Es una estrella de seis puntas.

La dibujó mediante un procedimiento extraño. Primero hizo un triángulo equilátero con una punta o vértice hacia arriba.

-A éste se le denomina espada.

Luego, sobre él, plasmó otro en sentido inverso.

-Y a éste se le denomina cáliz.

El resultado fue, como digo, una estrella de seis puntas. O también un hexágono regular central rodeado por seis triángulos equiláteros, siendo cada uno de dichos triángulos completamente coincidentes en longitud en uno de sus lados con cada uno de los lados del hexágono. Los seis triángulos equiláteros se contactan entre ellos, pero solo a través de dos de sus vértices y la resultante de dicha disposición es una especie de "cadena cerrada" de triángulos equiláteros, en cuyo centro se forma el ya mencionado hexágono regular. Me enseñó el modo de plasmarla para que todo esto saliera perfecto.

Aquel día la lección fue musitada, es decir, más aún, si cabe, que la de los días anteriores, a causa del silencio que reinaba en la sala. Habitualmente no se permite hablar a los monjes mientras trabajan, pero es que ese día parecía que ni siquiera respiraban.

Acabada la lección, proseguí con mi labor de copista. Se trataba de un manuscrito en griego, del que todavía no comprendía gran cosa, pero el trabajo me estaba saliendo francamente bien. La verdad es que no desmerecía mucho en relación con el original.

Ratoldo se puso detrás de mí y lo observó durante un rato. Lo aprobó con estas palabras:

-Sigue así, Bernardo, sin prisas, recreándote en lo que haces. Cada letra que escribas tú, es una menos que tengo que escribir yo. Entre los dos, salvaremos la situación.

Como era habitual en aquel tiempo en que el trabajo apremiaba, salimos del scriptorium justo para no llegar tarde a vísperas. Roberto de Rouen se había quedado también rezagado esta vez y nos acompañó en el breve tránsito a la iglesia. La nieve y el hielo habían desaparecido por todos sitios, excepto junto a la parte de los edificios que daba al norte, donde el sol no llegaba, al menos en invierno. La lluvia relativamente cálida de los últimos días, procedente del oeste, tampoco había hostigado demasiado esa parte.

-Afortunadamente -comentó Ratoldo – ya nos hemos desembarazado de la nieve y el hielo. Se puede circular de nuevo por la abadía sin miedo a romperse uno la crisma a cada paso.

-Mira los techos de los edificios, a nuestra espalda -repuso Roberto volviéndose. – Hay todavía ronchas de nieve en ellos. En mi país dicen que nieve que se queda, espera otra.

¡Cuánta razón tenía! Durante la noche cambió el viento, regresó el frío y con él la nieve. Al principio caían copos diminutos, aunque en abundancia; a medida que iba avanzando el día, iban

ganando en tamaño, espesor y blancura. Pronto el suelo volvió a estar recubierto por un solemne y silencioso manto de armiño.

Esa mañana, Hakón me había dado dos fragmentos para traducir, uno en latín y otro en griego. Se trataba de poner el texto latino en griego y viceversa. El primero era de Cicerón, unos párrafos de “Consolatio”; el segundo pertenecía a las “Vidas paralelas” de Plutarco.

Aún no había terminado de leer el primero de ellos cuando entró en la escuela Raimundo de Turín. Podía haber venido para cualquier cosa, pero como se fue directo a musitar unas palabras al oído de Hakón, tuve la impresión de que se repetía la escena del anuncio de la muerte de Ramiro.

También esta vez mi maestro frunció el cejo, pero no palideció. Se limitó a sacudir la cabeza en signo de asentimiento y dijo:

-Era de esperar.

Raimundo aprobó igualmente mediante idéntico procedimiento y abandonó sin más la escuela.

Yo aguardaba con el corazón oprimido una nueva revelación espectacular; sin embargo, esta vez Hakón permaneció mudo, pensativo, preocupado, pero sin soltar prenda.

Pensé que esta vez no se trataba de algo excesivamente grave, así que opté por canalizar toda mi atención hacia el trabajo. De modo que llegué a terminar toda la tarea que me había sido asignada.

Entonces deposité la pluma en el tintero y alcé la cabeza para mirar a Hakón. Éste no parecía haberse movido un ápice y su aspecto de conmoción interna era el mismo. Seguía con el negro entrecejo fruncido y la mirada perdida.

De repente se puso en pie y dio la noticia:

-Un nuevo hermano ha muerto. Vayamos a rezar por su alma.

Justo entonces se pusieron a tañer las campanas.

Como en las otras ocasiones, nos condujo al dormitorio.

No se nos había dicho el nombre del difunto, por lo que, al entrar en la sala, nuestras miradas pugnaban por penetrar entre los resquicios móviles que se abrían entre los cuerpos de los monjes, quienes se afanaban alrededor del cadáver.

Sólo al llegar muy cerca ya de su catre, tuve una impresión fugaz de su rostro, tomado ya por el alabastro de la muerte. Se trataba de Alair de Nice, otro joven monje.

Durante la misa de funeral, el abad subió trabajosamente al púlpito, dejó a un lado el cayado y se puso a escrutar, uno por uno, los rostros de los monjes que se hallaban en el coro. De pronto su voz tronó entre las columnas.

-Vosotros pretendéis que el fantasma de Ramiro se os aparece durante las horas nocturnas. Yo os digo que no es Ramiro, sino Satanás en persona quien se pasea de noche por las dependencias de esta abadía.

El terror se expandió por toda la nave en forma de un murmullo de espanto.

Richbod de Cork dejó que la comunidad entera bebiera el cáliz del horror hasta las heces. Sólo entonces prosiguió:

-El Diablo recorre las salas de este monasterio y deja en ellas su impronta invisible, aunque ponzoñosa para quienes se acercan a ella y la respiran. Entra en el dormitorio común y os susurra en sueños sus designios maléficos. Algunos de vosotros albergáis en vuestros pechos propósitos infames. Yo os conjuro, en el nombre del Dios Todopoderoso, para que los desechéis de inmediato, antes que la ira divina se desate sobre esta casa. ¡Arrepentíos y convertíos a la verdadera fe, renunciando para siempre a Satanás! ¡Rezad, rezad con renovado fervor y contrición sincera para que la mano de Dios no se abata sobre nuestras cabezas! ¡Para que no envíe a sus

ángeles negros sobre esta abadía, con la misión de no dejar en ella piedra sobre piedra!

En el cementerio, mientras se bajaba el cuerpo hasta el fondo de la fosa, alguien exclamó:

-Esta vez no diréis que ha sido Ramiro quien lo ha fulminado. Alair ha sido torturado.

La comunidad entera se puso a borbollar en un susurro airado, aunque anónimo, a cubierto de las capuchas, todas ellas caladas. Adalung tuvo que imponer silencio. Se oyeron las paletadas de tierra cayendo a lo hondo.

## CAPÍTULO III. EL QUE QUIERA COMER AVE, QUITE PRIMERO LAS PLUMAS.

Ese sábado por la tarde fui a ver a Waldo. Lo encontré en el palomar observando algunas de sus mensajeras, a las que había soltado para su entrenamiento diario. Al verme, me dijo:

-Vamos al gallinero, que, con la vuelta del frío, Roque requiere otra vez huevos.

De hecho, ya estábamos otra vez como antes del deshielo, no pudiéndonos desplazar sino a través de zanjas cavadas a pico y pala por los criados. De momento había dejado de nevar, pero el frío era despiadado.

Nos pusimos a recoger los huevos que había sobre la paja, pero no eran muchos y pronto nos sentamos a la espera de que les viniera bien a las gallinas poner alguno, cosa que ocurría de tanto en tanto.

Estuvimos algún tiempo posponiendo el tema que, con toda evidencia, se nos estaba comiendo por dentro. No solamente a nosotros, sino, como es natural, a la comunidad entera. Al cabo, no pude por más que traerlo a colación.

-¿Es cierto que a Alair de Nice lo torturaron?

Waldo asintió primero con la cabeza. Luego con palabras.

-Tenía en el cuello las marcas de la soga con la que lo ahogaban por momentos. Cuando veían que ya no lo podía soportar, cedían para que confesara. Hasta que la cosa se les fue de las manos y Alair murió.

En la mirada de mi interlocutor se reflejaba el embarazo que sentía por tener que decirme aquellas cosas. Sin embargo, no había hecho tampoco nada por evitarlas. No había recurrido al expediente fácil de que, a mi edad, era mejor no saber ciertas cosas. Ello me animó a avanzar en el desbroce de la cuestión.

-¿Qué querían que confesara?

Esta vez, lo que vi en sus ojos fue un fugaz relampagueo de pánico.

-No lo sé – dijo, pero yo sabía que mentía. – Mentía para protegerme, desde luego.

-Pues figúrate que yo creo que sí lo sé.

Se me quedó mirando fijamente. Lo que sin duda sentía, no tengo inconveniente en calificarlo de espanto. A mí, por mi parte, me vinieron a la memoria las palabras de Ramiro: “No confíes en nadie. Excepto, por el momento, en tu maestro.” Pero mi instinto me decía a voces que en Waldo sí podía confiar.

-Querían saber si debajo de la abadía se encuentra realmente la Mesa. Y, sobre todo, cómo se accede a ella.

Waldo no salía de su asombro.

-¡Diablo de niño! Habla más bajo. No sabes a lo que te expones. Sólo con lo que has dicho... Que hay una Mesa... Que está aquí, en el subsuelo de la abadía...

Bajé los ojos. Waldo prosiguió en un susurro.

-¿Cómo sabes tú eso?

-Ramiro me lo reveló.

Negó lentamente con la cabeza. Pero eso no quería decir que no me creyera.

-¿Y por qué te revelaría a ti una cosa así, un... recién llegado?

-No lo sé -entonces fui yo quien mentía. –

-Y... ¿Te dijo a ti cómo se accedía a ella?

-No.

Con ello, por el contrario, no mentía.

-¿Te contó algo más?

-Mucho. Me explicó lo que era. Cómo está en ella grabado el verdadero nombre de Dios, así como las instrucciones para pronunciarlo correctamente. De dónde la trajo aquí y por qué. Y también me reveló que las principales ciudades del mundo han enviado peligrosos espías aquí para tratar de apoderarse de ella, o dar las informaciones que permitan hacerlo.

-¿Te dijo concretamente qué ciudades?

-Sí. Dijo: Roma, Constantinopla, Jerusalén, Córdoba y Toledo.

-Ciudades todas ellas de poder, en un sentido o en otro.

-Y luego, por mi parte, casualmente, he averiguado otras cosas...

Le conté la aventura de los tres encapuchados, acontecida en ese mismo gallinero.

-¿Y dices que hablaban bien el alemán?

-Perfectamente.

-En tal caso, a las cinco ciudades, probablemente haya que añadir a los principales enemigos del rey: los sajones.

-¿Somos enemigos del rey los sajones?

-No todos, claro. Una parte de ellos quiere abolir el cristianismo y retornar a la antigua religión, con muchos dioses y diosas.

Seguidamente le referí la escena de la cocina, con Roque, Valeriano de Ancona y Reynaldo de Spoleto.

-Eso es Constantinopla. Sólo allí hay Emperador.

Por fin llegué al episodio de la rata. Waldo reflexionó largo rato a propósito de este suceso.

-¿Estabas tú allí, en el scriptorium, cuando esto sucedió?

-Sí.

Lentamente se puso en pie, como si no prestara atención a lo que hacía, talmente sus facultades intelectuales estaban siendo aplicadas a otra cosa.

-¿Sabes, Bernardo? En tanto que guarda, tengo ciertas responsabilidades, vagas, es cierto, en cuanto se refiere a la seguridad en esta abadía. No quiero ponerme a hacer averiguaciones oficialmente. Para no llamar la atención... Pero extraoficialmente quizá podamos hacer algo. Vamos al scriptorium.

-¿Ahora?

-Sí. Ahora mismo.

-¿Sabes? A Eberardo no le gusta que merodeemos por allí fuera del horario de trabajo.

Waldo sonrió.

-Ya había pensado en ello. Recuerda que nadie debe sospechar, bajo ningún concepto, que estamos haciendo averiguaciones acerca del asesinato, tal vez de los asesinatos, porque, desde luego, no creo en la culpabilidad de Ramiro respecto a la muerte de Ezio de Milán. A Eberardo le vamos a decir que me vas a enseñar los progresos que estás efectuando en tu labor de copista. Rezongará un poco, pero nos dará permiso.

Así fue, en verdad, refunfuñó, se mostró incluso enojado, pero no hizo realmente nada para impedirnos el paso hacia el fondo de la sala. Se quedó, eso sí, de guardia en la puerta de la biblioteca, fingiendo que trajinaba con libros.

Así pues, avanzamos hasta alcanzar mi pupitre. Le mostré entonces los pergaminos que estaba

copiando. Waldo les prestó una atención sincera.

-Realmente es increíble que seas capaz de hacer todo esto, en tan poco tiempo. ¿Entiendes algo de lo que escribes?

-En latín, casi todo. En griego, tengo todavía algunas lagunas, sobre todo ante estos textos. En la escuela, con ayuda del vocabulario y de mi maestro, me defiendo mejor.

-No sé si estás al corriente. Pero la gente se hace lenguas de tu extraordinaria capacidad para aprender.

Entonces bajó la voz.

-Ahora dime de dónde surgió la rata o dónde la viste por primera vez.

-Alair de Nice gritó: “Una rata”. Levanté la vista y la vi ahí.

-¿Hacia dónde se dirigió?

-Hacia el fondo. Avanzaba junto al muro de la izquierda. Luego torció hacia la derecha y atravesó la sala a lo ancho hasta subirse al pupitre de Ticiano de Ivrea, donde éste la mató.

-Muéstrame dónde cruzó exactamente.

Miré hacia Eberardo para comprobar que no parecía prestarnos ya mayor atención. Entonces me desplazé hasta el lugar exacto.

-Aquí.

-Muy bien, Bernardo. Ahora dime. ¿Quién estaba en esa mesa del fondo?

-Ahí estaba Lucio de Colmar.

-Trata de recordar bien. ¿Había alguien detrás de él?

-Nadie.

Waldo vino a posicionarse en el lugar mismo en que había cruzado la rata.

-Si trazamos una línea recta aquí, que una los dos lados del rectángulo que es el scriptorium, exceptuando a Lucio de Colmar, ¿crees que había alguien más detrás de la línea?

-Nadie.

-¿Seguro?

-Seguro.

-Muy bien. Ya podemos salir.

Cuando llegamos a la altura de Eberardo, lo saludamos con toda la amabilidad de que fuimos capaces, mientras que él nos respondió con un gruñido.

-Buena señal -exclamó Waldo. – No sospecha nada.

-¿Y qué has sacado en limpio?

-Verás. Una rata que causa tal estropicio atrae la atención de todos. He aquí la razón por la que había sido soltada por una mano culpable. Una vez creado el Cafarnaúm que conoces, Ezio de Milán, aprovechó el desconcierto para colarse en la biblioteca, cuando el propio Eberardo de Basel se hallaba ya absorto en el incidente. Vamos a ver, antes de lo de la rata ¿estaba Ezio de Milán en el scriptorium?

-Sí. Sí lo estaba. Estoy seguro.

-¿Y después de lo de la rata?

-Después no recuerdo haberlo visto.

-¡Porque ya no estaba allí! Se encontraba en el subterráneo, buscando tal vez la otra salida. La que todo el mundo sabe que da a la iglesia.

Asentí.

-Ahora bien -prosiguió, - durante el escándalo que produjo la rata, todos los asistentes a él tenían al animal delante, por supuesto. Pero, según hemos visto, para todos ellos, ese delante era el fondo del scriptorium. Excepto para el caso de Lucio de Colmar. En su caso, ese delante estaba

orientado hacia la puerta de la biblioteca. Si alguien es susceptible de haber visto a Ezio de Milán entrar en ella, estarás de acuerdo conmigo en que ése es Lucio de Colmar.

-¿Crees que es él el asesino?

-Yo no he dicho eso. Únicamente sostengo que ya tenemos a nuestro primer sospechoso. Seamos precisos, sospechoso de haber torturado y asesinado a Alair de Nice, o de haberlo mandado hacer, o simplemente de haber revelado lo que sabía a los que lo hicieron.

Apenas había acabado de hablar, se desató un formidable griterío a nuestras espaldas. Fuimos corriendo en esa dirección y al llegar al primer grupo de monjes vimos que estaban aterrorizados.

-¿Qué ha sucedido? -inquirió Waldo.

Uno de ellos acertó a responder, no sin un profuso tartamudeo:

-¡Otro... ¡Otro muerto!

-¿Dónde?

-Ahí. En la puerta de la panadería.

Salimos a toda prisa en esa dirección y allí estaba, tendido cuan largo era, Lucio de Colmar, nuestro primer sospechoso.

Waldo se arrodilló ante él, le abrió ligeramente la cogulla para inspeccionar su cuello.

-No hay ninguna marca -declaró. – Está limpio. Me lo suponía.

Por todas partes acudían monjes echándose las manos a la cabeza, haciéndose cruces, invocando el nombre de Dios para expulsar la maldición que había entrado en la abadía. Waldo puso una mano sobre mi cabeza y me dijo:

-Vamos.

Nos alejamos de allí. Luego añadió:

-Mientras la comunidad se agita y clama al cielo, nosotros vamos a tratar de pensar con serenidad.

Fuimos a su casa, donde tomó un trozo de papel y una pluma y lo puso sobre una mesa.

-Vamos a ver de qué datos disponemos. En primer lugar, tenemos el estado de los cadáveres. Parece que se inicia una serie: limpio, no limpio, limpio. La cual, mucho me temo, va a continuar. ¿Cómo interpretas esto, Bernardo?

Empecé por lo más fácil.

-Cuando te refieres a no limpio, supongo que hablas de Alair de Nice, que fue torturado y llevaba marcas en el cuello.

-Efectivamente. Ya te dije que utilizaron una soga para obligarlo a confesar. Y todo apunta a que confesó.

Asentí.

-Porque Lucio de Colmar entró enseguida en el pasadizo secreto.

-Y murió. Limpio. Como Ezio de Milán. ¿Qué deduces?

-Que se tortura para entrar. Excepto Ezio y sus amigos, quienes utilizaron la astucia. Pero que luego, a los que entran, algo los mata.

-Muy bien dicho, Bernardo. Algo, que no alguien. Porque los cadáveres “limpios” no presentan la menor herida ni magulladura. Parece como si los hubiera matado una impresión. Una visión demasiado fuerte, que no se puede resistir. En todo caso, no parece, insisto, no parece, que hayan muerto por mano humana.

Ambos nos quedamos callados un instante. Al final Waldo rompió el silencio.

-Sí. Los dos estamos pensando en la Mesa.

Volvió a marcar una larga pausa antes de proseguir.

-Según te dijo Ramiro, la Mesa contiene una inscripción en la que no sólo figura el nombre

inefable de Dios, fijate en el sentido de la palabra inefable, sino también el modo correcto de pronunciarlo. Pero algo debieron malinterpretar, tanto Ezio como Lucio, que el experimento les salió mal. O acaso hace falta un dato más, que ellos no conocían.

-Inefable -repuse- quiere decir que no se puede, o no se debe, pronunciar. Estaban, pues, haciendo algo indebido, por lo que recibieron castigo.

Waldo se llevó el índice derecho al espacio situado entre las dos cejas, en actitud de reflexionar.

-La Biblia -sugirió al fin- asegura que nadie puede contemplar directamente la faz de Dios y seguir viviendo. Por eso, cuando éste desea comunicar con los hombres envía a un ángel. Como sabes, la palabra ángel viene del griego y significa mensajero, enviado. Ahora bien, parece ser que Moisés sí hablaba cara a cara con Él, en el monte Sinaí. Y el Sumo Sacerdote, acompañado de un ayudante, entraba en el Sancta Sanctorum y pronunciaba el nombre inefable de Dios, aunque ambos con la cara cubierta por un velo. Eso quiere decir que ese nombre secreto, bajo ciertas circunstancias, sí podía y debía ser pronunciado. De ahí la necesidad de fijar por escrito las instrucciones para efectuar, con toda seguridad, una operación tan peligrosa. Pero claro, el objeto que las contenía debía convertirse de inmediato en un objeto tabú, el cual tenía que ser celosamente guardado y puesto a disposición únicamente de la crema de una élite.

Yo no podía olvidar que había estado a tan sólo unos pasos de tal objeto y que, si Ezio y Lucio habían malinterpretado las instrucciones, siendo hombres doctos y adultos, en mi caso no tenía la menor posibilidad de haberlo hecho mejor. También vino a decir Ramiro que la propia Mesa elige a quienes pueden acercarse a ella, a sus custodios. Y a mí me llamó. De no haber sido por la repentina llegada de Eberardo, habría penetrado en la sala donde se encuentra.

-¿Sabes? -le dije, como hablando para mí mismo. -La muerte no se produce con sólo contemplar la Mesa, sino cuando se intenta pronunciar el nombre inefable. Lo digo porque, según Ramiro, el rey Rodrigo y algunos de sus capitanes pasaron junto a ella y la vieron.

-En cualquier caso, es un riesgo que no sé si alguien más querrá correr, teniendo en cuenta lo que les ha ocurrido a Ezio y a Lucio.

Recordé las palabras pronunciadas por uno de los tres monjes en el scriptorium, cuando estaba escondido en el pasadizo secreto.

-Puede que con el nombre no se atrevan, pero si son espías, la principal información que deben transmitir a su señor es si la Mesa se halla realmente en la abadía o no.

Waldo vio enseguida lo que quería decir.

-Insinúas que seguirán dispuestos a todo para cerciorarse de que es cierto que se halla aquí.

-Así es.

-Luego, una vez dentro, podrán o no vencer la tentación de probar ellos mismos suerte. La soberbia nos hace sentirnos a menudo infinitamente superiores a los demás.

-Es mucho lo que está en juego.

Tras asentir, Waldo se sentó ante la mesa, tomó la pluma y se quedó un momento mirando al techo. Luego prosiguió:

-Vamos a iniciar una lista que espero lleguemos a completar con el tiempo. Empecemos por lo que sabemos. Tenemos la certeza de que existe un partido bizantino, al que podemos adscribir los nombres de Roque de Valencia, Valeriano de Ancona y Reynaldo de Spoleto. La lógica quiere que exista el partido detentor del objeto de todos los deseos. Y como éste se halla en las tierras del rey, podemos llamarlo partido franco. En él vamos a incluir, de entrada, a los principales cargos de esta abadía: Richbod, Adalung y Eberardo. Tú mismo has sorprendido un conciliábulo del partido sajón, aunque, por el momento, no podamos incluir en él ningún nombre. Pasemos ahora a

Roma, donde la situación es más compleja de lo que podría parecer. Si tenemos en cuenta que en esa ciudad existen varios partidos, no sería descabellado suponer que cada uno de ellos esté representado aquí. En primer lugar, tenemos al partido del Papa, aliado del rey. Pero también existen los oponentes al Papa, poderosos cardenales que no quieren oír hablar de una capital de la cristiandad sometida a la autoridad civil.

Entonces me permití un inciso.

-Y al partido romano pagano, que pretende resucitar al Imperio en su forma antigua, es decir, con sus antiguas creencias religiosas.

Waldo me lanzó una mirada en la que se leía la sorpresa, pero también la admiración.

-Muy cierto, Bernardo, también ellos deben andar detrás de lo que, durante mucho tiempo, consideraron como suyo.

Se puso a escribir todo eso en el papel.

-Si tomamos en consideración las palabras de Ramiro, sólo nos queda Toledo, el partido que podemos denominar visigodo, puesto que los nuevos reinos cristianos del norte de España se consideran herederos de los visigodos y a los cuales la Mesa les rendiría un gran servicio. Tenemos también a Córdoba, el partido árabe, y a Jerusalén, el partido judío.

Me mostró la hoja. Era una especie de cuadro en el que había muchos espacios libres.

-Nuestro trabajo, por ahora, será completar este cuadro.

## CAPÍTULO IV. BAJO LA MÁSCARA DE LA TEMERIDAD, SE OCULTAN GRANDES TEMORES (LUCANO).

Cuando salí de la casa de Waldo, nevaba con tanta intensidad que me fue preciso cubrirme los ojos para que la abundancia de copos no los cegara. Apenas se veía nada a mi alrededor y, a los pocos pasos, temí perderme en un lugar que, poco antes, había creído familiar hasta el exceso. No vi el gallinero hasta que no lo tuve delante y así sucedió con los demás edificios. El sol ya debía haber rebasado la línea del horizonte, por lo que la falta de luz añadía dificultad a la orientación. Por otra parte, iba siendo de nuevo realmente laborioso avanzar a través del espesor de la nieve.

Sólo al llegar a la casa, noté que me dolían los pies, las manos y toda la cara, a causa del frío.

Hakón, en cuanto me vio, me miró con cara de pocos amigos.

-¿Dónde has estado?

-Recogiendo los huevos, con Waldo. Como todos los sábados.

-Sí, pero esta vez te has retrasado más. ¿No has oído las campanas tocando a vísperas?

Agaché la cabeza. La verdad es que no las había oído, quizá por efecto de la nevasca.

-Anda, ve con los demás.

Salimos pues en dirección a la iglesia bajo aquella avalancha de algodón que, en un abrir y cerrar de ojos, puso blancos todos los hábitos negros. Durante el trayecto, me pregunté si ya tendrían conocimiento de la triste nueva, pero enseguida me pareció imposible que, a esa hora, no lo supieran.

Atravesando el umbral, llegó a mis oídos un bullicio totalmente inhabitual. Dentro, cosa inaudita, contemplé el desolador espectáculo de todos los monjes hablándose a gritos los unos a los otros. Incluso, Dios me perdone, percibí en muchos de ellos una cólera totalmente desatada, desbocada como un caballo sin establear. Los que entraban, lo hacían de esa misma guisa. El coro semejaba esa noche un campo de batalla.

Sin embargo, al entrar el viejo abad, se callaron todos bruscamente.

Cuando el venerable anciano ganó su sitial de honor, dio comienzo el canto: "*Deus, in adiutorium meum intende. Domine, ad adiuvandam me festina. Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto. Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in saecula saeculorum. Amen. Alleluia.* »

A continuación, vino el himno y los salmos. El rostro del abad permanecía cerrado, impenetrable, severo hasta rozar el puro semblante de la ira.

Llegado el momento de la lectura de un pasaje de las Santas Escrituras, un monje joven y membrudo subió al púlpito. Abrió el libro por el final, donde todo el mundo sabe que se encuentra el Apocalipsis. Todavía pasó unas cuantas páginas y alzó, potente, su voz.

"Y vi surgir del mar una Bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas, y en sus cuernos diez diademas, y en sus cabezas títulos blasfemos. La Bestia que vi se parecía a un leopardo, con las patas como de oso, y las fauces como fauces de león: y el Dragón le dio su poder y su trono y gran poderío. Una de sus cabezas parecía herida de muerte, pero su llaga mortal se le curó; entonces la tierra entera siguió maravillada por la Bestia. Y se postraron ante el Dragón, porque había dado el poderío a la Bestia, y se postraron ante la Bestia diciendo: «¿Quién como la Bestia? ¿Y quién

puede luchar contra ella?»

Desde que comenzó la lectura, sentí una profunda turbación que, al principio, atribuí al contenido de este escalofriante pasaje. Pero, a medida que avanzaba, comencé a intuir que había algo más. Un pasaje del Apocalipsis de Juan, por tremebundo que sea, por mucho que sacuda y remueva las entrañas de quien lo escucha bajo las tinieblas, mal iluminadas por unas pocas candelas, de la bóveda de una iglesia abacial, no suele dejarle al borde del desvanecimiento, como yo me encontraba.

“Le fue dada una boca que profería grandezas y blasfemias, y se le dio poder de actuar durante 42 meses; y ella abrió su boca para blasfemar contra Dios: para blasfemar de su nombre y de su morada y de los que moran en el cielo. Se le concedió hacer la guerra a los santos y vencerlos; se le concedió poderío sobre toda raza, pueblo, lengua y nación. Y la adorarán todos los habitantes de la tierra cuyo nombre no está inscrito, desde la creación del mundo, en el libro de la vida del Cordero degollado. El que tenga oídos, oiga. «El que esté destinado a la cárcel, a la cárcel ha de ir; el que ha de morir a espada, a espada morirá». Aquí se requiere la paciencia y la fe de los santos. “

El pavor que expandía la voz de ese monje venía... ¡Venía justamente de su voz!

“Ví luego otra Bestia que surgía de la tierra y tenía dos cuernos como de cordero, pero hablaba como una serpiente. Ejerce todo el poder de la primera Bestia en servicio de ésta, haciendo que la tierra y sus habitantes adoren a la primera Bestia, cuya herida mortal había sido curada. Realiza grandes señales, hasta hacer bajar ante la gente fuego del cielo a la tierra; y seduce a los habitantes de la tierra con las señales que le ha sido concedido obrar al servicio de la Bestia, diciendo a los habitantes de la tierra que hagan una imagen en honor de la Bestia que, teniendo la herida de la espada, revivió. Se le concedió infundir el aliento a la imagen de la Bestia, de suerte que pudiera incluso hablar la imagen de la Bestia y hacer que fueran exterminados cuantos no adoraran la imagen de la Bestia. Y hace que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se hagan una marca en la mano derecha o en la frente, y que nadie pueda comprar nada ni vender, sino el que lleve la marca con el nombre de la Bestia o con la cifra de su nombre. ¡Aquí está la sabiduría! Que el inteligente calcule la cifra de la Bestia; pues es un número de hombre. Su cifra es 666.”

Aquella voz, pese a haber recitado este pasaje en latín, era inconfundible. No había lugar a dudas, pertenecía a uno de los tres monjes encapuchados que se habían reunido en el gallinero para conspirar. Concretamente al más joven de ellos. Con toda probabilidad el jefe del partido sajón pues, a pesar de su juventud, parecía detentar una autoridad superior a la de los demás.

-¿Quién es ese hombre? -pregunté a Severino.

-Es Aldo de Passau, un gramático, renombrado traductor de Aristóteles, a pesar de su mocedad.

Waldo debía saber esto cuanto antes.

Sin embargo, acabado el oficio, Hakón reunió presto a su grey y nos condujo a nuestro refectorio, separado, como ya he dicho, del de los monjes. Tras la cena, al igual que había sucedido con las defunciones anteriores, la entera comunidad, que nos incluía, fue a reunirse para rezar ante el finado; el cual, además, en esta ocasión, debía ser velado durante toda la noche, pues no hubo tiempo para enterrarlo durante el día. Aunque, por supuesto, de ello se encargarían los

monjes más provectoros. Los novicios estuvimos un rato allí, entonando salmos y oraciones, hasta que Hakón consideró que había llegado para nosotros la hora de ir a dormir.

Cosa que no se consiguió aquella noche sin dificultad. Descontando la muerte natural de Ramiro, se habían producido en muy poco tiempo tres decesos repentinos y sospechosos. Demasiada concentración de muerte para que los ánimos estuvieran tranquilos y la imaginación ociosa. Para la mayor parte de los novicios, el monasterio se había convertido en un pandemónium, especialmente por la noche. Habían tomado a la letra las palabras del abad, según las cuales Satanás y sus acólitos se paseaban durante la noche por todas sus dependencias. Por esta razón, sin muchos comentarios, cada uno se fue directo a su catre, para dormir un sueño ligero y agitado. Así lo fue también el mío, aunque no por las mismas razones. Yo sabía más cosas y las tenía que poner en relación unas con otras. Sobre todo, había hecho un último descubrimiento del que tenía que dar parte lo antes posible a Waldo.

No me fue fácil, pues al día siguiente, además de los oficios habituales y del estricto ceremonial funerario, Hakón quiso que pasáramos, a pesar de todo, un par de horas en la escuela.

Tan sólo por la tarde, tras el entierro de Lucio de Colmar, por cierto, dificultoso en extremo a causa de la auténtica tempestad de nieve que estaba cayendo, pude acudir a la casa de Waldo y comunicarle mi hallazgo.

El guarda, en un principio, se limitó a escribir, en el papel que conservaba en el cajón de su mesa, el nombre de Aldo de Passau en la columna correspondiente al partido sajón. Luego se quedó un rato pensativo, sin decir una sola palabra.

Al cabo, recitó este extracto del propio pasaje que Aldo de Passau había leído en la iglesia: «El que esté destinado a la cárcel, a la cárcel ha de ir; el que ha de morir a espada, a espada morirá».

-¿Qué quieres decir con eso? -inquirí. -

-Es una manera de declarar que el destino lo tiene todo atado y bien atado con antelación a los acontecimientos. Lo que sea, sonará. Lo que tenga que ocurrir, ocurrirá de todos modos. El hombre ha de cumplir con su deber sin arredrarse por nada. Quizá sea un mensaje cifrado a los suyos para pedirles que pasen a la acción. Que ahora les corresponde a ellos triunfar donde los demás han fracasado. La derrota de los otros no es óbice para el triunfo propio. Por otra parte, para ellos, la Iglesia y el Estado franco, pueden ser fácilmente identificados con las dos bestias, encarnadas en el Papa y el Rey Carlos. “Y hace que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se hagan una marca en la mano derecha o en la frente, y que nadie pueda comprar nada ni vender, sino el que lleve la marca con el nombre de la Bestia o con la cifra de su nombre.” Para ellos, el cristianismo se ha erigido en un sistema de cosas tiránico, no basado ya en la persuasión, sino en la imposición.

Calló y volvió a tomar entre sus manos el papel en cuestión.

-La lista del partido sajón va a ser larga, puesto que ellos están en su casa.

-¿Hay que sospechar de todos los que lleven un apellido germánico?

-Por supuesto que no. Los francos también son germanos. Y, además, muchos germanos han aceptado el nuevo orden de cosas. Por convencimiento o por pragmatismo. Siempre ha habido, y habrá, gente que se arrima, por sistema, al sol que más calienta. Otros, por el contrario, se aferran a sus creencias de tal modo que, para ellos, éstas jamás quedarán desfasadas. Puede que, dentro de muchos siglos, los germanos sigan considerando a los francos como sus peores enemigos. Y a Roma como la ciudad que hay que demoler hasta que no quede piedra sobre piedra. Por su parte, Roma, seguirá sin duda, durante mucho tiempo aún, considerando a los germanos como los bárbaros infieles que es preciso alegar, someter y civilizar, porque nunca lo estarán lo bastante. El

norte y el sur, dos mundos opuestos que no han acabado de enfrentarse.

-Entonces piensas que los sajones van a actuar pronto.

Waldo asintió.

-Van a actuar de inmediato.

-¿Y qué podemos hacer?

-Poca cosa. Si no es abrir bien los ojos. Vigilar.

-¿A Aldo de Passau?

Waldo sonrió con cierta desazón.

-A ése en particular. Pero también a sus víctimas potenciales. Es decir, a los miembros de partido romano, tanto el pagano como el cristiano disidente.

Su rostro se ensombreció.

-Ahora bien, hay que mostrarse extremadamente cauteloso. No solamente porque si alguien llega a sospechar de nosotros, nuestros planes de custodiar la Mesa y de poner fin a esta masacre pueden verse frustrados, sino también porque nuestras vidas se encontrarían en grave peligro. No hay que olvidarlo. Antes que monjes, son soldados.

Ponzoñosos como alacranes, dije entre mí.

-Vamos -determinó Waldo, - mezclémonos entre los hermanos. Los ojos de la sospecha ven más que los de un halcón.

Nos dirigimos hacia la sala capitular donde suponíamos que se encontraría en ese momento el grueso de la comunidad.

Era media tarde pasada y las ráfagas cargadas de nieve no cesaban de engrosar el ya impresionante manto blanco que cubría la abadía y difuminaba sus contornos, eliminando los ángulos, sepultando las partes bajas.

Dentro de la sala, los monjes conversaban todavía con mal disimulada animación. Nuestros ojos recorrían la concurrencia buscando discretamente el rostro de Aldo de Passau, sin éxito. Waldo me susurró al oído:

-No solamente no está él, sino que sus más frecuentes adláteres tampoco se encuentran en la sala.

Tras atender a los saludos de unos y otros, Waldo se fue aproximando a la salida y yo con él. Nos cruzamos con un monje viejo y le preguntó:

-¿No habrás visto a Aldo de Passau? El médico me ha dado una pócima para él.

-Sí, justamente. Acabo de cruzarme con él y otros dos más. Iban en dirección a los establos.

-Muchas gracias, hermano.

El viejo se dio prisa en entrar en la sala capitular, pues el frío era casi insoportable.

-¿Qué pueden buscar en los establos tres monjes en los últimos restos de una tarde de sábado y con este tiempo desaforado?

En efecto, el sol declinaba a ojos vistas y la nieve constituía una cortina como de gasa que turbaba la visión más allá de unos pocos pasos. Incluso las zanjias, que los criados habían abierto con objeto de permitir la circulación a través de la abadía, se estaban rellenando en buena parte con el blanco meteoro, de modo que también iba siendo difícil avanzar por dentro de ellas.

El guarda se me quedó mirando, moviendo la cabeza reprobatoriamente.

-Bernardo, quiero que me aguardes en la sala capitular.

-Pero...

-No hay pero que valga. Dentro de poco me reuniré contigo para contarte lo que he visto.

Fingí aceptar la orden, pero no estaba en absoluto dispuesto a acatarla. Volví sobre mis pasos, porque de otro modo Waldo no parecía dispuesto a moverse del sitio; aunque, a poco, regresé

hasta ese extremo de zanja, desde donde me puse a espiarlo.

El guarda había seguido avanzando y ahora se hallaba hacia la puerta de la panadería, donde había sido hallado el cadáver de Lucio de Colmar.

Antes de torcer a la izquierda, todavía se volvió para lanzar hacia atrás una mirada subrepticia, sin duda para comprobar que había renunciado a seguirle. Hecho lo cual, desapareció.

Aguardé un instante, antes de echar a correr en esa dirección.

Llegado a la esquina de la panadería, me parapeté detrás y, con sumo cuidado, asomé un ojo para estudiar ese nuevo escenario. Tal precaución se reveló enseguida acertada. No porque estuviera allí Waldo para descubrirme, sino porque, desde la molturadora, venía un monje encapuchado. Parecía tener prisa, porque caminaba a grandes zanjadas, pero al mismo tiempo también tomaba grandes precauciones para no hacer ruido. A punto estuve de echar a correr para tratar de ganar la puerta de la panadería, antes que él la esquina, pero no fue necesario, pues comprendí enseguida que se dirigía a la entrada de los talleres.

En efecto, se coló por dicha puerta. Ahora bien, Waldo no podía sino haber hecho lo mismo. Observé las pisadas sobre la nieve, las cuales probaban mi hipótesis. Waldo se encontraba ahí dentro y ese monje encapuchado entraba, a su vez, subrepticamente. Aquello no pintaba nada bien.

Decidí aventurarme yo también.

Avancé hasta la puerta del taller y la empujé con sumo cuidado hasta obtener una leve rendija. A través de ella vi un monje tendido de bruces cuan largo era. Seguí empujando hasta cerciorarme de que no había nadie más en el interior de la dependencia. En efecto, el taller estaba comunicado con la sala de grano y tonelería por donde podía haber pasado el monje que sin duda faltaba. Entonces entré. El interior se hallaba en ese punto de inflexión en que de la penumbra se va a pasar a la oscuridad cerrada. Me acerqué al monje que yacía en el suelo y le toqué el hombro. No se movió. Me puse de rodillas junto a él y, con un gran esfuerzo, le di la vuelta. El corazón se me encogió. Era Waldo. Salí precipitadamente hacia fuera y recogí una gran cantidad de nieve. Con ella hice una bola y se la apliqué a la cara de Waldo. Comencé a restregársela. Afortunadamente, con el frescor, el guarda comenzó a volver en sí. Al abrir los ojos y verme, pareció asustarse un poco.

-Alguien me golpeó por atrás con un objeto contundente, cuando me disponía a entrar a la tonelería. Ayúdame a levantarme.

Con mi colaboración, logró incorporarse hasta quedar sentado. En esa posición, tomó un respiro.

-Has de saber, Bernardo, que ahí dentro se está torturando a un hombre.

-¡Dios mío! ¿Les has visto la cara a los autores de semejante atrocidad?

-No. Pero sospecho quiénes son. Ayúdame otra vez. Hay que salvarle la vida a ese pobre diablo.

Con gran trabajo, se puso de pie. Miró hacia su alrededor y sus ojos le brillaron. Se acercó al muro del fondo y descolgó una gran guadaña que había sido llevada allí sin duda para proceder a su reparación. Parecía en perfecto estado.

Armado de esta guisa, penetró en la sala de grano y yo tras él. Tan sólo se oían unos leves y lejanos gemidos. La oscuridad era total ahora.

En la última estancia se hallaba la fábrica de toneles. Del fondo de ella venían los gemidos. Se trataba de unas quejas desprovistas de esperanza, como las de una rueda de carro accidentado, volcado, consciente de que aún dará unas cuantas vueltas y luego se detendrá para siempre.

Waldo avanzaba aferrando la guadaña con ambas manos, dispuesto a blandirla sobre el menor

bulto que se cruzara en su camino. Yo iba a pocos pasos tras él. Mi oído, finísimo en aquella época, captaba una presencia múltiple en el interior de la sala. Escondidos tras aquellos toneles de gran tamaño, había sin duda algo más que ratas. Pero Waldo estaba decidido a llegar al lugar del que procedían los lamentos.

Un poco antes de llegar a la pared del fondo, tendido entre dos toneles, se dejaba únicamente adivinar un cuerpo yacente.

Nos acercamos a él. Waldo se inclinó y le palpó la cara. Retiró enseguida la mano.

-¡Dios mío! ¿Cómo se puede hacer una cosa así sin ser el primogénito de Satanás?

Se irguió. La hoja de la guadaña despidió un destello al mismo tiempo que sus ojos.

Alguien, situado tras los toneles, dijo con un murmullo tan leve que, más que oírlo, lo adiviné.

-Empuña una guadaña.

Acto seguido se produjo una desbandada. Algo así como un tropel de ratas que huye en la oscuridad. Waldo salió detrás volteando la guadaña como si quisiera segar sombras, pero la hoja no logró hacer carne a pesar del tesón que ponía quien la blandía. Había una puerta allí por la que salieron las estantiguas delante de la cocina para perderse en la noche.

Regresamos junto al moribundo.

-¿Quién es? -inquirí.-

-No alcanzo a verle bien.

Recordé que en el bolsillo conservaba todavía un cabo de vela, el eslabón, el pedernal y la yesca, con que había entrado por primera vez en el pasadizo subterráneo. Encendí pues el cirio y se lo pasé a Waldo.

-¡Ticiano de Ivrea! -exclamó. – ¿Quién te ha hecho esto?

-Ha...Sido...

No pudo decir más. Se ahogó con su propia sangre. Waldo le tomó el pulso como pudo.

-Lo han desollado vivo -concluyó. – Pueda ahora descansar en paz.

-¿Está muerto?

-Sí. Nada podemos hacer ya por él.

Se puso en pie, pero no se movió del sitio.

-Tenemos que avisar de lo ocurrido -sugerí.

Waldo seguía absorto en sus pensamientos.

-¿Sabes? -reaccionó al fin.- Ticiano de Ivrea, además de traductor de las obras atribuidas a Apolonio de Tyana, oficiosamente era considerado como un gran especialista en ciencias ocultas. Mucho me temo que esta vez no sólo han elegido a alguien susceptible de conocer la entrada al pasadizo secreto, sino a alguien igualmente susceptible de conocer el uso correcto de la Mesa. Si un tal poder llegara a caer entre las manos de semejantes individuos, la humanidad estaba perdida.

Me volví a ver, bajo la escasa luz que despedía la vela, lo que le habían hecho a Ticiano de Ivrea y comprendí, en toda su extensión, la terrible verdad que acababa de enunciar Waldo.

-¿Qué podemos hacer? -inquirí. –

-Ir a la iglesia. Por el momento, no veo qué otra cosa podemos hacer.

-¿A rezar?

-No, Bernardo. Aún no. Todos los monjes de esta santa casa saben que el pasadizo comunica la biblioteca con la iglesia, porque es en ella donde emerge Eberardo, tras haber cerrado aquella por dentro. Así que, si le han arrancado ese secreto a Ticiano de Ivrea, allí se dirigen sin dilación. Están tan cerca de su objetivo, después de tantos años de espera, que no habrán querido dilapidar la más mínima fracción de tiempo.

## CAPÍTULO V. ARMAGEDÓN.

Sin dejar de aferrar la guadaña fuertemente con ambas manos, salió de la tonelería. Afuera, la nieve había borrado ya las huellas de los huidos. De todos modos, la cortina de nácar blando que seguía cayendo apagó enseguida la vela. Volví a ponerla en el bolsillo. La imagen que ofrecía Waldo con la guadaña, en ese paisaje de Apocalipsis, era escalofriante.

-Si alguien te ve, armado con eso, le va a dar algo.

Waldo ni se volvió a mirarme.

-Hay un tiempo para todo, dice el Eclesiastés. Hay un tiempo para la paz y otro para la guerra. Hay un tiempo para morir y otro para matar.

No volví a abrir la boca hasta que no estuvimos dentro de la iglesia.

-Además -prosiguió él, - a estas horas y de sábado por añadidura, nadie circula por estas calles apartadas.

De hecho, no teníamos más que pasar por delante de la bodega, torcer a la derecha y ya estábamos ante la entrada sur de la iglesia.

La nave, como de costumbre, se hallaba mal iluminada por unas pocas candelas. En su interior sólo había media docena de monjes ancianos, todos ellos rezando con mucho fervor y los ojos cerrados. Mejor para la paz de sus almas, dije para mí, porque si los hubieran tenido abiertos, la imagen que hubiera impactado sus retinas no les habría dejado dormir durante semanas.

-Ven por aquí -le sugerí a Waldo. -

Y éste, instintivamente, obedeció. Subimos así a la parte del triforio donde yo sabía que se hallaba la entrada. Una vez allí, no pude evitar que se pusiera a revisar otras zonas. Al cabo, desalentado, exclamó:

-Ya están dentro. Si conocen el secreto, todo está perdido.

Un gran dilema moral se estaba planteando en mi fuero interno. Un problema de una dimensión infinita, ingente.

-¿No podríamos avisar a Hakón, o a Adalung?

Waldo negó con la cabeza.

-Demasiado tarde -sentenció al fin. - Mientras quieran reaccionar y llevar a cabo algo, todo estará consumado. Los que están ahí dentro, no tienen más que llegar ante la Mesa, aplicar los nuevos conocimientos que sin duda poseen y pronunciar convenientemente el nombre inefable de Dios, para ser invencibles. ¿Cómo diablos se entrará ahí dentro?

-Yo lo sé.

Las dos córneas de Waldo brillaron en la oscuridad.

-¿Qué has dicho, muchacho?

-Que yo sé cómo entrar y llegar hasta la Mesa.

-¿Te lo dijo Ramiro?

-Yo mismo lo averigüé y entré.

Waldo se quedó mudo. Pero no había tiempo para pasmos ni preguntas.

-¿A qué estamos esperando? ¡Vamos allá!

Ni corto ni perezoso, eché a andar. Ya estaba dicho. Era la parte más difícil. No había nada más que reflexionar. Lo que procedía era cerrar las compuertas del cerebro y actuar. Llegué pues ante

la sepultura de marras. Que por cierto no era una. Le torcí el cuello al león y, ante el estupor de Waldo, la lápida comenzó a correr.

Nos colamos dentro y le di de inmediato a la palanca para cerrar la abertura. Encendí rápidamente la vela.

-Por aquí.

Bajamos hasta situarnos por debajo del nivel del suelo. Llegados al pasillo, nos aventuramos por él sin tomar más precauciones. Yo iba esta vez delante, iluminando con la vela, y Waldo detrás, empuñando la guadaña.

Ante la esquina donde daba comienzo el corredor que conducía a la sala de la Mesa, me detuve.

-Está ahí, muy cerca.

Con un signo de la mano, me indicó que, a partir de ese momento, él iría delante. La hoja de la guadaña brillaba como un rayo congelado. Avanzábamos procurando que las sandalias apoyaran de plano sobre el empedrado, sin rozar ni hacer el menor ruido. Cada vez que estábamos a punto de alcanzar una escotadura, Waldo la inspeccionaba previamente, antes de pasar adelante. Al principio no se oía el menor ruido. Pero hacia la mitad del pasillo, la Mesa comenzó a susurrar algo así como un esbozo de discurso vagamente humano, todavía ininteligible. El halo que provenía de ella, a su vez, incrementaba progresivamente su potencia a medida que nos acercábamos.

-Apaga la vela -musitó Waldo. –

Si los intrusos se hallaban dentro, indudablemente se habían apercebido de nuestra presencia, pues el silencio que guardaban no podía sino ser deliberado.

Faltaban unos diez pasos para alcanzar la entrada de la sala, que refulgía levemente con el resplandor de la Mesa, y una sola escotadura por inspeccionar.

Waldo se acercó a esta última con mayor precaución, si cabe, que en el caso de las otras. Pegado al muro, fue ganando, poco a poco, con la mirada, el espacio del interior. De repente se quedó paralizado, absolutamente inmóvil. Así, dejó transcurrir un tiempo que acabó pareciéndome anormal. Me acerqué a él. Ya le iba a tirar del hábito cuando volvió hacia mí un rostro blanco como la cal. Con la mano me hizo un signo para que no me moviera. Se agachó y musitó unas palabras fantasmales en mi oído.

-Ahí dentro hay un monje.

Sin atreverme a hablar, ayudándome sólo de la cabeza, hice un signo de interrogación. El guarda lo entendió muy bien, de modo que se volvió hacia la escotadura, dio unos pasos hacia adelante y entró francamente.

Sentado en el banco que cada uno de esos rincones contenía, difuminados los contornos en la oscuridad, se hallaba un monje con la capucha calada y las manos insertadas en la manga opuesta, tal como nos había enseñado Hakón. No se movió ni un ápice. Su inmovilidad era perfecta.

Waldo permaneció un momento delante de él, alerta, por ver si reaccionaba de alguna manera.

Al comprobar que no lo hacía, le tocó el hombro. No hubo respuesta.

Lo agarró suavemente del hábito, comenzando a inclinarlo hacia un lado. A poco, cedió por su propio peso y cayó en esa dirección.

La Mesa, como si hubiera comprendido que necesitábamos un poco más de luz, incrementó la intensidad de su resplandor. Waldo retiró la capucha de la cabeza del monje.

-¡Aldo de Passau!

Desde la sala de la Mesa emergió un rugido como de fiera gigante, que nos obligó a darnos la vuelta.

-Vamos a ver qué hay ahí dentro -sugirió. –

Sin abandonar la precaución y precedidos por la guadaña, nos acercamos a la puerta. La Mesa, como la otra vez que entré en la sala, se puso a exhalar una multitud de voces al mismo tiempo. Ya lo dije antes, en referencia a aquella ocasión primera, era como si el propio océano hablara.

Waldo entró y la vio. Se quedó fascinado, mudo de pavor. Yo, que ya la había visto antes, me hallé menos impresionado por ella. Por esta razón, nada más acceder a la estancia, me interesé más por el entorno. El espectáculo era dantesco.

Agarré la manga del hábito de Waldo y tiré de ella. Pero éste no reaccionó. Tiré con más fuerza y me miró como ausente.

Le señalé con la mano la escena que tenía a su izquierda.

-¡Dios Santo!

En el suelo había tres monjes. Los tres tumbados boca arriba. También figuraba el cadáver de un gallo negro, degollado. Y junto a él un cuenco repleto de sangre. A los pies de los monjes se podían ver unos círculos rojos, trazados sin duda con la sangre del gallo negro.

Waldo se puso a observar todo aquello.

-No es eso -farfullaba. – Los círculos mágicos puede que protejan contra los espíritus comunes, pero no contra el Todopoderoso e infinito Espíritu de Dios. Ticiano se burló de vosotros. Se vengó de vosotros... Yo hubiera hecho lo mismo. ¡Que Dios me perdone!

Entonces fui yo quien se quedó absorto ante la superficie líquida de la Mesa. Había visto en ella aparecer a mi padre, montado en un blanco corcel de guerra, cabalgando a la cabeza de un ejército para arremeter contra otro que buscaba el encontronazo con idéntica determinación. El fragor de la batalla había inundado la sala y no oía lo que Waldo trataba de decirme. Al cabo, me agarró del brazo y me sacó de allí.

-¿No oyes que tocan a vísperas? Eberardo pasará por aquí de un momento a otro. No debe descubrirnos en el Sancta Sanctorum. Vamos, hay que salir de inmediato.

Eché la guadaña al suelo y salimos corriendo.

Al ganar las escaleras que permiten el acceso a la iglesia, tras subir el primer escalón, me pareció oír un roce o un leve ruido detrás. Lancé una furtiva mirada y vi, en efecto, que Eberardo avanzaba, con una candela en la mano, a grandes zancadas, como era habitual en él.

-Eberardo. Ya viene.

-¡Corramos! ¡Salgamos rápido de aquí!

No sólo teníamos que llegar con suficiente antelación para que no nos viera, sino que, además, precisábamos darle tiempo a la lápida para que se cerrara por completo. De lo contrario, Eberardo sabría que alguien le había precedido.

Tampoco podíamos correr de tal modo que hiciéramos demasiado ruido.

Llegados a lo alto, nos faltaba el aliento a los dos y los latidos de mi corazón me parecían perfectamente audibles. En todo caso, me golpeaban el pecho como los palotes de un tambor. Accioné la palanca sin siquiera tomar la precaución de otear por la mirilla para ver si el exterior estaba despejado. Me pareció que el mecanismo empleaba una eternidad para abrirse. La luz amarillenta de la candela usada por Eberardo comenzó a lucir en la caja de la escalera.

Todavía no se hallaba la lápida a mitad de su recorrido, me colé por la abertura y salí. Waldo me imitó. Giré la cabeza del león en el momento justo en que la piedra acababa de llegar al final de su recorrido, con lo que comenzó de nuevo a cerrarse.

Sin esperar más, bajamos a reunirnos con los otros.

Mi maestro, al verme, me lanzó una mirada ceñuda, pero no hizo ningún comentario.

Waldo fue a ocupar su lugar en el coro.

Recorrí con la mirada el entorno. La comunidad ignoraba todavía la nueva cascada de muertes

que se había abatido sobre ella. Se mostraba alterada, desde luego, aunque todo hacía pensar que era por lo anterior a los sucesos de esta tarde, que no era poco. No osaba imaginar en qué estado se encontraría cuando esto último saliera a la luz.

Apenas sentado Waldo, entró Eberardo en nuestro campo de visión. Su rostro no dejaba traslucir emoción alguna, sus ojos no buscaron en particular los de nadie; simplemente llegó a su sitial, se recogió el manto y tomó asiento, no sin cierta solemnidad.

No lo miré más, porque insistir en esa observación me parecía ya un acto de auto delación. Waldo debió pensar lo mismo, puesto que su mirada estaba dirigida hacia el lugar en que debían hallarse sus sandalias.

Entró el abad y dio comienzo el oficio, a pesar de los numerosos bancos vacíos, los cuales atraían como imanes las miradas de los presentes.

Podía ocurrir, si bien de manera muy excepcional, que un hermano se retrasara a un oficio. Entonces debía tumbarse boca abajo, en el suelo, como penitencia, hasta que un superior daba unos cuantos golpes en una banqueta para indicarle que la expiación había concluido y ya podía ocupar su asiento en el coro. Sin embargo, en esa ocasión, eran cinco los asientos vacíos, además de los tres que habían dejado vacantes los difuntos conocidos.

El tiempo pasaba y nadie venía a ocupar esas plazas desesperadamente disponibles.

Adalung acabó por levantarse y susurrar unas palabras al oído del abad. Éste frunció el ceño, pero no vi que respondiera.

Miré a Eberardo, quien continuaba impassible, concentrado únicamente en la correcta ejecución del canto. Ahora bien, él debía saberlo. Acababa de pasar por delante de la masacre. Al menos el cadáver de Aldo, que estaba fuera de la sala, debía haberlo visto. O quizá no, si la Mesa había moderado su luminosidad. En todo caso, esa campana sonaría sin más tardar. Si no esa noche, mañana a primera hora. La conmoción será fenomenal, de órdago, pensé. Sus consecuencias, difíciles de predecir porque, según la expresión de Waldo, la mayor parte de ellos son soldados, antes que monjes.

Mientras trataba de conciliar un sueño imposible, me pregunté si todos los que habían participado en el horrible asesinato de Ticiano de Ivrea habrían perecido después en la expedición al subterráneo. Tal vez alguno de ellos, por una razón u otra, hubiera decidido no entrar. O bien, antes de hacerlo, acaso hayan comunicado con otros. Si era así, el partido sajón estaría al corriente de nuestra intromisión. No se podía descartar que nos atribuyeran el fracaso de la operación, en el sentido de que nuestro precoz descubrimiento del cuerpo, todavía vivo, de Ticiano, quizá les hubiera obligado a actuar con demasiada precipitación, o así lo juzguen ellos. Por otra parte, si Ticiano estaba aún vivo, ¿qué pensaban ellos que podía habernos dicho? Lo habían torturado a muerte, ¿qué cosas podían haber salido a relucir, de una parte y de otra, durante el atroz tormento? Tuve la impresión de que, tanto Waldo como yo, nos habíamos implicado de lleno en los terribles acontecimientos que se estaban desarrollando en la abadía. Era preciso andarse con pies de plomo.

Por otra parte, resultaba curioso que Aldo de Passau no estuviera con los otros, en la sala. Pensé que tal vez fuera un príncipe sajón, de sangre real, y los demás hubieran pretendido protegerle durante ese primer experimento. En cualquier caso, los efectos del fracaso llegaron hasta él, fulminándolo, al igual que al resto de los improvisados oficiantes.

A pesar de todos estos desvelos, mi cuerpo acabó cediendo al sueño. La juventud tiene sus privilegios y uno de ellos es el de jamás tener que atravesar una noche enteramente blanca.

Como era de esperar, la función comenzó desde primera hora de la mañana, cuando nos dirigíamos hacia la iglesia para el oficio de laudes, todavía hallándose todo el mundo de Dios

envuelto en tinieblas, vimos cruzarse en nuestro camino, tras la inalterable cortina de copos de nieve, al bodeguero, acompañado de otros dos frailes, con las manos echadas a la cabeza. Penetraron en el templo dando gritos.

-¡Cuatro muertos! ¡Esta vez son cuatro de un solo golpe! ¡La abadía está maldita! ¡Habría que exorcizarla!

El abad todavía no había llegado, así que se armó un revuelo espantoso. Numerosas voces se alzaron con una misma pregunta.

-¿Dónde están?

-En la bodega.

Con toda evidencia, Eberardo y algunos de sus colaboradores habían sacado los cadáveres durante la noche y los habían puesto allí. Los monjes que ya se habían instalado en el coro salieron en tropel en la dirección indicada. Hakón nos ordenó que permaneciéramos sentados en los bancos de la iglesia y, para asegurarse de nuestra obediencia, se quedó con nosotros.

En eso entró el abad, acompañado de dos hermanos que lo servían. El anciano tomó asiento en su sitial y aguardó, hético, erguido, sin decir palabra. No cabía duda de que ya había sido puesto al corriente.

Poco a poco, la comunidad iba regresando al templo. A medida que trasponían el umbral y veían que el abad estaba presente, se acallaban los rumores.

Se hizo un silencio pesado, de mal agüero. Yo sabía que aún les quedaba por descubrir lo peor.

Con un gesto de la cabeza, el abad ordenó que diera comienzo el oficio.

El oficiante pronunció la invocación: “Dios mío, ven en mi auxilio”. Y cuando la entera comunidad estaba tomando aliento para exclamar la respuesta: “Señor, date prisa en socorrerme”, media docena de criados irrumpió súbitamente en el templo produciendo, con unos gestos tan desmedidos y tan fuera de sazón que casi daban ganas de reír a no ser porque conocía la causa que los provocaba, una alharaca como la apoteosis bufa de un carnaval.

El abad, quien visiblemente no había sido puesto al corriente de la posibilidad de este nuevo incidente, se puso en pie y, extendiendo los brazos todo lo que pudo, sosteniendo en una mano el cayado, prorrumpió en una nueva exhortación:

-¡Oh Dios Todopoderoso, ten piedad de nosotros!

Los monjes descendieron del coro y fueron a rodear a los aterrorizados sirvientes. Éstos hablaban atropelladamente. Sus frases no tenían ni pies ni cabeza. Se expresaban, naturalmente, en alemán, lo que aumentaba para muchos la dificultad de entenderles. Yo sí capté varias veces la expresión: “desollado como un conejo.” La cifra estaba ya completa. Ya teníamos los cinco cadáveres del día más mortífero que había conocido la abadía. Al menos que yo supiera.

En aquella ocasión, se juntaron laudes y prima. Concluido el largo oficio, el abad abandonó el templo y los monjes empezaron a formar conciliábulos, cuchicheando animadamente en ellos.

Comencé a escuchar los nombres de los difuntos que no conocía. Esa noche, además de Ticiano de Ivrea y Aldo de Passau, habían hallado la muerte Óscar de Ulm, Adalberto de Bremen y Alfredo de Maguncia. Todos ellos hombres válidos, en la fuerza de la edad. Algunos, como Aldo y Alfredo, francamente jóvenes. La voráGINE desatada en el monasterio se los había llevado a todos hacia el mundo en que se extinguen definitivamente todas las pasiones y el hombre quizá encuentre la felicidad que merece, la cual no puede hallarse sino en la paz, esa ceniza fría del rescoldo que fue una persona.

Como era ya habitual, de la iglesia nos fuimos al dormitorio, donde se hallaban ya los cadáveres lavados y vestidos para ser enterrados esa misma tarde, con objeto de rezar por sus almas y entonar salmos en su honor. Mientras tanto, pensaba yo que, en una misma sábana, por

decirlo de alguna manera, enviábamos al otro mundo juntos, víctima y asesinos, torturado y torturadores. Eso todo el mundo lo sabía, pero nadie osaba admitirlo expresamente. Los cinco recibieron el mismo rito funeral, porque fue un rito colectivo. Aquello daba qué pensar, tenía su significado profundo. En esta mundanal existencia, parece que todos tenemos un papel asignado al que no podemos renunciar, por terrible que sea, ya que una fuerza indomable, sobrehumana, nos empuja a ello con una saña y un poder que no está en nuestra mano obviar. Ahora bien, terminada la representación, los actores se quitan la máscara que los ligaba a un personaje y desaparece la culpa que les correspondía en la obra. La muerte lava las vidas individuales y, a partir de ese momento, las almas de todos son igualmente puras.

Por fortuna, el sepulturero, en previsión de los achaques y los gajes que suele traer el invierno a los pensionados de mayor edad, tenía la costumbre de abrir, durante el verano, varias fosas. Porque si hubiera tenido que cavar cinco de golpe, con lo dura que estaba la tierra a causa de la fuerte helada, el trabajo al que habría sometido a los siervos hubiera sido comparable al de horadar sobre la roca pura.

Los cinco fueron pues entregados a la tierra durante la misma ceremonia, dado que, tras haber bebido todos de la muerte, se habían convertido, por ese mismo hecho, en venerables. La Iglesia cerraba así página sobre lo que habían sido en este mundo. Dios reconocerá a los suyos, en caso de que haya que establecer alguna diferencia entre ellos. Ahora bien, sí que es verdad que a Ticiano de Ivrea lo enterraron a considerable distancia de los otros cuatro.

Del cementerio pasamos al refectorio, sin transición. La alimentación, por cierto, contenía cada día que pasaba, mayor cantidad de grasa, pues el frío iba de nuevo en incremento constante. Por esa misma razón se nos acordaba igualmente, como ya había sucedido en la anterior ola de frío, una ración de cerveza o de sidra. Y a los frailes adultos de vino.

Por las troneras del refectorio veíamos que la nieve caía como si la echaran con palas.

Ignoro cómo estarían los ánimos en el refectorio de los monjes; en el de los novicios, paradójicamente, todo estaba en calma. Se ve que hay un umbral de la emoción, superado el cual, se entra en ataraxia. Los jóvenes parecían cansados de tanta conmoción y muchos de ellos, apenas concluida la pitanza, se quedaron dormidos, sobre el propio banco del comedor, y hubo que despertarlos para que se fueran a hacer la siesta donde se suponía que debían hacerla.

Yo, en cambio, tenía mucho que hablar con Waldo. Así que me dirigí hacia su casa.

Al pasar por delante del gallinero, decidí entrar por ver si se encontraba allí. No fue así. Los animales, con el tiempo que hacía fuera, no habían osado salir y se habían refugiado todos allí dentro, sentados sobre la paja, en un silencio sobrecogedor.

Me dirigí a la puerta de la casa y llamé con los nudillos. No hubo respuesta.

Durante el día, Waldo no cerraba jamás. Empujé el batiente y lo llamé. El resultado fue el mismo.

Me pregunté si no estaría en el palomar. Las palomas deben volar todos los días, aunque caigan chuzos de punta. Sin embargo, en el palomar tampoco había nadie. Desconcertado, aguardé todavía un poco. Desde aquella atalaya, normalmente se divisaba un paisaje inmenso. Aquel día, nada. Tan sólo una blancura movediza, a partir de unos diez o doce pasos. El temporal de nieve había borrado todo rastro del cielo y de la tierra. En verdad, no hacía día ni siquiera para las palomas. Mejor que permanecieran tranquilas en sus aposentos.

Pronto me aburrí de estar allí, sin ningún detalle que distrajera mis ojos. Además, el frío se estaba haciendo insoportable. Decidí regresar a la casa de Waldo y esperarle allí.

Entré de nuevo y volví a llamarle. Tampoco esta vez obtuve respuesta. No obstante, me pareció oír en el piso superior un leve ruido, como un roce. Como venía de fuera, al principio no veía

nada. Aunque mis ojos no tardaron en adaptarse, comenzando a ofrecerme un panorama que ya me iba siendo familiar. No había muchas sillas en esa parte de la casa, así que me senté sobre un arcón.

De nuevo escuché algo, en esa ocasión me pareció que había sido un paso provocando el crujido de una viga. ¿Sería posible que no me hubiera escuchado? Llamé otra vez. ¿Estaría enfermo?

Comencé a subir la escalera. El rechinar de los peldaños me impedía escuchar otra cosa, pero hubiera jurado que otros ruidos se mezclaban con él. El techo de la primera planta era altísimo, de modo que, en varias ocasiones, estuve a punto de renunciar a subir sin la autorización de Waldo.

La pieza superior estaba algo mejor iluminada, pues había en ella una tronera por la cual se colaba algo de luz. Conocía la estancia. En ella se hallaba la mesa, en cuyo cajón guardaba la lista que debíamos completar progresivamente con los nombres de los integrantes de los diversos partidos.

Junto a la mesa se encontraban unas cuantas sillas. Otras reposaban contra los muros. Podían verse varios armarios, arcones de madera taraceada. Sobre uno de ellos me senté un momento, tratando de decidir qué debía hacer. Al fondo divisé el jergón. También contenía esa pieza estanterías de libros y otras en cuyos anaqueles podían verse diversas piezas de vajilla.

Conforme pasaba el tiempo, mis ojos me ofrecían más detalles de la habitación. Otro roce, que parecía de sandalia provino de mi izquierda. Sobresaltado, miré en esa dirección, pero a ese rincón no llegaba el levísimo resplandor de la aspillera.

Sólo en ese momento me vino la idea de que el partido sajón hubiera decidido castigar nuestra intromisión en la persona de Waldo. Instintivamente miré la escalera. Ya estaba decidido a colgarme las piernas al cuello y lanzarme a través de ella como una exhalación, cuando un nuevo sonido se produjo en la zona del jergón.

Distinguí un bulto sobre él. Era sin duda Waldo que estaba realmente enfermo. Corrí hacia él, pero no bien hube dado unos cuantos pasos cuando una mano enorme me tapó la boca, aferrándose al mismo tiempo contra un cuerpo de gigante.

De repente, desde detrás de diversos muebles, surgieron tres monjes más. Llevaban la cara descubierta. Los reconocí a todos. También al que me estaba tapando la boca y casi ahogando con una fuerza bestial, era el cillero, Rurik de Erfurt.

-A éste habrá que matarlo también -sentenció Ricardo de Brema. -

-Por supuesto -repuso Rurik. - Nos está viendo la cara a todos.

Este último exhibía nuestra preciosa lista en la mano.

-¿Y darán crédito a un muchacho tan joven? -objetó Fernando de Colonia.

-No podemos correr ese riesgo -zanjó Rurik, perentoriamente, la cuestión.

Y dirigiéndose a Enrique de Munster le dijo:

-Trae la soga. Le vamos a dar la misma medicina que a su amigo Waldo.

Entonces pude ver bien a Waldo, con una soga alrededor del cuello. En este caso, no con la intención de torturarlo, sino muy probablemente de matarlo sin mayor dilación.

El aludido agarró del cabello, sin miramientos, al guarda para levantarle la cabeza y quitarle la soga. Con ésta en la mano, avanzó hacia mí sonriendo y balanceando el lazo como si fuera un péndulo. En ese momento se produjo en mi fuero interno una fulguración que me indicó lo que debía hacer.

Con todas mis fuerzas, di una dentellada al dedo índice de Rurik. Éste lanzó un aullido y me soltó un instante, lo bastante como para que me deslizara entre sus piernas para emerger por su

espalda. Sus manazas me buscaron, pero no me encontraron. Yo ya estaba lanzado como una flecha hacia la tronera.

A mi izquierda vi cómo Fernando y Ricardo trataban de cortarme el camino. Las fuertes pisadas que oía tras de mí eran las de Enrique de Munster.

Sin pensarlo dos veces, me precipité de cabeza por la tronera. Ningún cuerpo de monje pasaría a través de ella, pero el mío lo hizo fácilmente, sin rozar siquiera los bordes. Uno de ellos alcanzó a tocarme el talón, pero no logró hacer presa en él.

Los cuatro delincuentes seguro que ni siquiera habían pensado que abajo me aguardaba una capa de un metro y medio de algodón, pues uno de ellos gritó:

-¡Se va a romper la crisma!

Pero otro replicó:

-¡La nieve, imbécil!

Y otro:

-¡Hay que atraparlo, antes que consiga avisar a los demás!

Yo, mientras tanto, me hallaba plegando las rodillas y extendiendo las manos delante de mí para protegerme la cara. En el momento del impacto, ésta se hundió en la nieve y la alcé helada, pero intacta.

Casi de inmediato, arranqué a correr.

Esa zona la conocía como la palma de mi mano. Pronto encontré la zanja y me abalancé en su interior. Detrás notaba, cada vez más cerca, las pisadas y hasta el aliento de mis perseguidores.

Uno de ellos debió tomar un atajo a través de la nieve, de modo que se dejó caer a unos diez pasos delante de mí. Ahora bien, en esa parte, la nieve estaba muy alta y, al tomar tierra, se resbaló y perdió el equilibrio, cayendo al suelo, lo que me dio la oportunidad de saltar por encima de él y seguir avanzando. Más aún, los que venían detrás no lo habían visto, al parecer, y tropezaron con su cuerpo, cayendo a su vez al suelo.

Cuando faltaban unos cincuenta pasos para llegar a la puerta de la casa de los novicios, sentí que me iban a alcanzar, por lo que comencé a gritar:

-¡Enrique y Ricardo y Fernando y Rurik, han matado a Waldo!

Sin dejar de correr todo cuanto mis piernas de nueve años me permitían, repetí numerosas veces la acusación. Detrás de mí escuché varios nombres blasfemos.

Ante la misma puerta, alguien se lanzó tratando de atrapar mis pies. Por muy poco no lo consigue. De nuevo, sentí el roce de sus manos sobre mis talones.

Al entrar en el vestíbulo, Hakón y otros dos monjes, bajaban ya la escalera.

-¿Qué dices muchacho?

Sólo entonces mis perseguidores renunciaron a su presa.

-¡Lo han matado, en su casa! -insistí. -

Muchos novicios y algunos criados estaban descendiendo ya por la escalera.

Hakón se dirigió a los dos monjes que le habían seguido:

-Vosotros dos, venid conmigo.

Luego le encomendó a uno de los novicios de más edad que fuera en busca de Suenón, el médico, para que se personara de inmediato en la casa del guarda.

Y ya, sin más, el toro Hakón se lanzó a la persecución de los escapados.

Yo me fui tras él, aunque a cierta distancia.

Llegado a la casa de Waldo, pude ver que Hakón estaba a punto de alcanzar la puerta de la muralla, la cual se hallaba abierta. Comprendí que los fugitivos habían abandonado el monasterio por allí, empleando sin duda las llaves de Waldo.

Ya en el umbral, Hakón se volvió y como viera que algunos monjes y criados me habían seguido, gritó:

-¡Que traigan los mejores caballos!

Tres o cuatro criados salieron a todo correr hacia las caballerizas.

El sol ya se había hundido tras el horizonte y tan sólo el fulgor de la nieve permitía todavía una cierta visión. Había dejado de nevar, aunque el frío era cortante, glacial. Miré al cielo. Sólo la porción situada encima del monasterio se hallaba despejada, permitiendo que allí brillaran unas cuantas estrellas. Sin embargo, desde los cuatro rincones del cielo, acechaban negros nubarrones. La tormenta no había terminado, ni mucho menos.

De la zanja emergió Suenón, acompañado del novicio. El médico llevaba sobre el hombro izquierdo dos sacos de cuero, colgados como sendas alforjas sobre una acémila.

-¿Dónde está Waldo?

Por toda respuesta, eché a andar hacia el interior de la casa.

Llegado ante el lecho donde yacía el macerado cuerpo del guarda, Suenón le tomó el pulso. Estuvo un rato sin decir palabra.

Al final declaró:

-¡Vive!

Acto seguido ordenó a los criados:

-Quitadle la casulla.

Abrió uno de los sacos y extrajo una redoma que contenía un unguento. Se lo esparció por el pecho mediante un masaje suave.

A poco, Waldo comenzó a reaccionar. Primero respirando visiblemente, luego moviendo la cabeza de un lado a otro y gimiendo. Finalmente, sus ojos se abrieron y quiso incorporarse. El doctor se lo impidió con la mano. Extrajo otra redoma con un nuevo unguento, que le aplicó al cuello. Por último, le dio a beber un líquido transparente.

Cuando el guarda se dio cuenta de que me encontraba allí, sonrió.

-¡Bernardo! ¿Estás bien?

-Perfectamente -repuse. —

-Te oí entrar, ¿sabes? Luego apretaron el nudo y perdí el conocimiento. Temí que te hubieran matado.

Sonreí.

-A punto estuvieron de conseguirlo. Pero habían olvidado que por todas partes hay más de metro y medio de mullida nieve.

Waldo sonrió a su vez.

-Supongo que tu llegada les distrajo del cometido de muerte que estaban llevando a cabo conmigo y lo dejaron antes de tiempo, sin comprobar que no habían llegado a consumarlo. Me salvaste la vida, muchacho.

-Y me alegro mucho de haberlo hecho.

Waldo permaneció un momento con los ojos cerrados.

-¿Y dónde están ahora esos asesinos?

-Huidos. Han escapado de la abadía. Hakón ha pedido caballos para salir en su persecución.

-Los caballos no podrán maniobrar bien por la nieve. Y menos por donde ellos se habrán dirigido. Mañana, con las primeras luces, debes despachar un mensaje al obispo y a los monasterios circundantes, con objeto de que envíen patrullas en su busca. No irán muy lejos.

Suenón intervino:

-Ahora, Waldo, te llevaremos a la enfermería. Donde pasarás varios días.

Hizo un gesto a los criados para que cargaran con el armatoste que sostenía el jergón y se lo llevaron.

En el mismo instante en que salíamos de la casa de Waldo, Hakón y los tres monjes que le habían acompañado en la breve expedición regresaban a la abadía.

-Los caballos no avanzan bien y ya casi no se ve nada. Mañana, a primera hora, saldremos en su busca.

Yo le dije:

-Maestro. Waldo me ha aconsejado que envíe mensajes con las palomas.

-Perfecto. También eso lo haremos.

Apenas había puesto pie a tierra, cuando se escuchó un murmullo de voces airadas. Varios monjes comenzaron a emerger de la zanja. Discutían a gritos entre ellos y alzaban las manos al cielo, como invocando a la divinidad.

-¿Qué sucede? -preguntó Hakón a los primeros. -

-Rurik está todavía en la abadía.

-¿Qué? ¡Traédmelo de inmediato!

-¡Ya viene!

Decir esto y aparecer el cillero ante nosotros fue todo uno. Lo traían arrastrando varios monjes. Otros increpaban a éstos. Reinaba una confusión indescriptible.

La emoción que sentí al ver al hombre que poco antes había pretendido matarme fue como recibir en el pecho un golpe de la parte plana de una pala.

Rurik de Erfurt, al ver a Hakón, sujetando todavía de las riendas al caballo, exclamó:

-¡Soy inocente de lo que me acusan! ¡No he matado a nadie! ¡He estado toda la tarde en la oficina de la administración!

-¡Miente! -me oí gritar. -

El rostro de Rurik se llenó de cólera.

-¿Vais a creer antes a un niño que a un monje confirmado, que lleva más de treinta años sirviendo en este monasterio?

A lo que repliqué:

-Examinad su mano derecha. Si tiene una herida reciente en el dedo índice de esa mano, es que ha estado aquí tratando de asesinar a Waldo y, de paso, a mí también. Se la he hecho yo mismo, con mis propios dientes.

Los monjes que lo custodiaban le arremangaron el brazo derecho, comprobando que, en efecto, tenía una herida tan tierna que sangraba todavía. La mostraron a Hakón.

-¡Que lo encierren en la mazmorra! -ordenó éste. -

-¡Endemoniado! -gritó el cillero, mientras se lo llevaban. - ¡Maldita rata endemoniada!

Al día siguiente, después de laudes, Hakón en persona me acompañó al palomar, con los mensajes que traía previamente redactados. Le indiqué el lugar de destino de cada uno de los palomos y, entre los dos, atamos los papelitos a las patas que convenían y fuimos soltando las aves.

Cuando el sol estaba en lo alto, seis jinetes de la guardia del obispo entraron en el recinto de la abadía. Atravesados sobre dos caballos, traían dos cuerpos maniatados, ambos revestidos con sendos hábitos negros benedictinos.

Sin ningún miramiento, uno de los soldados puso pie a tierra y derribó los dos cuerpos al suelo.

No consideraron oportuno añadir ni una sola palabra al gesto. Un momento más tarde, estaban ya cabalgando hacia la salida.

Hakón les quitó la capucha. Eran Ricardo de Brema y Fernando de Colonia. Enrique de Munster

se hallaba todavía en libertad.

Ese día era el 23 de diciembre del año 797. Para la mañana siguiente estaba previsto que la abadía acogiera a dos huéspedes de marca: el Rey y el Papa.

## TERCERA PARTE

## CAPÍTULO I. EL PAPA Y EL REY SE SIENTAN A LA MESA DEL MONASTERIO.

Teniendo en cuenta el estado de los caminos, el abad albergaba dudas respecto a la llegada de sus ilustres invitados. La ya impresionante capa de nieve que cubría la tierra, durante la noche se había ido incrementando sin pausa alguna. Nevaba a maitines y seguía nevando a laudes.

Al concluir prima, mandó que varios criados subieran a las torres de la iglesia y otearan el horizonte.

La comunidad procuró hacer de tripas corazón tratando de encauzar su ansiedad y congoja en un intento de recuperación de vida cotidiana regular. Con la notable excepción de que una comisión se tuvo que reunir en la sala capitular para designar nuevo cillero, cargo que recayó en la persona de Renato de Ferrara y nuevo intendente, en sustitución de Óscar de Ulm, nombramiento que recayó en Luis de Cahors. Y seguidamente se constituyó una nueva comisión, distinta de la primera, cuyo objeto era interrogar a los prisioneros. Esta segunda se reunió a puerta cerrada.

Dado que Hakón debía integrar esta última comisión, los novicios más crecidos se encargaron del funcionamiento normal de la escuela. Nos pusieron tareas a los más jóvenes y dirigieron el trabajo.

Por la tarde, después de la comida y antes de ir a trabajar en el scriptorium con Ratoldo, fui a visitar a Waldo a la enfermería. Suenón le estaba aplicando de nuevo el unguento al cuello, que lo tenía magullado, en carne viva, pero, aparte de eso, se encontraba perfectamente y con muy buen ánimo.

Aproveché un momento en que nos vimos solos para decirme:

-Con la llegada del Rey y del Papa, pero sobre todo del Rey, las cosas se van a calmar. Aún así, no se te ocurra entrar, por lo menos de momento, en el subterráneo, que estará vigilado día y noche.

Aunque estaba fuertemente intrigado por el resultado de la batalla que se disponía a librar mi padre, o que ya estaría librada, reconocí que tenía razón y asentí.

Tuvimos que dejar el tema ante la llegada del herbolario, Olaf de Osnabruck, quien quiso examinar también al paciente.

-Ahora ya podemos aplicarle la cataplasma de lengua de serpiente. Pero sólo dentro de un par de horas, cuando se haya absorbido el unguento -le sugirió a Suenón.

Ante la expresión de sorpresa, tanto de Waldo como mía, tuvo a bien aclarar:

-La lengua de serpiente o "*Ophioglossum*" es una planta, un helecho pequeño, que posee una espiga de esporangios angosta como lengua de culebra, de ahí su nombre. Es vulneraria y se aplica en forma de cataplasma y también bebida, aunque en otra preparación.

Luego, dirigiéndose a Suenón:

-Veremos qué efecto tiene en nuestro paciente. Y si deja que desear, buscaremos otro remedio. Por otra parte, para calmar el dolor, he traído una onza de "*Stachys silvática*" u ortiga hedionda, con ella se pueden preparar hasta ocho tisanas y tiene para dos días.

Tras la consulta, herbolario y médico fueron a visitar a otros enfermos. En vista de lo cual, varios pacientes, en su mayoría ancianos, cuya vida transcurría por lo general en la enfermería, se acercaron a Waldo con objeto de reanudar la conversación, que parecía no fatigarles en absoluto,

en relación con los últimos sucesos acaecidos en la abadía y en los cuales el guarda había desempeñado, muy a su pesar, un papel tan destacado.

Cuando llegó la hora de ir al scriptorium, me despedí de todos y abandoné la enfermería, no sin antes rogarle a Suenón que protegiera a Waldo de la ya molesta porfía a la que estaba siendo sometido por parte de aquellos carcamales simpáticos. Cosa que éste hizo con cajas algo destempladas y el jolgorio se terminó de sopetón.

Como era de esperar, el scriptorium semejaba un mausoleo, aunque estaba repleto. No se hallaba ni una sola mesa vacía y todo el mundo parecía aplicado a su tarea con abnegación. No obstante, el más abstraído en la suya era sin duda Ratoldo de Ratisbona, puesto que, de él, y en parte de mí, dependían los dos principales regalos que debían ofrecerse ese día, nada menos que a los dos personajes más poderosos de occidente. De modo que el miniaturista no me sintió llegar hasta que no estuve a su lado y saludé. Entonces su sonrisa me indicó que, aunque agobiado, su ánimo era más bien optimista.

-Hola, Bernardo. La lección de hoy va a ser comparativamente corta. Nos quedan un par de páginas que copiar a cada uno. Lo tienes todo listo en tu mesa para culminar tu trabajo.

Miré hacia mi pupitre y vi que, en efecto, había dispuesto, o mandado disponer, todos los utensilios, así como el material necesario para ejecutar el preciso trabajo del día. El manuscrito que servía de modelo se encontraba abierto en la página correcta y lo mismo sucedía con mi copia.

-Si llegan hoy, la tinta no habrá terminado de secar – objeté. –

-Si eso fuera así, no tendría la menor importancia, puesto que lo que vamos a entregar no es la copia, sino el original. En fin, lo que llamamos original no es sino la copia de una copia y así sucesivamente. ¿Quién sabe dónde se hallará ahora el original de estos libros?

En eso se escuchó un mugido, estruendoso y estremecedor al propio tiempo. Todas las cabezas se levantaron como movidas por un resorte.

-¿Qué es eso? -pregunté en voz baja a Ratoldo. –

-Eso es la comida de Navidad del Rey y del Papa. Se van a sacrificar dos toros. Noté que me estaba mordiendo el labio inferior.

-¿Tanto come un Rey y un Papa?

Ratoldo me obsequió de nuevo con su sonrisa seráfica.

-Comen que se las pelan. Ellos y sus respectivos séquitos. Ya verás cómo se llena de gente el monasterio, entre clérigos y soldados. Venga. Manos a la obra. ¡Ah, por cierto! Estuviste fenómeno en tu réplica a Rurik de Erfurt. Tienes más suerte que los que cuelgan.

Luego se rio discretamente de su expresión.

Nos uncimos a la tarea y la concluimos antes de lo previsto.

Después contemplamos largamente el resultado de muchos días de labor e indudablemente nos sentimos satisfechos. Particularmente yo, pues se trataba de mi primera copia.

-Ahora la lección -cortó repentinamente el éxtasis admirativo Ratoldo. –

Esa tarde, abandonamos ambos el scriptorium bastante antes que tocaran a vísperas y nos dirigimos, a paso lento, hacia la iglesia. Momentáneamente, había dejado de nevar.

El templo se hallaba todavía casi desierto. Ratoldo me sugirió que subiera a lo alto de una torre para ver si venía la comitiva real, al tiempo que papal.

-Aunque, dada la hora que es, no creo que vengan ya. No se habrán movido de su anterior hospedaje.

Eso era sin contar con la formidable determinación del Rey Carlos. Si había anunciado su llegada, tendría que acudir contra viento y marea. Su séquito avanzaría, o quedaría sepultado bajo

la nieve. Lo mismo ocurriría con el del Papa y hasta las mujeres, las de la familia real como las damas de compañía, deberían cabalgar cualquiera que fueran las condiciones, si así lo había decidido su majestad. Y su majestad lo había decidido.

Así que, nada más llegar al pináculo de la torre, mis ojos fueron los primeros en distinguir lo que al principio parecía una luciérnaga reptando sobre la blanca superficie de la tierra, no lejos de la línea del horizonte. Se lo hice notar a uno de los criados y éste compartió la información con los demás. Lo comunicaron a gritos con los vigías de la otra torre y comenzaron a bajar enseguida. Yo me quedé un buen rato todavía contemplando esa serpiente de escamas relucientes, hasta que distinguí el fuego individual de las antorchas. Entonces tocaron a vísperas y descendí rápidamente.

El abad decidió que se celebrara, a pesar de todo, un sucinto oficio, antes de ir en procesión hasta la puerta oeste, que es por donde llegaría la comitiva. A su edad, y con el tiempo que hacía, no quería permanecer mucho rato a la intemperie, ni siquiera para recibir al Papa y al Rey juntamente. De modo que había tomado sus disposiciones para que se le avisara en el momento preciso, ni demasiado pronto, ni demasiado tarde.

La comunidad entera, portando antorchas, se colocó a ambos lados de la puerta, formando una fila de honor. Apenas situados y sosegados, comenzó a escucharse el rumor de los cascos de los caballos hundiéndose en la nieve. Era un ruido esponjoso pero intenso, que daba idea de lo nutrido de la cabalgata.

El primero en traspasar el umbral fue el rey Carlos. Jamás lo había visto, pero era inconfundible. Con el tiempo se dio una imagen de él que no era totalmente exacta. Se resaltó una barba florida que jamás usó. Lo demás era cierto. Era corpulento, poseía una estatura de gigante; nunca, hasta el último día de su vida, perdió el aspecto característicamente marcial que su destino, apretado desde el punto de vista bélico como no lo haya sido quizás para ningún otro personaje histórico, impuso, sobre todo su ser, sobre su comportamiento y hasta su menor gesto, una impronta indeleble que lo adscribía, con toda nitidez y plenitud, a los dominios de Marte.

Casi al tiempo que el Rey, penetró su guardia personal de francos, un grupo selecto de guerreros fieros, adiestrados y avezados al combate por guerras interminables contra los más variados pueblos. Cualquiera de ellos hubiera dado su vida por el Rey sin pensarlo un instante.

Tras éstos, hicieron su entrada en la abadía unos jinetes soberbios, luciendo largas cabelleras rubias, también ellos imponentes soldados. Eran los aristócratas sajones. A pesar de que habían obtenido propiedades y títulos en Francia, lo habían traicionado decenas de veces y todavía lo habrían de traicionar otras tantas. Alemania no renunciará jamás a su independencia de Francia y, sobre todo, de Roma. Hay algo en el carácter de sus súbditos que repugna la esencia de lo mediterráneo, cosa esta última que, sorprendentemente, ha cautivado, al menos en parte, a sus hermanos de raza, los francos, hasta el punto de que Francia sería llamada “la hija predilecta de la Iglesia.” En cualquier caso, en ese momento más que nunca, había desenvainado su espada en defensa del solio papal. El pontífice le estaba agradecido, por no decir que se había convertido en el pájaro sin alas que acudía a comer de su mano. Carlos era, sin lugar a duda, el personaje más poderoso de occidente y, por esa misma razón, el que contaba con mayor número de enemigos en todo el mundo. Ciertamente, para lograr y mantener esa posición, no había parpadeado antes de desencadenar sangrientas guerras y provocar grandes matanzas, excluyendo el perdón en aras de la razón de Estado. También aprendería, con el tiempo, a manejar la clemencia, así como la compleja maquinaria de la diplomacia.

Seguidamente entró en el recinto de la abadía el Papa León III, montado también él en un formidable rocín, pues el comfortable carro con el que solía viajar había sido preciso dejarlo muy

atrás, en una etapa anterior de su viaje, antes de que los caminos se hicieran intransitables. No obstante, la silla en que reposaba era considerablemente más ancha y mullida que una silla corriente. No era un guerrero, desde luego, aunque muchos Papas lo habían sido y otros lo serían, pero sus ojos no carecían de cierta determinación. Hacía dos años, casi día por día, que había sido elegido Papa.

A la zaga del Papa venía Luís, casi tan impresionante como su padre, custodiado también él por un núcleo de guerreros francos. Hecho rey de Aquitania por su padre desde los tres años, venía ya aureolado por el prestigio militar ganado en Italia y, sobre todo, en España, donde llevó a cabo diversas campañas contra los musulmanes. En ese momento, contaba tan sólo veinte años.

Seguían las reinas. Hildegarda, madre de Luís, y Ermengarda, su joven esposa. Ambas montadas en corceles que no diferían en nada de los de sus maridos y del resto de los soldados. Venían enlazadas en discreta plática, que sólo interrumpieron a la vista del abad. Entonces cubrieron sus respectivas bellezas con un velo.

Alrededor de ellas cabalgaban las hijas del Rey y las damas de compañía.

Tras las dueñas, aguijaba un nutrido grupo de ministros de la Iglesia, obispos y cardenales. A continuación de los cuales avanzaba una doble fila de monjes y clérigos, montados en acémilas.

Finalmente se adivinaba al fondo el grueso de la tropa, todos ellos jinetes baqueanos, sojuzgando impacientes y titánicos corceles de guerra.

Cuando el Rey Carlos llegó a la altura del abad, levantó la mano derecha y el séquito se detuvo. Puso pie a tierra y entregó las riendas a uno de sus guardias francos. Caminó humildemente un trecho a través de la nieve para recibir el ósculo de bienvenida del abad e intercambiaron unas breves palabras. Tras ello, regresó a su montura.

Entonces fue el abad en persona a besar el anillo del Papa. El cual añadió graciosamente una bendición.

Entre tanto, Adalung montó a su vez un caballo que le habían traído de las cuadras del monasterio y se puso a la cabeza de la comitiva con objeto de conducirles a sus respectivos alojamientos.

Los soldados, por su parte, eligieron una vasta porción de terreno llano, la despejaron con palas de la nieve que la cubría y, en menos que canta un gallo, erigieron un campamento.

Acto seguido, llegaron los monjes de la abadía, cargados con grandes calderas humeantes, y les dieron de cenar.

Los clérigos, monjes, príncipes de la Iglesia, nobles, la realeza y el papado, cenarían en el refectorio, junto con la comunidad entera, novicios excepcionalmente incluidos.

Jamás había visto ni tenido noticia de una cena tan opípara. Se sirvió sopa, algunas legumbres, huevos, toda clase de carnes, de ave, de vacuno, de cerdo, pescados en salazón, quesos, frutas naturales conservadas cuidadosamente en los sobrados del monasterio, como manzanas y peras, uvas y melones, o en almíbar, pasteles, frutos secos. Se bebió leche, vino, sidra y cerveza.

Esa noche, en atención a los huéspedes de marca, tan sólo se leyeron, a los postres, unos pasajes de los Evangelios relativos al nacimiento de Jesús.

## CAPÍTULO II. EL FILIOQUE.

Al día siguiente, la Natividad del Señor, a pesar de la penosa marcha que habían efectuado la jornada anterior, todos los miembros de la realeza, incluidas las hijas del Rey, convenientemente veladas, la nobleza, tanto la franca como la sajona, aunque imagino que ésta de peor grado, el Papa y todos los representantes de la Iglesia, asistieron a la mayor parte de los oficios, particularmente a laudes y prima. Luego, al final de la jornada, también a vísperas y completas.

La iglesia abacial se hallaba pues a rebosar. En el centro de la nave, en la primera fila, destacaban las hercúleas espaldas de los reyes Carlos y Luis, ambos revestidos de sendas capas azules. Junto a ellos, las reinas y sus damas. Los angulosos, recios y talludos militares, todos ellos aristócratas al tiempo que soldados, revestidos con corazas de cuero, pieles y mantos de los más variados colores, venían a continuación. El resto de los bancos se hallaban ocupados por distintos cargos de la administración del ejército, clérigos y otros militares de alta graduación. Ya no cabía en la nave ni un alfiler.

En el coro, el Papa León III ocupaba el sitio de honor. A un lado y otro, cardenales y obispos. También el abad. Los monjes invitados encontraron su lugar en una fila de banquetas suplementarias. De este modo, la potencia vocal del coro se halló duplicada y el efecto se notó desde la invocación inicial.

Domine, labia mea aperies

## Et os meum annuntiabit laudem tuam.

Seguidamente, el salmo 94, elevándose hasta las bóvedas, parecía henchirlas de magnificencia.  
*Venite, exsultemus Domino; jubilemus Deo salutari nostro ; praeoccupemus faciem ejus in confessione, et in psalmis jubilemus ei:*

Me pareció que la abadía estaba sepultando en el fasto de la ceremonia la desolación y la angustia que había vivido durante las jornadas precedentes. Un día llegaría en que le pondría nombre a esto: el formidable poder catártico del arte.

Si llegara el momento en que la Iglesia, por agotamiento o cualquier otra razón, dejara caer en el olvido su excelso ritual, el fervor contenido, si bien incontenible, en el fuego blando y lento del canto gregoriano en latín, perecería al día siguiente.

El arte es el principal sostén de una civilización; en cuanto aquél se agota, ésta muere. Es un producto de primera necesidad. Aunque esto son muy pocos los que lo saben. Si el arte llegara a intercambiarse en relación con un valor monetario, ése sería el principio del fin para el ser humano, que necesita de él como el recién nacido de la leche materna.

*Puer natus est nobis,  
Et filius datus est nobis ;  
Cuius imperium super humerum eius;  
Et vocabitur nomen eius,  
Magni consilii Angelus.  
Cantate Domino canticum novum  
Quia mirabilia fecit.*

Finalizada prima, el abad condujo a sus huéspedes al scriptorium donde, junto con otros regalos, les ofreció los manuscritos de los que, Ratoldo y yo, habíamos hecho copia.

Seguidamente, el Papa y las reinas, así como los cardenales y obispos, se retiraron a sus aposentos. No así Carlos y Luis, quienes se lanzaron a una visita de inspección de la abadía, la cual recorrieron en su totalidad, desde las cochiqueras hasta la huerta, pasando por la enfermería y el jardín botánico.

A nosotros, los novicios, se nos dio un rato de suelta, que aprovechamos para visitar el campamento de los soldados. Aunque con el precepto de acudir, después de tercia, a la cocina para ayudar con los preparativos de la comida. Yo le dije entonces a Roque que Waldo me había encargado ocuparme de las palomas y me dejó ir.

Era un día magnífico, rebosante de sol y diáfano, aunque glacial; excelente, sin embargo, para soltar las palomas y contemplar su vuelo hasta los confines del dominio abacial, que era inmenso.

Les puse comida y agua para su retorno y regresé al imperio de Roque, donde ejercía un poder solitario e inapelable.

Llegué en el momento justo en que los sirvientes cargaban con dos enormes calderas, que debían transportar cada una cuatro siervos con dos barras de hierro, las cuales contenían la sopa destinada a alimentar a las gentes de las aldeas vecinas quienes, a causa del rigor del invierno, se habían quedado sin comida antes de lo habitual. Roque me dio un cazo y me ordenó que los

siguiera.

Nos instalamos junto a la puerta occidental y, una vez dispuestos, un monje la abrió. Enseguida entró una nube de campesinos, tan hambrientos que se les notaba el ansia en los ojos desorbitados. Llevaba cada uno de ellos un cuenco en la mano.

A medida que los servíamos, se llevaban el líquido humeante hasta encontrar un lugar al sol y, apoyada la espalda en la muralla, se lo tomaban a leves sorbos. Venían familias enteras a recibir la caridad y una parte del calor del monasterio. Concluida la colación, se marchaban en silencio.

Cuando no quedó ninguno, el contenido de las calderas se hallaba prácticamente agotado. Entonces cerramos la puerta y regresamos a la cocina, donde nos aguardaban ya otras dos calderas repletas de una sopa más consistente, en la que nadaban numerosos tropezones. Éstas eran para los soldados. A cuyo contenido se añadió numerosas hogazas de pan, que los servidores transportaban sobre unas planchas de madera. Las escudillas de los militares permitían una ración más generosa y la mayoría de ellos repitió. También se les sirvió un vino peleón, que ellos agradecieron con grandes muestras de contento.

Desde la noche anterior, se habían encendido hogueras en las cuatro esquinas del campamento y a ellas se fueron a comer.

Otros criados y monjes se ocupaban de dar el forraje a los caballos, para los que se habían improvisado establos y se habían traído pesebres de las cuadras del monasterio. Todo el suelo se hallaba recubierto de paja y los animales parecían hallarse allí muy a su sabor.

Un rato después, cuando el vino, la pitanza y el reposo iniciaron su efecto, se empezaron a oír, elevándose paulatinamente desde el campamento, canciones cuyo tema era la Navidad. El arte no era sólo patrimonio de las élites. El hombre tiene esas contradicciones, la misma boca que lanza gritos de destrucción y muerte en las batallas, puede, en otras circunstancias, sacar del pecho una voz de ángel para entonar las alabanzas del amor universal, hecho carne nacida entre la carne. El mensaje de la Navidad siempre es bello, aunque surja de las fauces de un lobo. Sin embargo, como más tarde oí decir, no se es sublime sin interrupción; no al menos en cuanto toca al hombre, hecho de barro.

En el refectorio, la comida de Navidad no tuvo nada que envidiar a la de Nochebuena. Los ingredientes fueron aproximadamente los mismos, es decir, todo aquello de que podía disponer una rica abadía benedictina durante el invierno, que no era poco, como ya se había podido comprobar. A ello añadió Roque un postre que llamó turrón, el cual, aseguraba, había aprendido a confeccionar siguiendo las instrucciones de un cocinero árabe, en su Valencia natal.

El Rey Carlos comió como un oso, pero también es que tenía el cuerpo y las energías de un oso. Durante los días que siguieron, pude contemplar con mis propios ojos cómo, tanto él como su hijo Luis, efectuarían instrucción militar, tanto dentro como fuera de las murallas de la abadía. Y puedo certificar que en tales ejercicios desplegaron, lo mismo ellos que sus soldados, un brío de jabatos. Se efectuaron simulacros de lucha con espadas y se comprobó que el gigante Carlos no tenía rival, aunque sus hombres, acostumbrados sin duda a tales lances con la persona del monarca, no lo trataban con mano blanda. Eran guerreros que no se entrenaban para un desfile, sino para la guerra.

Los monjes, por su parte, guardaron en el negro fondo de un arcón profundo la profusión y variedad de argumentos que poseían contra el pecado de la gula y yantaron y bebieron hasta donde les permitió su cuerpo. En primer lugar, porque aquello era sólo una excepción. En segundo, porque, en un invierno tan rudo como aquél, muchos habían sentido la debilidad de la muerte. No en balde, desde tiempo de los romanos, y más allá, por esa época del año solían efectuarse grandes banquetes, con objeto de tomar fuerzas, pues el mes que venía después era llamado “el

mes de la muerte”.

Concluido el festín, los invitados se retiraron a sus aposentos y los monjes al dormitorio para efectuar la siesta. La cual debía ser más larga que de costumbre, en atención al día que era. Por esa misma razón, los novicios teníamos la tarde libre. Tampoco se iba a trabajar en el scriptorium.

En cuanto a mí, preferí ir a echar un nuevo vistazo al palomar, puesto que Waldo todavía estaba convaleciente; y finalmente, al atardecer, pasé por el gallinero, recogí los huevos que había y se los llevé a Roque. En esa parte de la abadía reinaba una paz inmarcesible que, por primera vez desde hacía mucho tiempo, se sentía por dentro del cuerpo y por fuera.

Era tanta la nieve que recubría todos los edificios y dependencias que ya casi no parecía el monasterio una obra de la mano del hombre sino de la naturaleza. Hasta las torres de la iglesia semejaban estalactitas de cal. Dentro de poco, la abadía se igualaría a los demás accidentes del terreno, un promontorio más, una arboleda, sepultada definitivamente por el blanco manto. De ella surgirán únicamente las columnas de humo blanco de las numerosas chimeneas y calefactores, hasta diluirse muy en lo alto, ya en el añil del cielo de esos días totalmente despejados, como una campana de color índigo cubriendo la campiña encanecida.

Cuando tocaron a vísperas, la bóveda celeste estaba todavía tallada en zafiro, en el cual dos perlas minúsculas, Venus y Júpiter, se hallaban incrustadas.

Ese oficio marcó la cúspide del fasto ceremonial. Los monjes lucían el hábito nuevo. El abad acudió apoyándose en el báculo, habiendo revestido la estola y la capa pluvial. Los obispos venían embutidos en vestidos deslumbrantes, recamados de oro y piedras preciosas. Las amatistas de sus anillos, así como los zafiros de los cardenales, refulgían al mover éstos las manos. A ello se añadió el relumbre de las joyas de las damas, de las cadenas de oro de los caballeros, las coronas reales de los dos monarcas y la triple corona de la tiara pontifical, repleta de joyas y bordada con hilo de plata y de oro. No en balde el Rey acababa de concluir la guerra contra los ávaros, a quienes les había arrebatado un tesoro fabuloso, dando de él una parte al Papa.

Organismos bien nutridos entonaron, con voz más substancial que de costumbre, unos salmos más densos que los de diario.

*Hodie Christus natus est,  
Hodie Salvator apparuit,  
Hodie in terra canunt Angeli,  
Laetantur Archangeli,  
Hodie exsultant justi, dicentes.*

*Gloria in excelsis Deo,  
Alleluia.*

Sin embargo, las dos lumbreras que más brillaron aquella noche, hasta el punto de cegar mi espíritu mientras estuvieron posadas en él, fueron dos ojos que se volvieron a mirarme desde el grupo de las hijas del rey y cuyo fulgor hería como el golpe de una espada de fuego. Ser hombre, en este mundo, resulta inevitable. Tarde o temprano, se cae en este abismo.

Al día siguiente, Ratoldo vino a buscarme a la escuela y, con el permiso de Hakón, me explicó que se iba a celebrar un debate en la abadía, para lo cual habían acudido dos delegaciones con puntos de vista divergentes. El abad había prohibido a los hermanos de nuestra congregación

tomar parte en él. Sin embargo, muchos monjes de la comunidad, entre los que figuraba él, habían sido designados para tomar nota de lo que se iba a decir. Y cada uno de los escribas tenía derecho a acudir con un ayudante, para el caso de que viniera a faltar algún utensilio o material, o también si se le hubiera escapado alguna palabra. A él le gustaría que su ayudante fuera yo, me dijo.

Acepté gustoso.

-¿Y sobre qué se va a debatir?

-Sobre el filioque.

-¿Y qué es eso?

-Vamos, te lo explico por el camino.

Salimos hacia la oficina de administración, donde Luis de Cahors, el nuevo intendente, debía hacernos entrega del material necesario para nuestra comisión del día. Para ello, el camino más corto era entrar por la puerta norte de la iglesia y salir por la puerta sur. No tenía pues mucho tiempo Ratoldo para explicarme una cuestión tan complicada que requería, al parecer, un debate para el cual se convocaba a personajes del más alto rango eclesiástico procedentes, algunos de ellos, de los puntos más alejados de la cristiandad, de modo que intentó ser lo más conciso posible.

-Verás, la controversia concierne el misterio más inextricable del dogma: la Santísima Trinidad. Y se plantea en torno a la cuestión de si el Espíritu Santo procede sólo del Padre o bien del Padre “y del Hijo”.

-¿Y tan importante es tener una opinión clara respecto a esto?

-Es importante en el sentido en que se está convirtiendo en la principal pieza de discordia entre la iglesia de oriente y la de occidente. La primera se muestra contraria al “*filioque*” y la segunda favorable, aunque con matices. La verdad es que no todo el mundo en occidente está de acuerdo. El propio Papa mantiene una posición ambigua. El Rey, por su parte, hace cuanto puede para que se adopte el *filioque* como integrante de la doctrina canónica, de modo que esta ardua cuestión teológica se está convirtiendo en un asunto político.

-Entiendo por qué el abad no quiere que entremos nosotros en ese debate.

-Nuestro abad es un anciano venerable y prudente.

Una vez el recado de escribir en nuestra posesión, nos fuimos a instalar en una mesa situada exprofeso para nosotros en el centro de la sala capitular.

Buena parte de la comunidad, así como los miembros de las delegaciones que debían dirimir la cuestión, se estaban instalando ya en las altas banquetas, en medio de un vago murmullo.

El silencio se produjo de manera repentina cuando hizo su entrada Su Santidad, rodeado de un séquito de obispos y cardenales, así como del abad.

Ratoldo asió la pluma y se dispuso a escribir.

El Papa tomó asiento y debatió todavía durante un momento con los cardenales que le rodeaban. Al cabo, sin ponerse en pie, alzó la mirada para indicar que iba a dirigirse a la asamblea.

-Nos, indigno Pontífice, elevado a la Silla de Pedro por la benevolencia de Dios, habiendo recibido las llaves del Reino de los Cielos, así como el poder de la Roca contra la que no prevalecerán las puertas del Infierno ni las de la Muerte, por inspiración del Altísimo, tenemos la intención de escuchar las palabras de los príncipes de la Iglesia respecto a la cuestión de si el Espíritu Santo proviene del Padre o si, por el contrario, proviene del Padre y también del Hijo, con objeto de elevar después, mediante la oración, los términos precisos y someterlos, del modo más cabal posible, al juicio inapelable del Altísimo, el cual os será transmitido, a su debido tiempo, a través de mi humilde persona. Que la sesión comience.

De inmediato se puso en pie un obispo vestido a la manera oriental, con una cofia negra y

cuadrada que le confería una estatura más elevada.

-Yo, Atanasio, obispo de Trabisonda, haciendo uso abusivo de la ilimitada clemencia de Su Santidad, procedo a exponer los puntos de doctrina que la Santa Madre Iglesia dejó establecidos en los concilios de Nicea y Constantinopla, reunidos bajo la inspiración divina. “Nosotros creemos -se lee en sus registros – en el Espíritu Santo, que es Señor y que da la vida, que procede del Padre, quien ha hablado a través de los profetas, quien junto con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado.” Postulado que no es sino una paráfrasis del Evangelio de Juan (capítulo XV, versículo 26), donde se lee: “Cuando venga el Paraclete, que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, dará Él mismo testimonio de mí. “Éstas son las palabras verídicas y el fundamento de nuestra fe. He aquí nuestra constitución profunda y la esencia que nos define, tal y como ha sido expuesta por los textos sagrados, escritos por la mano de Dios, y por la igualmente inspirada aportación de los Padres de la Iglesia.

Aún no se había sentado el venerable padre oriental, cuando un obispo de nuestros lares se puso en pie con vehemencia.

-Yo, Teodulfo, obispo de Orleans, abusando de la inagotable munificencia de Su Santidad, osaré tomar la palabra con objeto de recordar a su ilustrísima, el obispo de Trabisonda, el contenido del llamado “Símbolo de Atanasio”, que proclama lo siguiente: “El Espíritu Santo viene del padre *y del Hijo*, el cual no ha sido ni hecho, ni creado, ni engendrado, sino que procede.” Y lo mismo viene a decirse, como es de todos sabido, en la carta que el Papa León I, santo y doctor de la Iglesia, escribió a Toribio de Astorga. A este respecto, puede asimismo citarse el concilio celebrado en Inglaterra en el año 680, igualmente inspirado por Dios, presidido por Teodoro de Canterbury, un griego de origen, a quien el Papa Agatón había calificado como el teólogo más competente del mundo occidental, en el cual concilio se proclama con toda claridad que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo.

A lo cual otro obispo de oriente, Cesáreo de Antioquía, tras solicitar la venia del Papa, replicó:

-Procesión es una cosa y generación otra. El Padre es la causa única del Hijo por generación y del Espíritu Santo por procesión. Ahora bien, el Espíritu puede manifestarse a través del Hijo, sin que éste sea su causa primaria. He aquí la conclusión a la que llegó Máximo el Confesor, apoyándose en un estudio concienzudo de los Padres latinos de la Iglesia y, por supuesto, de San Cirilo en su estudio sagrado del Evangelio de Juan. Todos ellos han mostrado que el Hijo no es la causa del Espíritu Santo; antes al contrario, sabían que el Padre es la causa única tanto del Hijo como del Espíritu Santo. He dicho.

Acto seguido, Arnón, arzobispo de Salzburgo, se levantó fogosamente de su asiento y, tras la ritual y consabida petición de la palabra a la benevolencia del Papa, declaró que los escritos de Máximo el Confesor eran apócrifos.

A lo que replicó otro obispo oriental, Basilio de Adrianópolis, evocando el Segundo concilio de Nicea, celebrado hacía tan sólo diez años, en el que se estipulaba, negro sobre blanco, que el Santo Espíritu procede del Padre *por* el Hijo. Y el Papa Adriano I defendió esta postura.

En eso se alzó Esmaraldo de Saint-Mihiel con una pregunta retórica:

-Si empezamos a establecer diferencias entre las Personas, ¿en qué quedará el misterio y el dogma de la Santísima Trinidad?

Los ánimos comenzaron a caldearse. Porque, claro, si un concilio estaba inspirado, no había razón alguna para considerar que los demás no lo estuvieran. Lo difícil era explicar las contradicciones entre unos y otros.

En eso acudió Benicio de Módena, acompañado de otro novicio, Teodomiro de Aquisgrán. Ambos se sentaron a la mesa, aprestándose a tomar nuestro relevo. Benicio levantó la mano en

señal de que, a partir de ese momento, tomaba la situación a su cargo. Ratoldo dejó de escribir, nos alzamos y abandonamos discretamente la sala.

Afuera respiramos a pleno pulmón la atmósfera gélida, aunque libre. También ese día era despejado y traslúcido.

-¿Y tú qué opinas de todo esto? -pregunté, a bocajarro, a Ratoldo, en el umbral mismo. -

-Yo opino que el Hijo no es sino el Padre, que quiso hacerse carne para obtener un conocimiento absoluto.

-¿Y qué le faltaba por conocer a Él, que lo hizo todo?

-El sufrimiento. Pero eso no se les puede decir a ellos.

## CAPÍTULO III. ALCUINO DE YORK.

La mañana siguiente, la escuela recibió una visita inesperada, al menos para mí. Se trataba de un monje negro que había visto varias veces junto al Rey, formando parte de su círculo íntimo, aunque no era ni cardenal ni obispo, pues vestía un hábito simple y no llevaba sobre él ni una sola joya, ni siquiera un anillo distintivo de cualquier escalafón eclesiástico. Sin embargo, todo el mundo lo trataba con sumo respeto y el Rey con algo que, en los grandes, vale más que el respeto, la familiaridad.

El día anterior, durante la controversia, lo había visto asistir a la sesión. Aunque se mantuvo apartado y no hizo la menor intervención, siguió cada detalle de la discusión con una concentración extrema.

Se trataba de un hombre alto, robusto a pesar de hallarse en una edad más que proveya. Se veía que el ejercicio físico, actividad que en un monje de esa categoría no podía sino ser la marcha frecuente de un lugar a otro, no le era ajeno. Tenía algo de fraile campesino que había segado mucho trigo antes de llegar a ser abad.

Más tarde me enteré de que, en efecto, era abad, pero provenía de una familia noble.

Por la época en que lo vi por primera vez, el poco pelo que le dejaba la tonsura y una incipiente calvicie era ya cano, si bien de un blanco no desprovisto de vida, reluciente y, en ciertos lugares, conservaba reflejos pajizos.

Su carácter, tras lo refinado, poseía una cierta rudeza y determinación. Elementos que fueron, sin duda, determinantes en el singular aprecio que le tenía el Rey.

Hakón, por su parte, le reservó un recibimiento que manifestaba un acatamiento y un respeto excepcional.

-¿Quién es este hombre, lo sabes? -pregunté a Severino.

-Su nombre es Alcuino de York. Y no es la primera vez que viene a la escuela. Hakón le tiene en mucha estima. Debe considerarlo como su maestro. Un maestro de maestros. Eso es lo que debe ser.

Ambos instructores se pusieron a consultar varios libros de los que solíamos usar nosotros, a revisar papeles varios, entre los que figuraban ciertas de nuestras tareas. En un momento dado, sentí que sus miradas se posaban en mí y que cuchicheaban algo referente a mi persona.

Yo procuré concentrarme en mi trabajo, aunque notaba la penetrante mirada del inglés posada sobre mi insignificante presencia, la cual hubiera querido en ese momento escamotear de aquel sitio como por arte de magia.

Para mayor confusión mía, se acercaron ambos a mi mesa y el ilustre visitante me entregó un papel sobre el cual, un instante antes, le había visto garabatear algo mediante una escritura firme y decidida.

-Muchacho, ¿podrías traducirme esto oralmente?

Se trataba de unas diez líneas escritas en griego.

Comencé a improvisar una traducción. En ciertos pasajes particularmente difíciles tuve que recapacitar, volver atrás y corregirme. No obstante, hice lo que me pedía casi de corrido.

El inglés pareció no haber notado que había concluido mi versión oral, pues siguió mirándome durante un buen rato sin reclamar el papel. Al final volvió en sí.

-Excelente, muchacho. Excelente.

Mientras los dos maestros se alejaban de mi pupitre, le oí decir a Alcuino.

-Quiero que me escribas regularmente dándome cuenta de sus progresos. Tengo grandes esperanzas para este muchacho. Le auguro un futuro brillante.

Por la tarde, en el scriptorium, al cual, aprovechando una autorización tácita de Hakón, seguí acudiendo, le conté a Ratoldo mi aventura de la mañana. Éste, mediante otras palabras, confirmó cuanto me había dicho Severino y añadió algunos detalles.

-Alcuino de York es el abad de San Martín de Tours y divide su tiempo entre dicha abadía y Aix-la-Chapelle, donde dirige la escuela palatina, a la que asiste el propio Rey y su familia. Lo cierto es que este monje se trajo de su país unos métodos educativos que están provocando un auténtico renacimiento de la cultura en el continente. Bajo su dirección, la enseñanza está siendo reorganizada en todo el inmenso reino de Carlos. Por otra parte, los monasterios benedictinos se han convertido, a instancias suyas, en una inmensa red de intercambio de manuscritos, mediante el procedimiento de la copia de éstos, tal y como lo ves en este auténtico taller de palabras que es el scriptorium, y el envío sistemático a otros monasterios para que procedan de la misma manera. Así, se están regenerando las bibliotecas de todo occidente. Se ha dicho de él que es el hombre más sabio de nuestro tiempo. En todo caso, es el cerebro pensante que infunde espesor ideológico al reinado de Carlos y, por si esto fuera poco, se le considera un amigo personal del Rey. Éste le tiene un gran aprecio y, cuando puede, se lo lleva consigo en sus desplazamientos.

Luego añadió:

-Así pues, Bernardo, si él te augura un gran futuro. No te quepa la menor duda, muchacho, de que lo tendrás.

## CAPÍTULO IV. CUÁNTA FUERZA TIENE LA SENCILLEZ MÁS PURA.

Durante los primeros días de la estancia del Rey y del Papa, así como de sus respectivas cortes y escoltas, en el monasterio, la novedad de tanta presencia ilustre e inhabitual me distrajo de los infortunios acontecidos anteriormente en esa santa casa, así como de las obsesiones que éstos habían engendrado en mi fuero interno. Entre ellas no ocupaba un puesto relegado el hecho de haber visto, sobre las serenas aguas de la Mesa, la imagen de mi padre dirigiéndose, a todo galope, hacia un encuentro con la hueste contraria que se preveía de una violencia extrema.

¿Habría sobrevivido al choque? La incertidumbre me atormentaba pues, aunque la relación que había mantenido con él había sido, como ya dije, escasa, ello no era óbice para que la afección que se opera entre dos individuos de una misma sangre no hiciera efecto sobre mí. Era mi padre y, a pesar de la distancia que había mantenido con respecto a sus hijos y de sus prolongadas ausencias, lo quería y lo respetaba.

Estaba seguro de que, si descendía de nuevo al subterráneo, la Mesa me mostraría el desenlace. Ahora bien, la advertencia de Waldo había sido formal:

-No se te ocurra entrar, por lo menos de momento, en el subterráneo, que estará vigilado día y noche.

Durante un tiempo, le hice caso, pero al cabo acabó imponiéndose el amor filial. Necesitaba saber si mi padre había logrado sobrevivir a aquella terrible carga de caballería. Así que, a la primera ocasión, me colé una vez más en el subterráneo.

Las palabras de Waldo tuvieron por efecto que tomara precauciones extremas. Por esta razón, tardé bastante en llegar a la puerta de la sala, la cual me aguardaba despidiendo un halo tenue. Sin embargo, cuando ya me disponía a entrar, se apagó por completo la luz. Me quedé sorprendido y sin saber qué hacer.

No atreviéndome a entrar de buenas a primeras, pasé por delante de la puerta y eché un vistazo en el interior. Nada percibí de anormal.

Mas luego, en la oscuridad completa, vislumbré a lo lejos un incipiente resplandor amarillo. Antorchas, me dije. Y fui rauda a meterme en la primera escotadura que se hallaba detrás de mí, donde me apelotoné en el escondrijo habitual.

Pronto comencé a escuchar pasos, pero ninguna voz. La iluminación de las antorchas se hizo más intensa. Consideré que, en esa ocasión, no venía Eberardo solo a través del pasillo. Si en verdad era él, acudía acompañado de varias personas. La luz era más intensa, el rumor de los pasos mayor. Temí que me iban a descubrir esta vez, pues cuantos más ojos, más posibilidades existen de que alguno de ellos repare en mi presencia, hecho un ovillo bajo el banco.

Una auténtica procesión desfiló ante mí. Abría la marcha Eberardo, portando una antorcha. Seguían los dos reyes, padre e hijo, también sosteniendo sendos hachones. Junto a Carlos, caminaba la Reina madre. Al lado de Luis venía su joven esposa. La comitiva se coló de rondón en la sala de la Mesa.

A continuación, pude escuchar con total nitidez las instrucciones de Eberardo para pronunciar correctamente el nombre inefable de Dios. Cuando lo hubo hecho, insistió en un detalle primordial.

-Sire. Si un hombre solo, o una mujer sola, pronunciaran esta palabra en presencia de la Mesa, morirían en el acto. Tanto ellos, como sus acompañantes, a una distancia considerable, escucharan o no su sonido. El Nombre Sagrado y verídico de Jah Evá, debe ser pronunciado, al unísono, por una voz de hombre y una voz de mujer. De modo que, a una señal mía, sus majestades dirán la palabra. En ese preciso instante, tanto ellas como el resto de los presentes, sentiremos la inefable e ingente gloria de Dios en nuestras entrañas y en nuestro espíritu. A partir de ese momento, cada plegaria que eleven juntos, según el procedimiento descrito, será escuchada en el acto por Dios mismo y el deseo manifestado será concedido de manera inmediata, sin dilación alguna.

Seguidamente se produjo un silencio ensordecedor, expresión y símbolo del vacío inicial. De él surgió una voz andrógina con la palabra que dio origen al universo y una luz blanda lo invadió todo. Era cegadora, pero no hiriente; antes al contrario, tenía el efecto de un colirio para los ojos y un bálsamo para todo el cuerpo. Tal como había anunciado Eberardo, sentí que mis entrañas se habían inflamado y ardían con un fuego placentero, reconfortante, regenerador. Un fuego inextinguible que anunciaba una existencia nueva, en un mundo dulcificado, sereno, infinitamente más atrayente y consolador. Un mundo en que la presencia de Dios había quedado materialmente probada y también su naturaleza favorable, benéfica, hacia el hombre que había llegado a conocer su nombre y su secreto, según lo proclama el Rey David en su salmo 91:

*“Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré;  
Le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre.  
Me invocará, y yo le responderé;  
Con él estaré yo en la angustia;  
Lo libraré y le glorificaré.  
Lo saciaré de larga vida,  
Y le mostraré mi salvación. “*

Unos instantes más tarde, salieron todos de la sala, uncidos por el mismo silencio que se observa cuando se sale de la presencia del sacerdote, tras haber recibido de él el Cuerpo de Cristo.

Anonadado, permanecí durante mucho rato sin mover siquiera un párpado, extrañamente distendido a pesar de lo incómodo de la posición y, sobre todo, ajeno al paso del tiempo.

Al cabo, volví en mí. Me puse en pie y entré en la sala. De inmediato, la superficie del agua que contenía la Mesa se iluminó con las imágenes que yo esperaba, o más bien con las que yo temía. Vi a mi padre en el punto en que lo había dejado durante la visión anterior. Su caballo se lanzó como la piedra de una honda en medio de la caballería enemiga. Blandiendo denodadamente la espada, logró abrirse camino a través de varias filas apretadas, densas de cuero y acero, formadas por un conglomerado de cuerpos de hombres y de caballos en equilibrio precario, hasta que una lanza le atravesó el cuello y tuvo que sucumbir, pereciendo pateado, bajo los cascos de los corceles de guerra.

## CAPÍTULO V. SOBRE LA ALIMENTACIÓN DE LOS CUERVOS DURANTE EL INVIERNO.

Por primera vez vi que Hakón se mostraba reacio a admitir algo que le exponía Adalung. Los dos hombres discutían acaloradamente en voz baja, en medio del aula de estudios. Los novicios trabajaban en completo silencio, sin osar levantar siquiera los ojos de sus pupitres. Finalmente, Adalung exclamó con voz ligeramente más elevada, pero en un tono que no admitía réplica:

-¡Es una orden del abad, no hay más remedio que acatarla!

Hakón todavía refunfuñó algo, aunque más bien para sí que para el otro. De todos modos, Adalung ya estaba abandonando la escuela.

-Muchachos, dejadlo todo tal como está -declaró al fin, de mala gana. – Debemos ausentarnos un momento.

Sin añadir ninguna consigna, salió el primero. Los novicios nos apresuramos a componer tras él las dos consabidas filas.

Hakón caminaba a grandes zancadas, dominando mal su irritación. Se dirigió hacia una de las escaleras de piedra que daban acceso al adarve de la muralla. Alcé los ojos comprobando, para mi gran sorpresa, que allá en lo alto se hallaba, no solo la comunidad al completo, sino que también distinguí a los reyes, rodeados de sus nobles, al Papa, circundado por sus obispos y cardenales, e incluso a los integrantes de las dos delegaciones que habían venido a discutir sobre el filioque. Todo el mundo aguardaba, en un silencio de mal agüero, en lo alto de la fortificación.

Terminado el ascenso, dirigimos nuestra mirada hacia el punto en que confluían las de todos los demás. Había allí tres artilugios de madera cuyo cometido no dejaba lugar a dudas, pues de su ápice pendían sogas con el nudo corredizo ya dispuesto.

Un rumor se propagó a lo largo de las almenas cuando por la puerta norte salió un carro escoltado por una docena de soldados. Atados a los barrotes de dicho carro, iban Rurik de Erfurt, Ricardo de Brema y Fernando de Colonia. El primero de ellos entonando cánticos, ya dejado atrás todo disimulo, en honor de sus dioses sajones, Tiwaz y Ermunaz. Los otros dos, más jóvenes y tiernos, también los invocaban, pero sollozando. Incluso uno de ellos, cuando le pusieron la soga al cuello, llamó a gritos a su propia madre.

Los tres cuerpos, tras un prolongado espasmo, quedaron oscilando como péndulos en medio de la desolación blanca.

Hakón, todavía enfadado, nos ordenó que comenzáramos a bajar.

En efecto, durante los días precedentes, se había reunido otra comisión más reducida, a cuya última sesión había asistido el Rey en persona. De esa comisión salieron cargos terribles para los reos. Se les acusó de sedición, de ayuda a la rebelión, de apoyo a los insurrectos y hasta de lesa majestad, porque se dijo que contaban adquirir un poder sin límites para destruir por completo la monarquía franca, liberar a su pueblo y regresar de este modo, definitivamente, al paganismo de sus antepasados.

Yo no había tenido noticia de ello, pero más tarde Waldo me confesó que, aunque todavía convaleciente, tuvo que ir a declarar.

El terrible espectáculo del ajusticiamiento nos dejó a todos los novicios tan turbados como agotados. Los afectos extremos, una vez pasados, agotan. Yo estaba tan extenuado que, a nuestro

regreso, no pude traducir un párrafo más. El espectro de la muerte, la de mi padre y la de aquellos a quienes había conducido, involuntariamente, a ella, me tenía cercado.

En lugar de la siesta, que de todos modos no habría podido dormir, me fui a la enfermería.

Sin embargo, llegado a ella, Suenón me informó de que el enfermo se había hartado de permanecer allí, sin nada que hacer.

-Y, ni corto ni perezoso, sin atender a razones, se fue para su casa.

Me alegré sobremanera porque, en mi fuero interno, había debatido largamente la cuestión de si le daría cuenta del formidable secreto al que había tenido acceso. Al final decidí compartirlo con él, en atención al hecho de que, en ese mismo lance, a punto había estado de perder la vida él también. Y no una, sino dos veces. En su casa podríamos hablar más libremente.

Lo encontré en la puerta y me pidió que lo acompañara al palomar.

Le hablé de la contrariedad del médico ante su decisión de abandonar la enfermería antes de estar totalmente restablecido. Y él, para cambiar el tema de la conversación, esbozó una sonrisa y me dijo:

-¿Sabes cómo te llaman en la abadía, por la forma en que saliste volando por ese ventanuco?

-No.

-El murciélago de Laressam.

Y rio mucho la gracia.

Yo también reí, pues en verdad ésa era la impresión que debí dar, en caso de que hubieran existido testimonios para contemplar la escena, al salir volando por la tronera, con el hábito negro desplegado al viento.

En lo alto del palomar, en medio del persistente zureo de las palomas, le descubrí el misterio de por qué morían todos aquellos que llegaban a pronunciar el Nombre oculto de Dios ante la Mesa. Se quedó perplejo, con un bebedero de paloma en la mano.

-Según esto, no sería descabellado conjeturar que el ayudante del Sumo Sacerdote, con el cual entraba éste en el Sancta Sanctorum del Templo de Jerusalén, no era en realidad un ayudante, sino una ayudante. Y de ahí la necesidad del velo y de los amplios vestidos.

Admití que ello era bien posible. En todo caso, el misterio más grande y profundo de la existencia estaba expuesto a la vista de todos. Tanto en el mundo de la carne como del espíritu, no hay creación posible si no es mediante la conjunción del principio masculino y del femenino. Cuanto más evidente es una cosa, tanto más imperceptible se le hace al ojo humano. Por lo tanto, el mejor método para ocultar algo es ponerlo lo más visible que se pueda. Si la gente lo ve todos los días al levantarse por las mañanas, como ve la luz del sol, no lo hallará jamás, por mucho que indague y que busque. Antes pensaremos encontrarlo en el centro del infierno, que colgado a la puerta de nuestra casa.

A la mañana siguiente, se produjo en la escuela una escena similar a la del día anterior. Adalung entró en el aula de estudio y de nuevo vertió en voz baja unas palabras al oído de Hakón. Éste no replicó esta vez, pero palideció intensamente y sus ojos se abrieron de par en par, como si quisiera dar salida por ellos a un fantasma ensabanado que se le hubiera colado en el cuerpo.

Después de que Adalung hubo abandonado la escuela, Hakón se puso en pie.

-Muchachos, salimos -dijo lacónicamente.

La dirección que tomó era la misma que el día precedente. Miré hacia las almenas y esta vez sólo se encontraba en ellas nuestra comunidad, exclusivamente los monjes de Laressam. El sol de la mañana les daba en la cara cuando se volvían para mirarnos y su expresión era patética.

Alcanzado el adarve, nos pusimos a avanzar por él sin osar dirigir la vista al exterior. Así hasta que nuestro maestro se detuvo, obligándonos a hacer lo propio. El sol nos cegaba.

Todos al mismo tiempo nos giramos noventa grados hacia nuestra izquierda. Al principio no percibí nada, pues estaba todavía deslumbrado. Mas, poco a poco, fue pasando el efecto y mi visión se fue adaptando.

Lo que vi fue algo así como tres grandes bolas de brea, o de pez negra, una suerte de sebo o aceite sucio y coagulado, espeso como melaza, del que continuamente resbalaban como gotas, las cuales, cuando estaban a punto de caer, desplegaban un par de alas y ascendían hasta la cima.

A menudo he comprobado, por comparación con los de otros monjes, que mis ojos son dos instrumentos ópticos de una precisión muy superior a la normal. Muchas veces, en mis oraciones, pido a Dios que me haga olvidar los detalles que pude percibir en aquella ocasión, pero este deseo no me ha sido acordado jamás.

Por otra parte, lo cierto es que no se volvió a hablar en la abadía, ni de la Mesa, ni del subterráneo, durante numerosos años.

Bernardo de Worms escribió este libro, en era de 2020 años.